

FLORES
EUCARISTICAS

RECOGIDAS

EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

—◆—
ANALOGIAS

ENTRE ESTOS Y LA SAGRADA EUCARISTIA

—
POR UN CATOLICO



MEXICO

Imp. de la Comp. Editorial Católica, San Andrés, 8

1904

BX2215

F5

c. 1

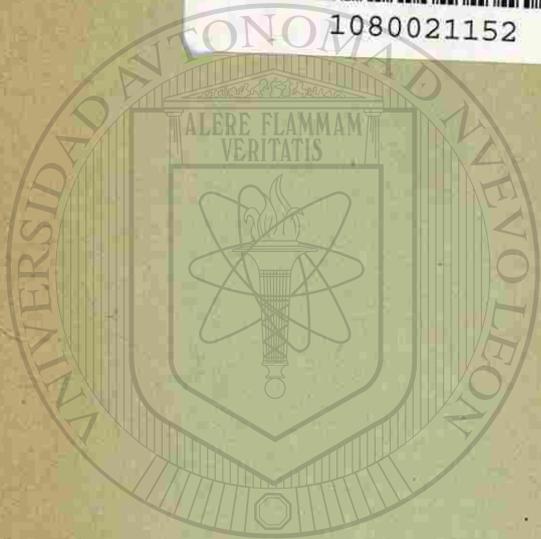
VOM

ALM

008957



1080021152



FLORES EUCHARISTICAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

FLORES
EUCARISTICAS

RECOGIDAS
EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

ANALOGIAS
ENTRE ESTOS Y LA SAGRADA EUCARISTIA

POR UN CATOLICO.



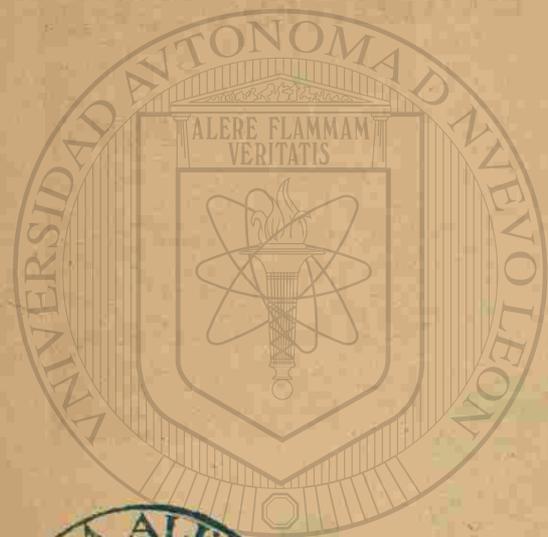
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO
Tip. de la Comp. Edit. Cat. San Andrés, núm. 8.

1904

45534

Bx2215
F5



FONDO EXTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Secretaría del Arzobispado de México.

El Censor á cuya revisión pasó el manuscrito presentado por V. titulado: «Flores Eucarísticas recogidas en los Ejercicios Espirituales» dió el dictamen que sigue, y el cual deberá imprimirse en la primera hoja del libro.

Muy ilustres Sres. Gobernadores de esta Sagrada Mitra:

En cumplimiento del Decreto de VV. SS. que antecede, he leído con atención el manuscrito titulado: «Flores Eucarísticas recogidas en los Ejercicios Espirituales.—Analogías entre éstos y la Sagrada Eucaristia, por un católico;» y no sólo no encuentro en él cosa alguna que sea poco conforme al dogma y á la sana moral; sino que entiendo que su publicación será de grande provecho espiritual para las almas.

Tal es mi parecer, salvo siempre el más acertado de VV. SS.

México, 2 de Enero de 1904.

LAUREANO VERES S. J.

Al comunicarlo á V. para su inteligencia y satisfacción, le acompaño la licencia que para imprimir dicho opúsculo, ha tenido á bien concederle S. S. Ilma.

Dios le guarde muchos años. México, 4 de Enero de 1904.

POR EL SR. SEJO

Luis G. Cruz M.

Sr. D. Santiago Ramírez

Presente.

003957



Secretaría del Arzobispado de México.

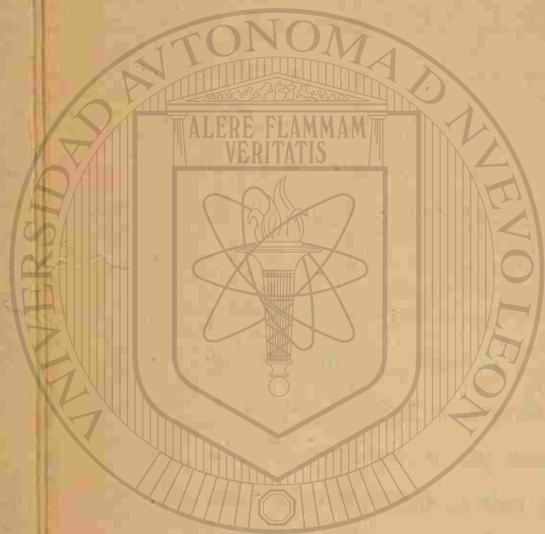
El Ilmo. Sr. Arzobispo se ha servido conceder su superior licencia, en vista del dictamen del Censor, para que se imprima y publique el opúsculo intitulado: "Flores Eucarísticas recogidas en los Ejercicios Espirituales.---Analogías entre éstos y la Sagrada Eucaristia," con calidad de que antes de darse á luz, sea cotejado por el mismo Sr. Censor, y de que se inserte esta licencia.

Protesto á vol. mi aprecio y consideración.

Dios le gde. ms. as. México,
Enero 5 de 1904.

Gerardo M. Herrera,
Secretario.

Sr. D. Santiago Ramírez.

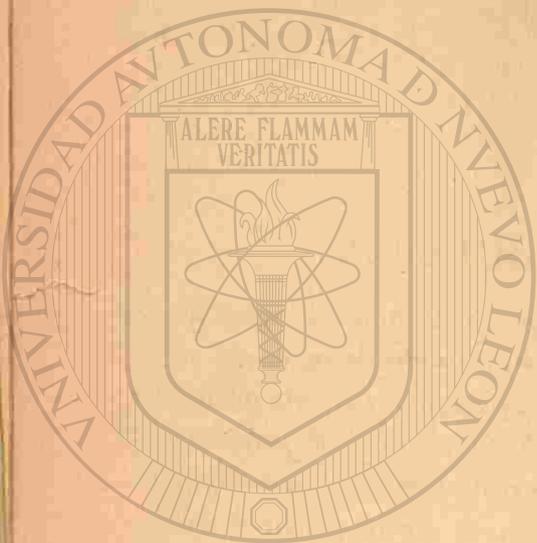


SUPLICA.

Al disponer el autor de estas líneas que el producto de su venta se destine á sufragios por las almas del Purgatorio, suplica respetuosamente á las personas que las reciban como regalo, se sirvan aplicar los que su caridad cristiana les inspire, á el alma en cuyo obsequio están escritas y á cuya memoria están consagradas.

*El que se compadece del desvalido, será Bienaventurado:
el que cree en el Señor, ama la misericordia.*

PROV. XIV, 21.



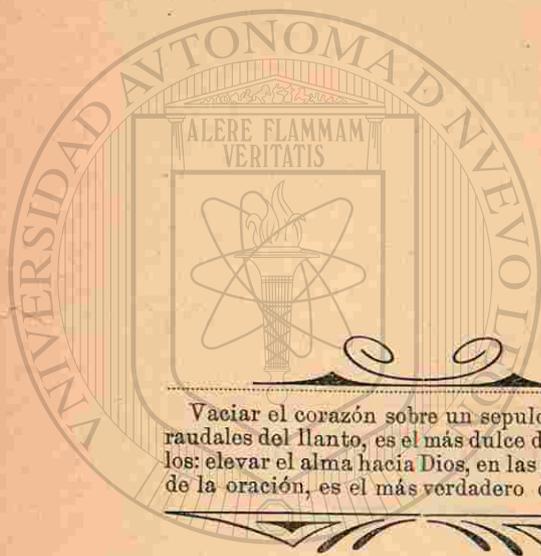
U A N L

DEDICATORIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Vaciar el corazón sobre un sepulcro, entre los raudales del llanto, es el más dulce de los consuelos: elevar el alma hacia Dios, en las emanaciones de la oración, es el más verdadero de los goces.



INTRODUCCION-DEDICATORIA

CHINTA!

Viviré para tí! te dije con el corazón rebosando de amargura, pues mis labios estaban enmudecidos por el dolor, en el instante inolvidable y terrible de aquel día sin noche, puesto que aún subsiste, porque no tuvo, ni tiene, ni tendrá jamás término; ó por mejor decir, de aquella noche sin día, que no tuvo, ni tiene, ni tendrá jamás luz, en que tú, Chinta de mi vida, ...oh dolor del que no me doy cuenta todavía: moriste para mí!

Yo no sé si ese gemido del alma, bastante débil para desahogar mi amargura, y

bastante fuerte para incrustarse en la losa de tu sepulcro, fué una necesidad, una resolución, una promesa ó un voto; y tampoco sé si he cumplido el deber que me impone y la obligación que significa: lo que yo sé, porque lo siento, es que durante tu preciosa vida, te amé á ti sola; pero después de tu dolorosa muerte, amo la dualidad que en ti se verificó.

Por eso mi alma quedó dividida: una parte quedó en la tierra, viviendo para ti, en la deleznable porción de tierra en que yo te dejé, y en los inextinguibles recuerdos que tú me dejaste; y la otra se fué contigo á la Eternidad, donde vive para ti á las plantas del Señor, que sin cesar conmuevo con el acento de la plegaria.

Cuando yo me uní á ti, mi corazón que ya te amaba mucho, pero mucho menos de lo que ahora te ama, me dijo que no me había de separar nunca de ti; y así ha sucedido: porque no me he separado de ti; porque estoy siempre contigo... ¿Dónde? No en nuestro hogar, porque ya nuestro

hogar no existe; lo arrancó en sus cimientos la tormenta: en el cementerio donde está la aparente comunicación con los muertos, y en el templo donde existe en realidad esta comunicación, por la Comunión de los Santos.

Dios te arrancó de mí para llevarte á sí: por eso cuando me acerco á Dios, me siento á tu lado. Y nunca estoy tan cerca de Dios, como en los Ejercicios Espirituales, donde puedo decir que no me aparto de la Sagrada Eucaristía, puesto que á todas horas está allí para mí este Sacramento adorable, para recibirme cuando lo visito; acudir cuando lo llamo; abrirme la puerta cuando la toco; venir á mí cuando lo espero, y hablar á mi corazón en el silencio de la soledad. (1)

Cuando en los días de tu preciosa vida, yo disfrutaba esta felicidad, en la que tú, con tu nunca desmentida abnegación consentiste siempre, consintiendo en la contrariedad de quedarte sola, te sentía siem-

(1) Os. II, 14.

pre á mi lado, y en todas las distribuciones de ese tiempo tan ventajosamente aprovechado, pensaba con tu pensamiento, sentía con tu corazón y tomaba mis resoluciones con tu voluntad.

Cada día que pasaba, de los que en esa tranquila soledad, tan rápidamente transcurren, sentía el dolor de que un día menos me quedaba de estar en ese santo retiro; mas tu recuerdo me traía el consuelo de que un día menos estaba separado de ti.

Terminados los Ejercicios, debía yo volver al mundo: qué dolor! Pero al mismo tiempo, debía yo volver á tu lado: que felicidad!

Al acabar los Ejercicios, las puertas se abrían, los ejercitantes se alejaban; las sagradas formas, que después del convite espiritual de despedida quedaban, se consumían, y la Eucaristía ya allí no se encontraba.

Ya no tenía objeto allí, pues se iban los ejercitantes para quienes exclusivamente estaba.

Entonces, al salir, volaba yo á mi apacible hogar donde me esperaban goces purísimos que me preparabas tú, y que iba yo á saborear contigo; y hoy al salir, voy á las ruinas en que á tu separación de la vida quedó convertido mi hogar, donde me esperan amarguras íntimas, que apuro hasta las heces por ti.

En aquellas veces . . . lo recuerdas, mi vida? Yo te llevaba dos obsequios: pequenísimos el uno, y empedregado el otro, que tú recibías de una manera tan delicada, con un amor tan expresivo, con un agradecimiento tan sincero, que este conjunto tan encantador, que nunca puede ver sin conmoverme, se transparentaba y descubría en el brillo de tus ojos, en la sonrisa de tus labios, en los latidos de tu corazón.

De estos dos obsequios, si es que con semejante nombre pueden designarse, el uno era un sencillísimo recuerdo, y consistía en una fruta de las que se servían el día de la Gloria en el banquete de despedida;

el otro era una vertiginosa corriente que de mi espíritu pasaba al tuyo, llevándole en el más completo desorden, las impresiones, los sentimientos y las ideas que en todos los días de mi retiro, había recogido y acumulado para ti.

Me parece que estoy viendo las candentes perlas que tus religiosos sentimientos y tu exquisita sensibilidad ponían en tus ojos, cuando desenvolvía delante de ellos, en imperfectísima sinopsis, el cuadro de mis ejercicios, á la luz de mi última comunión; la comunión del último día !

Hoy te consagro obsequios semejantes, llevando á tu sepulcro, como testimonio de mi nunca interrumpido recuerdo, una flor de las que en vistosos y artísticos ramos, adornaron la mesa el último día; y llevando á tu alma, en testimonio de que nunca se separó de la mía, otras flores igualmente bellas, igualmente apacibles, igualmente olorosas, igualmente significativas, brotadas en otro terreno, culti-

vadas en otro jardín, regadas con la lluvia del corazón, acariciadas por la brisa de la plegaria, enlazadas por mi propia mano, y unidas, formando un ramillete místico, que también voy á depositar á tu sepulcro; pero no encima de la inerte y fría losa que lo cubre; sino al pie de la sagrada y significativa cruz que lo corona.

Esa cruz, que resignada llevaste sobre tus hombros en tu cristiana vida; esa cruz, ante la que tantas veces te ví de rodillas en el arrobamiento de tu oración; esa cruz con que mártir te abrazaste serena en tu penosa enfermedad; esa cruz, que fervorosa llevaste á tus moribundos labios en tu edificante agonía; esa cruz, que como se ostenta sobre las torres del templo católico, se ostentó sobre tu venerando cadáver, que fué templo del Espíritu Santo (1); esa cruz, en cuyo torno te agruparás, con todos los bienaventurados tus compañeros, el día tremendo del Juicio Universal.

(1) 1a Cor. III, 16: 2a Cor. VI, 16.

Estas flores encontradas, recogidas y conservadas en la soledad de mi retiro, en la oscuridad de la Capilla, en el silencio de mi oración, á la puerta del tabernáculo y á la sombra de la Eucaristía, son las reflexiones que ocuparon mi pensamiento, que conmovieron mi corazón, que humedecieron mis ojos, que decidieron mi voluntad, que desahogaron mi espíritu, en todos aquellos inolvidables días, y en todos sus fugitivos instantes.

Aquella flor que ha comenzado á secarse, pronto será tostada por el sol, deshojada por el viento y perdida en el polvo del cementerio; esta otra flor, no será tostada, ni seca, ni deshojada: y las reflexiones á que he empezado á dar forma, pronto tal vez consignadas en orden, compaginadas é impresas, formarán un libro, en el que la piedad de los lectores suplirá las faltas; su ilustración corregirá los defectos; su meditación llenará los vacíos, y muy especialmente su caridad, obsequiando la súplica que con el cora-

zón hecho pedazos por el sufrimiento, las rodillas en el polvo, el pensamiento en tí y la vista de la imaginación en el Purgatorio, les dirijo, sacarán de él los sufragios que solicito para ti, y que Dios se dignará distribuir conforme á los inescrutables designios de su rectísima justicia y de su inagotable misericordia.

Al trazar estas líneas, que tal vez son las últimas que salen de mi siempre imperfecta, siempre torpe, y ahora lánguida y decadente pluma, estoy en la presencia de Dios, estoy á tu lado, y rodeado de mis impresiones y mis recuerdos: y si como siento lo que escribo, me fuera posible escribir lo que siento, este libro sería digno de su asunto, digno de su objeto y digno de tí: pues el material lo he recogido . . . iba yo á decir á las plantas de Dios, pero no sería rigurosamente exacto, porque he subido más arriba; (1) he penetrado más adentro: palpitante de emoción, y empapado en lágrimas, he pe-

(1) S. Luc. XIV, 10.

netrado hasta el fondo del Corazón de Jesucristo.

En estas comunicaciones íntimas con Dios, que sólo se tienen en los Ejercicios, y que tú, en tu cristiana vida, disfrutaste, el alma ve lo que jamás antes había visto; siente lo que jamás había sentido; llora como jamás había llorado; y en esas fugaces y tranquilas horas que se pasan en la puerta del Tabernáculo, es decir, en la antesala de la Gloria, se contempla una luz indefinida; se escucha una melodía deliciosa; se respira un perfume celestial, y se gusta un manjar delicadísimo: es la Eucaristía.

Yo te traigo ahora, lo mismo que te llevé otras veces, una chispa de aquella luz; una nota de aquella melodía; una emanación de aquel perfume; una partícula de aquel manjar; todo desfigurado, todo empequeñecido, todo . . . tal vez profanado; pero si desgraciadamente es así, será resultado de la insuficiencia, pero nunca debido á la intención.

Cómo lo recuerdo! Siempre que yo escribía sobre asuntos de esta naturaleza, te acercabas á mí, y llevando en tus brillantes ojos los destellos de tu ternura; manifestándome en cariñosas frases la expresión de tu deseo; y envolviendo mi ser en una atmósfera de felicidad, con tu voz, que aún estoy escuchando me decías: "leeme lo que has escrito" y ahora más que entonces, abrasado en deseos de complacerte, no te leo lo que he escrito: te leo lo que voy escribiendo.

Y cómo no, si escribo en ti, por ti y para ti, y lo que escribo parece que tú me lo estás dictando!

Y puesto que este trabajo es también tuyo, pues para ti lo he emprendido, y puedo decir que tú me lo has inspirado; y puesto que todo lo mío te inspiró siempre más interés que lo tuyo; y puesto que diste siempre á mis obsequios un valor que estaban muy lejos de tener; y puesto que ya resides en el seno del Señor en la Eternidad, en la purificación ó

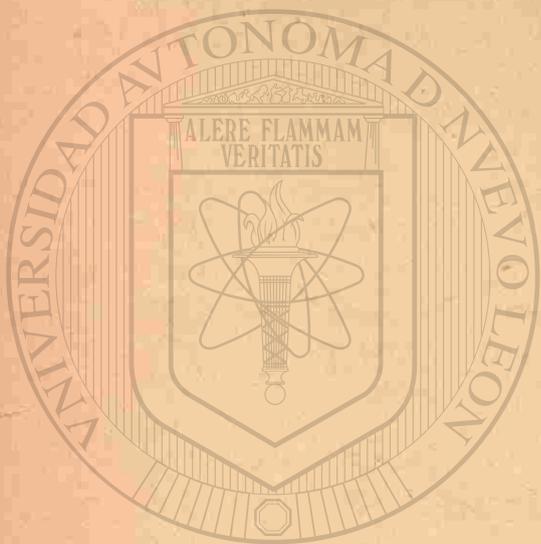
en la Gloria; y puesto que, aunque separada de mí por el abismo de la muerte, estás unida á mí por la Comunión de los Santos, pide á tu Dios de quien estás tan cerca, que se digne bendecir este librito, para que produciendo en el espíritu y en el corazón de sus lectores los afectos que sólo puede producir la gracia, todos y cada uno de los conceptos que lo forman, sublimados por la meditación y embellecidos por la caridad, salgan de las almas piadosas entre las emanaciones de la adoración; se eleven al Cielo con los suspiros de la plegaria, y como lluvia copiosa y refrescante, caigan en el Purgatorio convertidos en sufragios.

Si aún estás en el lugar de tu purificación, y por lo mismo, los necesitas, el Señor se dignará aplicártelos, como con el corazón hecho pedazos se lo pido, por su Sangre preciosa, por su Pasión redentora y por su Madre admirable; pero si por la Misericordia de Dios, ya no tienes necesidad de ellos, lograrán el rescate de

otras almas que te deberán á ti la anticipación de su felicidad en el Cielo, como yo te debí mi felicidad en la tierra.

Tuyo hasta la Eternidad.



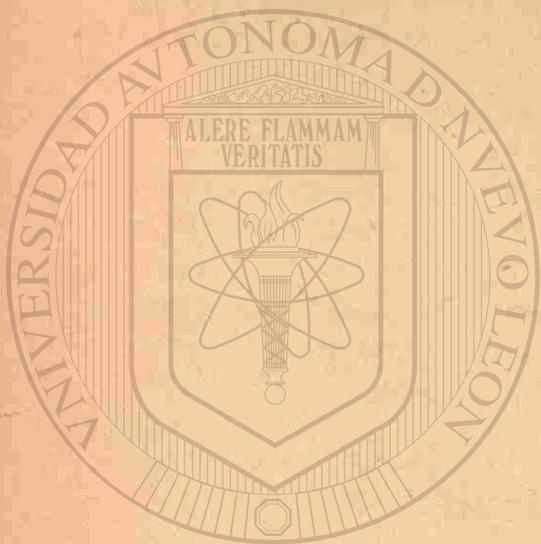


PRIMER DIA.

Principio y Fundamento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

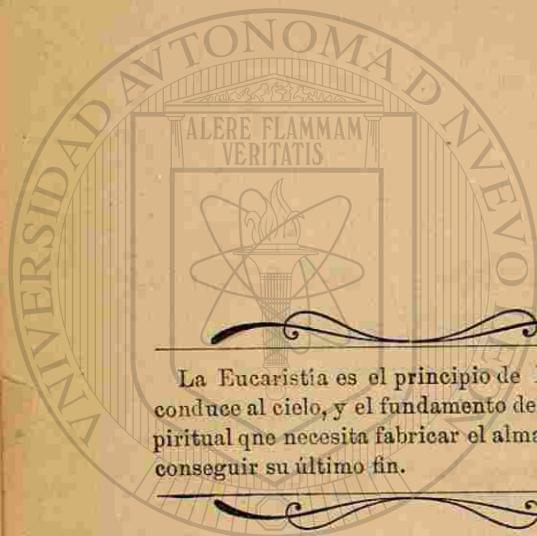


PRIMER DIA.

Principio y Fundamento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Eucaristía es el principio de la senda que conduce al cielo, y el fundamento del edificio espiritual que necesita fabricar el alma que quiere conseguir su último fin.



LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

Dignas del más detenido estudio, de la más seria atención y de las más profundas meditaciones, son las palabras que Jesucristo dirigió en la Sinagoga de Cafarnaum, á los judíos, que después del portentoso milagro de los cinco panes, atravesaron el lago de Tiberiades en su seguimiento, y tuvieron la osadía de poner á discusión las admirables afirmaciones que brotaban de sus divinos labios: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día." (1)

(1) S. Juan, VI. 55.

El último día! Hé aquí la conclusión de un período de tiempo.

La resurrección! Hé aquí el principio de la Eternidad.

Le resucitaré en el último día! Hé aquí la sinópsis del milagro de los milagros; de la gracia de las gracias; del amor de los amores: El Misterio de la Eucaristía.

La Eucaristía es un espejo terso, brillante, puro y refulgente, donde se ve el hombre, no como es en sí, sino como debe ser; no dentro de la envoltura de la naturaleza, sino entre los esplendores de la gracia; no rodeado de las miserias de la tierra, sino enaltecido por las grandezas del Cielo; no con la existencia transitoria del tiempo, sino con la inmutable vida de la Eternidad.

Es á la vez un cristal diáfano, pulido y trasparente, colocado por la infinita sabiduría y sostenido por ángeles en las fronteras de la vida material, donde acaba el *último día* del tiempo; donde empieza el día primero de la inmortalidad; donde se verifica la resurrección, y á cuyo través se ve la Bienaventuranza.

Qué consoladora es la reflexión, que de esta natural figura se desprende! Una dis-

tancia pequeña, muy pequeña, tan pequeña como el espesor de un delgado cristal, separa de la Bienaventuranza el alma que comulga!

Y aun esta distancia, con ser infinitamente pequeña es exagerada: porque el que comulga, come la Carne y bebe la Sangre de Jesucristo, quien dijo con toda claridad: "El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él."(1)

Hay en la Sagrada Eucaristía una fuerza de atracción tan poderosa sobre el alma, que se hace sentir sobre ella con la misma intensidad con que la pesantez hace descender á los cuerpos materiales; que caen cuando se encuentran abandonados á sí mismos, y no se detienen sino hasta quedar en contacto con la tierra que ha ejercido y sigue ejerciendo sobre ellos su acción. Esta fuerza la ejerce y la sigue ejerciendo, hasta que el alma se detiene sobre ella, reposando sobre ella, con fundiéndose en ella, identificándose con ella.

La Eucaristía es también un libro abierto en el que hay solamente dos letras griegas y dos palabras escritas en todos

(1) S. Juan, VI, 57.

los idiomas. Pero estas dos letras y estas dos palabras, que en su representación les basta un espacio muy pequeño, en su significación ocupan toda la Eternidad, porque estas dos letras son el *Alfa* y la *Omega*; Dios! Y estas dos palabras, *último fin*; el Cielo!

Dios! El Cielo! La Eucaristía! Tres palabras diferentes que representan el solo Dios verdadero.

La Eucaristía! Cómo puede ser un espejo en el que, al verse el hombre, se reproduce su imagen, no como es, sino como debe ser?

Ah! Porque en este espejo solamente se ve el alma. El alma sublimada por la gracia! El alma desprendida del cuerpo por la oración! El alma triunfante de la materia por la Penitencia!

Y como en la Eucaristía está Dios, el alma no puede menos que ver en ella á Dios; y estando el alma hecha á imagen y semejanza de Dios, Dios es á la vez semejanza del alma; por lo que el alma viendo á Dios, ve en El su propia imagen: se vé á sí misma.

Por qué también la comparamos con un cristal delgado y trasparente, colocado en

el término de la vida, y como la línea de separación entre el tiempo y la eternidad?

El alma es inmortal, y su vida tiene dos facas: la una, unida al cuerpo que es mortal y pronto perece; la otra, separada del cuerpo, y que siendo inmortal, nunca se destruye. La primera está en el tiempo: la segunda, en la Eternidad.

Estas dos facas están unidas por un eslabón invisible y poderoso; pero este eslabón es infinitamente pequeño, es un punto matemático, en el que, no diremos que se tocan, sino que coinciden, se sobreponen, se penetran y se confunden, reduciéndose á uno solo, el último instante del tiempo, y el primero, por decirlo así, de la Eternidad.

El punto matemático, sin figura y sin extensión, que representa gráficamente la unión entre esos dos instantes, prolongado en uno y otro sentido, da lugar á la línea de separación entre ellos, cuya línea, con ser en su anchura tan pequeña, como entre los guarismos numéricos es el cero, por su significación es tan grande, como entre los signos algebraicos es el infinito.

En los dinteles de la vida, esta línea es la traza de un plano trasparente como el cristal, pues al través de él, se puede ver desde una de las regiones que limita, lo que hay en la otra. De la región del tiempo, se puede ver la región de la Eternidad.

Y se puede ver, porque está iluminada por un destello brillantísimo de esa luz sobrenatural que se llama Fe, cuyos misterios "todos y cada uno," condensa la Sagrada Eucaristía, á la cabecera del lecho del cristiano moribundo.

A ese destello le comunica intensidad y fuerza la ratificación de la creencia en la verdad católica, expresada, en ese múltiple y repetido "Sí creo," que empapado en lágrimas de dolor y de ternura, pronuncian con acento gemebundo, multitud de labios.

La Eucaristía es también un libro abierto, semejante á aquel en que el ilustre deserrado de Patmos escribió su visión profética, al consignar estas misteriosas y significativas palabras: "Yo soy el Alfa y la Omega; el principio y el fin." (1)

(1) Ap. I, 8.—XXI, 6.—XXII, 13.

La Eucaristía, en efecto, existe en la mente, en los designios, en el poder, en la sabiduría, en los tesoros, en el amor, en la inmensidad de Dios desde la Eternidad.

Ya "en el principio era el Verbo;" (1) ese Verbo, que en la plenitud de los tiempos, vino al mundo, y "vino á los suyos." (2)

Y no sólo en el principio de la Eternidad; también en el principio del tiempo, la Eucaristía estaba á la vista de Dios.

Al abrir la primera página del primer libro de la Historia que con su sencillez maravillosa y sublime refiere los detalles de la Creación, vemos que al crear Dios la Tierra, "las tinieblas cubrían la superficie del abismo;" que el primer *Fiat* que brotó de los Divinos labios del Omnipotente, fué para pronunciar el portentoso "*Fiat lux*," y que al quedar la luz hecha, su Todopoderoso autor, "separó la luz de las tinieblas." (3)

Y puede dudarse, que en esos momentos solemnes, tenía Dios á la vista la Eucaristía, cuando nosotros, con solo fijar en ellos

(1) S. Juan I, 1.

(2) Ib. 11.

(3) Gen. I, 1, 2, 3 y 4.

ligeramente la atención, la encontramos representada y la vemos transparentarse?

En efecto, en esas palabras que Dios pronunció sobre la "tierra informe y vacía," están preludiadas las que más tarde Jesucristo pronunció, y á su ejemplo, y por su mandato, y en su memoria pronuncian todos los días los Sacerdotes sobre un pequeño producto de la tierra, también informe y también vacío, pues solo es un puñado de harina.

A la creadora acción de aquellas palabras, la tierra quedó bañada por la luz; á la milagrosa acción de estas palabras, la harina queda trasformada en Jesucristo, que también es luz, (1) y también queda separada la luz de las tinieblas; es decir, la gracia, del pecado: la virtud, del vicio; Jesucristo, de Satanás.

El mundo, después de su creación, se puso en marcha; y en su nunca interrumpido movimiento va marchando hacia la Eucaristía, que constantemente está preludiando.

El mismo inspirado libro del Génesis

(1) S. Mat. IV, 16.—S. Luc. II, 32.—S. Juan I, 4 y 5.—III 19.—VIII, 12.—IX, 5.—XII, 35 y 46.—Act. XIII, 47.—1º S. Juan II, 8.—Ap. XXI, 13.

nos dice que en el delicioso jardín que había plantado Dios desde el principio, en que colocó al hombre que había formado, hizo nacer el árbol de la vida, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. (1)

En aquel jardín está representada la Iglesia, y en estos árboles, la Eucaristía.

La Eucaristía no sólo representa con toda exactitud el árbol de la vida, sino que le excede en propiedades, en virtud, en dignidad y grandeza, puesto queda á el alma en toda su plenitud la vida de la gracia, y le garantiza la vida de la gloria.

La Eucaristía "es el árbol de la vida, para los que se alimentan con ella; y los que se acercan á recibirla con las debidas disposiciones, son bienaventurados." (2)

La Eucaristía—dice Cornelio A. Lápides el "árbol de la vida, 1º porque nos da ora la vida natural del alma, ora la vida sobrenatural de la gracia, y conserva y prolonga esta vida.....2º da fuerzas, energía y heroísmo; 3º el fruto del árbol de la vida era superior á cualquiera otro manjar, por su dulzura, y lo mismo

(1) II, 8 y 9.

(2) Prov. III, 18.

sucede con la Eucaristía; 4^o el árbol de la vida preservaba al hombre de la muerte; y de la misma manera la Eucaristía nos preserva de la muerte, del pecado, y por consiguiente, de la muerte eterna, que es la suprema desgracia Perdiendo Adán aquel árbol de la vida, perdió la facultad de alimentarse de él; pero el fruto de aquel árbol nos ha sido devuelto cien veces mejor por la Eucaristía.”

El árbol de la ciencia del bien y del mal representaba también la Eucaristía, en cuanto á que este Sacramento da la luz y el conocimiento necesarios para amar, unirnos y aprovecharnos del bien que es su esencia, aborreciendo, alejándonos y poniéndonos al abrigo del mal de que ella precave.

El Paraíso estaba regado por cuatro ríos, que lo fecundaban y lo embellecían en todas direcciones; y estos ríos representaban también la Eucaristía, que hacia el Norte y hacia el Sur; hacia el Oriente y hacia el Occidente, riega, refresca y vigoriza las almas en el Paraíso de la Iglesia, para que germinen, florezcan y den fruto de virtud y santidad.

El mundo comienza su movimiento, y no sólo parece encaminarse á la Eucaristía como á su fin, sino que va acompañado de esta maravilla que se hace representar en sus principales pasajes históricos.

El arca de Noé, en la que solamente los que estaban dentro de ella se salvaron del diluvio en que todo el género humano quedó destruído, representa la Eucaristía, pues solamente los que se refugian en ella se libran del diluvio de las pasiones, y se salvan de la muerte. (1)

También la representan, la zarza que vió Moisés, en el monte Horeb, que ardía sin consumirse, en la que escuchó la voz de Dios, cuya Majestad se escondía en ese fenómeno inexplicable, y cuyo amor le ordenaba salir de Egipto, romper el yugo de Faraón, lanzarse al desierto y dirigirse á la Tierra prometida: pues en este admirable sacramento, la divinidad con todo su brillo, con todo su esplendor, con todo su fuego, arde en la humanidad, sin consumirla, y la apariencia del pan no se destruye ni se altera: Jesucristo está en los

(1) Gen. VII, 23.

accidentes del pan, como Jehová estaba en la zarza; y aquí, como allá, instruye á el alma excitándola á salir del pecado, romper el yugo del demonio, y por el desierto de la vida de la observancia, de la mortificación y de la penitencia, dirigirse al Cielo. (1)

Desempeña Moisés la misión salvadora que le confió el Señor: y ya en los momentos de vencer el último obstáculo que la soberbia, la rebeldía y la obcecación del Monarca de Egipto le presentaba, se sacrifica un Cordero; con su sangre se señalan los postes de las casas de los que lo habían comido; á la vista de esta sangre el ángel exterminador retrocede; los primogénitos de los Hebreos quedan salvos y el pueblo de Israel recobra su libertad. (2)

No es posible dejar de ver en este cordero la figura del Cordero de Dios, á quien diariamente vemos en las manos del Sacerdote, en la Custodia y en el Sagrario; en esta sangre, la Sangre que todos los días vemos correr en nuestros altares; y en

(1) Ex. III, 2 á 10.

(2) Ib. XII, 6, 7, 12, 13 y 37.

este conjunto, el adorable misterio de la Sagrada Eucaristía.

Camina el pueblo de Israel por el desierto, y el Señor lo guía en una columna: de noche luminosa para alumbrarle el camino, y de día opaca, como una nube, para protegerlo de los ardores del Sol. (1) Y desviando su marcha del país de los Filisteos, por donde el camino era más corto, pero donde ese pueblo le había de detener el paso presentándole batalla, lo hizo rodear por el Mar Rojo. (2)

También aquí se ve la Eucaristía, pues Dios estaba oculto en la columna, como está oculto en las especies sacramentales; alumbraba aquí, como allí, los caminos que conducen al Cielo, verdadera Tierra de Promisión; protege á el alma contra el fuego de las pasiones y los ardores de la concupiscencia, y la desvía de la tentación en que puede caer, haciéndola rodear por medio de los más inesperados acontecimientos, por sitios seguros en los que haciendo resplandecer su Providencia, su Poder y su Gloria, la hará triunfar de los peligros. (3)

(1) Ex. XIII, 21.

(2) Ib., 17 y 18.

(3) Ex. XIV, 10, 20 á 28.

La Sagrada Eucaristía, no endulza, en el cristiano que la recibe bien dispuesto, las aguas amargas de la tribulación que lo envenenan, como el leño arrojado por Moisés sobre las aguas del Mara? (1)

Y las codornices que cubrieron el campamento de Sin, cuya carne sabrosa y delicada es un manjar exquisito y preciado, (2) no figuran el mismo Sacramento, del que dijo Jesucristo al anunciarlo, "Mi carne es verdadero manjar?" (3)

Y el maná, ese alimento milagroso, que realizó la promesa que hizo Dios al pueblo de Israel en la persona de Moisés, cuando les dijo: "Voy á hacer que os llueva pan del cielo," (4) puede dudarse que fuera una exactísima figura de la Eucaristía, cuando el mismo Jesucristo, contestando á los judíos, que tratando de rebajarlo ante el recuerdo de Moisés le dijeron: "nuestros padres comieron el maná en el Desierto según está escrito dióles á comer pan del Cielo," les dijo: "Moisés no os dió pan del Cielo"; "Vuestros padres comieron el maná en el Desierto y mu-

(1) Ex. XV, 25.

(2) Ib. XVI, 13.

(3) S. Juan, VI, 56.

(4) Ex. XVI, 4 y 14.

rieron;" "Yo soy el pan vivo que he bajado del Cielo?" (1)

Y el agua que brotó de la roca de Horeb en Raphidim, herida por la vara de Moisés, [2] como el pan herido por la palabra del Sacerdote; y el altar que el Señor mandó que se le erigiese en la falda del Sinaí; (3) y el arca de la alianza, de madera de setim y planchas de oro; y el propiciatorio de oro purísimo, con dos querubines á los lados, del mismo metal; y las tazas, y las redomas, y las copas, y los incensarios de oro, y los panes de la proposición, que se mudaban todos los sábados (como se hace ahora con la hostia de la custodia, en la Misa de Renovación todas las semanas,) que solamente Aarón y sus hijos, en uso de un derecho perpetuo (el del Sacerdocio) podían comer, y debían hacerlo en lugar santo por ser cosa santísima y ofrecida al Señor?" (4). La sagrada Forma que se retira de la custodia en la Misa mencionada, para reemplazarla por la que se acaba de consagrar, por cuya operación se llama "de

(1) S. Juan, VI, 31, 32, 49 y 51.

(2) Ex. XVII, 6.

(3) Ib. XX, 24.

(4) Lev. XXIV, 8 y 9.

Renovación" esta Misa, solamente el Sacerdote la puede comulgar, y en el mismo altar, que es "lugar santo", y en el mismo Sacrificio, que es santísimo, cuando acaba de consumir el *sanguis*, no pudiendo dar con ella la comunión á los fieles.....

Interminables haríamos estas reflexiones sinos detuviéramos con ellas en todos los pasajes de la Historia Sagrada en que se ve representada la Eucaristía. Los señalados del Antiguo Testamento bastan para poner fuera de duda la indiscutible verdad invocada al principio, de que el mundo, en su nunca interrumpido movimiento, va marchando hacia la Eucaristía que constantemente está preludiando, y que va acompañado de esta maravilla.

Al mismo resultado llegaremos, fijando por unos instantes la atención en el Nuevo Testamento.

Treinta siglos contaba el mundo de existencia, y Dios, representado por uno de sus atributos divinos, la Sabiduría, quiso comunicarse con sus criaturas; no entre rayos y truenos como en la encendida cumbre del Sinai; ni por desoladores castigos como en el despótico imperio de los

Faraones; ni con las llamas del incendio como en la nefanda Pentápolis: sino entre las ondulantes vibraciones de un tenue suspiro, insinuante como el deseo; tierno, como el amor; suave, como la queja; apacible, como la promesa; consolador, como la esperanza.

"Mis delicias—dijo—consisten en estar con los hijos de los hombres." (1)

Llegó, en la plenitud de los tiempos, la época memorable y solemnisima, en que esta esperanza llegara á ser una realidad; en que la promesa fuera cumplida; la queja encontrara el necesario alivio; el amor tuviera el más expansivo desahogo, y el deseo quedara completamente satisfecho: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." [2]

Habitó entre nosotros habitando en el seno de la Virgen María, de cuya purísima sangre formó Dios un cuerpo humano, uniendo á él á la vez una alma racional, resultando así un hombre verdadero y perfecto, al que hipostáticamente se unió la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que es el Verbo.

(1) Prov. VIII. 31.

(2) S. Juan, I, 14.

Pero esta unión con la Virgen María, constituye aquellas delicias de que mil años antes nos había hablado?

No, porque la Encarnación no es sino el preliminar de la vida, en cuanto á que es la preparación del nacimiento.

Estas delicias, las tendrá entonces en su nacimiento?

Cómo puede ser esto, si no encontró donde nacer llegado este instante," [1] porque los suyos no lo recibieron? [2] Si el que más tarde no había de tener "una piedra en que reclinar la cabeza," (3) no halla ahora un hogar en que abrir los ojos á la primera luz, y cerrarlos al primer sueño?

Si del Portal que le sirvió de casa y del Pesebre que formó su cuna, tuvo que salir huyendo, entre las sombras de la noche, para librarse de la muerte, en aquella bárbara degollación que no tiene semejante en la Historia? [4]

Encontró estas delicias en el curso de su vida?

Tampoco: porque durante sus prime-

(1) S. Luc. II, 17.

(2) S. Juan, I, 11.

(3) S. Mat. VIII, 20.

(4) S. Mat. II, 14 y 16.

ros siete años, estuvo en un país extranjero, idólatra, viendo desconocido el culto debido á su Padre y las numerosas ofensas que en todos los instantes se le hacían, y viviendo á expensas de sus Padres que eran pobrísimos; vuelto á la Judea, el temor de Arquelao sucesor de Herodes, obligó á sus Padres á retirarse á Nazaret, donde con su trabajo, en el humilde taller de S. José, se proporcionaba un pobre y mezquino alimento, y no recibía de los hijos de los hombres, sino la indiferencia, el abandono, el desprecio y los ultrajes.

En su vida pública, se asocia á unos pescadores; los ricos lo desprecian, los prudentes lo censuran, los Eseribas le arguyen, los Fariseos lo recriminan, los Sacerdotes lo aborrecen, y todos los que lo rodean, como nubes de tempestad se van agrupando en torno suyo para descargar sobre él sus rayos y sus tormentas.

Dónde, pues, están esas delicias, que si las hubiera mencionado un puro hombre, deberíamos considerarlas como fantásticas, pero que anunciadas por Dios, y perseguidas por el Hombre Dios, no pueden menos que ser reales, verdaderas, gran-

diosas, espléndidas, extraordinarias y sublimes?

Jesucristo va caminando hacia estas delicias, y tiene que alcanzarlas: sigamos sus pasos, y las alcanzaremos también, juntamente con la causa que las produce; con el centro de donde derivan y el manantial de donde brotan.

“Llegó el día de los ázimos, en el que era necesario sacrificar el Cordero Pascual”, á cuya prescripción Jesucristo había querido sujetarse. Llegada la hora de la cena, se puso á la mesa con los doce apóstoles y les dijo: “ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de mi Pasión.” (1)

Hé aquí el deseo; hé aquí el amor; hé aquí la queja; hé aquí la promesa; hé aquí la esperanza; hé aquí las delicias que envuelven todos estos afectos.

Todo se encuentra condensado en esa Pascua; en esa maravilla; en ese sacramento; en esa solemnidad; en la Institución de la Eucaristía.

Jesucristo, pues, caminó sin cesar hacia la Eucaristía: ella fué el término de

1 S. Luc. XXII 7. 14 y 15

su vida mortal. Y siguiendo su ejemplo, y siguiendo sus pasos, y siguiendo el camino que El dejó trazado, su Iglesia, y la humanidad, y el mundo, se dirigen á la Eucaristía, como al término de sus aspiraciones, como á la realización de sus deseos, como al cumplimiento de sus esperanzas, como á su último fin.

La Eucaristía, en los dos actos principales que la constituyen, es, con toda propiedad, el *alfa* y la *omega*, como el Dios verdadero que es su esencia: la Consagración, hé aquí su principio; la Comunión, hé aquí su fin.

En la Consagración, la palabra del Sacerdote hiere el pan y lo trasforma en Dios; como en la Creación, la palabra del Omnipotente, hiere el polvo y lo convierte en hombre: y en la Comunión, las especies se destruyen dentro del pecho del cristiano que comulga, y Jesucristo sube al Cielo; como en la muerte, el cuerpo se destruye en el sepulcro, y el alma se remonta á la Eternidad.

Es cierto que ni en la Encarnación, ni en el Nacimiento, ni en la vida privada, ni en la pública, encontró Jesucristo aque-

llas delicias que preluvió en el Libro de los Proverbios; pero también lo es, que en todos sus actos estuvo representada la Eucaristía, en la que estas delicias se hallan condensadas.

Por la Encarnación, el Hijo de Dios bajó del Cielo á la Tierra, y María se elevó de la Tierra al Cielo; (1) y por la Eucaristía, baja el Hijo de Dios, también á la Tierra, y el alma del que comulga se remonta al Cielo.

Por la Encarnación, "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros;" (2) y por la Eucaristía, el Verbo se hace pan y reside entre nosotros y en nosotros.

Por la Encarnación, Jesucristo oculta su divinidad en la forma del hombre; y en la Eucaristía, oculta su humanidad en los accidentes del Pan [3]....

Pero qué vamos á hacer! Penetrar las relaciones que existen entre estos dos misterios, equivale á dar un paso, fuera de una embarcación que navega en alta mar; el temerario que así lo haga, se precipitará al fondo del abismo y perecerá en las aguas del Océano.

(1) Mística Ciudad de Dios.

(2) S. Juan I. 14.

(3) La Encarnación y la Eucaristía—Apostolado de la Cruz.—Tomo I. Nos. 20, 22, 25 y 26.

En su Nacimiento también se ve brillar la Eucaristía, proyectando sobre él sus rayos luminosos, como la inexplicable luz que aulmbró á los pastores de las cercanías de Belén; [1] como la estrella milagrosa que guió á los sabios del Oriente. [2]

Si fijamos, en efecto, aunque sea ligeramente la atención en estos dos misterios, los vemos asemejarse por las más íntimas relaciones y las más encantadoras armonías.

En el Nacimiento está oculto en el seno de María en los momentos que le preceden; y en la Comunión está oculto, momentos antes, en el Sagrario del Altar.

En el Nacimiento está en los brazos de María; en la Comunión está en las manos del Sacerdote.

En el Nacimiento está envuelto en blancos pañales y ceñido por blandas fajas; en la Comunión está cubierto con los cándidos accidentes y aprisionado con los lazos del Sacramento.

En el Nacimiento su Madre lo presenta

(1) S. Luc. II, 6.

(2) S. Lucas.

(3) S. Mat. II, 1.

á la vista de los pastores y á la adoración de los Magos; en la Eucaristía, su Ministro lo presenta á la vista de los espectadores y á la adoración de los fieles.

En el Nacimiento viene á vivir con los hombres; en la Eucaristía viene á vivir en las almas. (1)

Otra vez nos sentimos arrebatados por la misma atracción; y otra vez tenemos que detenernos por la misma necesidad. Y para no seguir en esta lucha que haría estas reflexiones interminables, bástenos decir que en su nacimiento y en su desarrollo; en su vida oculta y en su vida pública; en el taller y en la Sinagoga; en las calles y en el templo; en sus enseñanzas y en sus ejemplos; en sus parábolas y en sus milagros, está preludiando y descubriendo, la santa, la adorable, la inconcebible, la maravillosa Eucaristía; está marchando, sin detenerse, á la Eucaristía.

Iba, como hombre, caminando á su muerte, determinada por su Pasión: iba, pues, caminando á la Eucaristía en cuyo admirable Misterio está condensada su Pasión y anticipada su muerte.

(1) El Adviento-Apostolado de la Cruz Tomo III, 51

En efecto, en su Pasión, su Cuerpo fué despedazado y su Sangre fué derramada; y en la Eucaristía, El mismo despedazó su Cuerpo, cuando al partir el pan dijo: "este es mi cuerpo," y derramó su Sangre, cuando al distribuir el vino entre todos sus discípulos les dijo: "esta es mi Sangre." (1)

Y así como el mundo, y Jesucristo en su humanidad, marchan á la Eucaristía como á su fin, así el alma, así el hombre, al caminar á su último fin, camina á la Eucaristía, pues en la Eucaristía está la prenda ó el prelude de su último fin.

El último fin del hombre, según lo enseña nuestro sabio Catecismo, consiste en "amar y servir á Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra:" en la Eucaristía se realizan todos estos actos, se llenan todos estos objetos, luego en la Eucaristía está la prenda del último fin del hombre.

El amor es un sentimiento generoso que hace nacer en el corazón un deseo ardiente de acercarse al objeto amado; de unirse íntimamente con él, de confundirse con

(1) Mat. XXVI, 26, 27 y 28.

él, de identificarse con él, y de sacrificarse hasta morir por él.

Todo esto hace el cristiano que comulga: separado de Jesucristo por la culpa, comienza por alejarse de ella, rompiendo todos los lazos que pudieran retenerlo, y salvando todas las dificultades que pudieran estorbarlo: su unión con El es tan íntima, que no puede serlo más, puesto que es la que hay entre el alimento y el que lo recibe: se confunde con El, según El mismo lo asegura cuando dice: "El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí y Yo estoy en él: (1) se identifica con El conforme á la afirmación de David, que dice á los cristianos que comulgan: "sois dioses é hijos del Altísimo;" (2) y á la del Apóstol que escribe: "sois el Cuerpo de Jesucristo y los miembros de sus miembros." (3) Con la sagrada Comunión "somos los miembros del Cuerpo de Jesucristo, formados de su Carne y de sus Huesos." (4)

"Yo vivo, pero no vivo yo; Cristo es el que vive en mí." (5)

- (1) S. Juan VI, 56.
 (2) Ps. LXXXI, 6.
 (3) 1^o Cor. XII, 27.
 (4) Efes. V, 30
 (5) Gál. II, 20.

"Somos participantes de la naturaleza divina." (1)

Jesucristo "da á los que le reciben el poder de ser hijos de Dios." (2)

Lo mismo afirman: David en otros de sus Salmos; San Pablo en otras de sus Epístolas; San Agustín, San Cipriano, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás, San Cirilo de Jerusalén, San León, Tertuliano... pero no debemos ya multiplicar las citas, las que, por otra parte, no son necesarias para persuadir de que, por la Comunión, el cristiano se identifica con Jesucristo.

También se sacrifica hasta morir por El. Sacrifica sus gustos, sus inclinaciones, sus costumbres, sus deseos, siempre que en esto haya algo que lo inhabilite para la Comunión; y muere para el pecado, para el mundo, para las pasiones, para el sensualismo, para todo, en fin, lo que le aleja de Dios.

En la Eucaristía, 2^o; se sirve á Dios. Servir á Dios, es primeramente, y ante todo, sujetarse á su voluntad.

La voluntad está de tal manera vincula-

- (1) 2^o S. Ped. I, 4.
 (2) S. Juan I, 12.

da á los deseos, que puede con toda exactitud decirse que en la realización de los deseos consiste la voluntad; y esta voluntad será tanto más y mejor cumplida, cuanto más vehementes sean aquellos deseos.

Jesucristo tuvo un deseo grande, un deseo ardiente, un deseo irresistible, el deseo de los deseos, que dejó traslucir en diferentes pasajes de su vida, pero que no descubrió con toda claridad, sino en los momentos más solemnes, cuando sus palabras tenían el valor que siempre les imprime la proximidad de la muerte; cuando unas cuantas horas antes de su Pasión, vació su corazón lleno de ternura en aquel expresivo, conmovedor, inolvidable y elocuentísimo *desiderio desideravit*, en que expresó á sus discípulos, y en ellos á todos los hombres, el sentimiento que experimentaba, el regocijo que sentía, el gozo de que se hallaba poseído, al celebrar con ellos esa Pascua; al darles á comer su Cuerpo y á beber su Sangre; al realizar aquella invención grandiosa, magnífica y sublime, en cuya virtud, al separarse de los hombres por la muerte que le esperaba, se iba á quedar con ellos hasta la con-

sumación de los siglos; al instituir, en fin, el Sacramento de la Eucaristía.

En el curso de su vida pública, hizo sensible esta voluntad por parábolas: ya por el disgusto que causaron al Padre de familia las excusas de los invitados á la gran cena con que celebró las bodas de su hijo; (1) ya por la alegría con que el Padre del Pródigo, celebró la vuelta de éste al hogar con un espléndido banquete. (2)

También la dió á conocer por sus milagros; ora convirtiendo el agua en vino, en un banquete dado para celebrar unas bodas, (3) ora multiplicando los panes en el desierto; (4) ya haciendo admirar su poder en Tiberiades, al sosegar una tempestad embravecida, (5) ya dejando descubrir su divinidad en el Tabor, por su trasfiguración milagrosa. (6)

Y por sus invitaciones. En el instante quizá más solemne de la Misa; cuando todas las rodillas se doblan; cuando el pequeño cirio en que la fe se halla sinboli-

(1) S. Luc. XIV, 21.

(2) S. Luc. XV, 23.

(3) S. Juan, II, 3, 6, á 13.

(4) S. Mat. XIV, 16 á 21. XV, 34 á 38.—S. Marc. VI, 37 á 47.—VIII, 5 á 9.—S. Luc. IX, 13 á 17.—S. Juan, VII, á 13.

(5) S. Mat. VIII, 26. S. Marc. IV, 39.—S. Luc. VIII, 24.

(6) S. Mat. XVII, 2. S. Luc. IX, 29.

zada se enciende; cuando los cielos se abren para dar salida, y las bóvedas del templo, para dar paso á Jesucristo, que á la débil voz del Sacerdote baja á depositarse entre sus manos, dice á los fieles con un acento dulce y armonioso, mezcla suave de súplica y mandato: "Tomad y comed." "Tomad y bebed:" y fundando sobre la razón este generoso convite, como para persuadirnos á aceptarlo, agrega: "porque este es mi cuerpo;" "porque esta es mi sangre." (1)

Ya muchos siglos antes había el Señor puesto en la inspirada lira del más sabio de los escritores y el más dulce de los poetas, esta expresiva, generosa y cordial invitación que está realizando la ternura, la alegría, la felicidad y el amor: "Oh! amigos míos! oh mis tiernamente amados, comed y bebed: comed hasta quedar satisfechos; bebed hasta quedar embriagados." (2)

Y por sus insinuaciones. En la instructiva y tierna plática que tuvo con sus discípulos en esa misma noche, por tantos motivos memorable, tratando de que sus

(1) S. Mat. XXVI, 26, 27 y 28.

(2) Cant. V, 1.

corazones y sus entendimientos se penetraran de la necesidad de su unión con El, "permaneced en mí-les dijo-que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento, no puede producir fruto de suyo, si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo y yo con él, ese da mucho fruto; porque sin mí, nada podéis hacer." (1)

Algún tiempo antes, cuando acababa de multiplicar milagrosamente los panes en las llanuras de Bethsaida, multiplicó estas mismas insinuaciones, hablando con los judíos que habían ido á buscarle á Cafarnaum.

"Moisés-les dijo-no os dió el pan del Cielo; os dió solamente una figura de él: mi Padre es quien os da á vosotros el verdadero pan del Cielo: porque pan de Dios es aquel que ha descendido del Cielo y que da la vida al mundo. . . . Yo soy el pan de vida; Yo soy el pan vivo, que ha bajado del Cielo. . . . Mi Carne es verdadero

(1) S. Juan XV, 4 y 5.

manjar y mi Sangre es verdadera bebida." (1)

Siglos antes de su venida al mundo, anunciando este admirable Misterio había dicho por su Profeta: "A todos los pueblos fieles, daré en este monte de la nueva Sion un convite de manjares succulentos y vinos exquisitos; de carnes gordas de mucha sustancia, de vinos puros sin mezcla." (2)

Y por sus figuras. El pan cocido en el rescoldo que vió y comió Elías bajo la sombra del Enebro en el desierto de Bersabeé, y que le dió fuerzas para caminar durante cuarenta días y cuarenta noches por sendas extraviadas, hasta llegar al Monte de Dios. (3)

Bendiciendo Jacob á sus hijos, al sentirse cercano á la muerte, dijo á Judá, cuyo nombre significa *alabanza*, y de cuya Tribu habían de nacer David, Salomón, Josafat, Jacob, padre de José Esposo de María, Madre del Salvador, estas significativas palabras, que son inspiradas predicciones: "El Mesías ligará á la

(1) S. Juan VI, 32, 33, 35, 48, 51 y 53.

(2) Is. XXV, 6.

(3) 3^o Reyes. 3 á 8.

viña su pollino, y á la cepa su asno. Lavará en vino su vestido, y en la sangre de las uvas su manto." Y á Aser, cuyo nombre significa *felicidades*, que "su pan mantecoso y excelente, servirá de regalo á los reyes." (1)

Y por sus promesas. "Quien comiere de este pan-dijo á los Cafarnaitas-vivirá eternamente." "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día." (2)

Ya antes lo había anunciado por su Profeta: "Comerán los pobres-dijo-y quedarán saciados; los que se acercan al Señor le cantarán alabanzas y sus corazones vivirán por los siglos de los siglos." (3). "Acercaos á El y seréis iluminados." (4)

Y por sus amenazas. "En verdad, en verdad os digo-dijo Jesucristo en las circunstancias antes citadas-que si no comiereis la Carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros." (5) "Os protesto-dijo en su significativa parábola-que ninguno de los que

(1) Gén. XLIX, 11 y 20.

(2) S. Juan VI, 52 y 55.

(3) Ps. XXI, 27.

(4) 1^o XXIII, 6.

(5) S. Juan VI, 54.

antes fueron convidados, ha de probar mi cena." (1)

"Llegó su alma á sentir horror por aquel Pan de vida, y se han precipitado á los abismos de la muerte." (2)

No es, pues, racionalmente posible poner en duda que la voluntad de Dios es que el hombre se acerque á la Eucaristía; y que sus deseos son que viva en la Eucaristía.

Acercándose, pues, á este Sacramento y viviendo en El, secunda esta voluntad, satisface estos deseos, y por consiguiente sirve á Dios, en El.

En El también lo ama, según lo demostrado anteriormente: luego el hombre, en la Eucaristía, ama y sirve á Dios en esta vida; que es lo que le corresponde hacer, para la consecución de su último fin.

En cuanto á la segunda parte, verle y gozarle en la otra, que es lo que toca hacer á Dios, muy explícito es en los pasajes de la Escritura citados. Y como sus promesas son seguras y su palabra infalible, puesto que es la verdad misma, Es inmutable porque permanece eternamen-

(1) S. Luc. XIV, 24.

(2) Ps. CVI, 18.

te. (1) "Secose el heno y cayó la flor, mas la palabra del Señor nuestro dura eternamente." (2) El Cielo y la Tierra pasarán-dijo el mismo Jesucristo-pero mis palabras no fallarán." (3) Es excelente, y tanto, que el primero de los Profetas Mayores, celebra los pies de los que la anuncian diciendo: "Reinará tu Dios, y tú reinaras con El." (4) "Es viva, eficaz y penetrante," según la clasificación del Apóstol. (5) Es el espejo del cristiano, según la llama Clemente de Alejandría. [6] Es pura y sincera, plata ensayada al fuego, acendrada en el crisol y siete veces más refinada." (7) "Es recta. y llena de alegría los corazones." (8)

"No es menos excelente que el corazón de Jesucristo. (9)

Es el fundamento de la Creación, de la conservación, de la Redención, de la Ley, de los Sacramentos y de todo.

Es, por decirlo de una vez, el Verbo, la

(1) Ps. CXVI, 2.

(2) Is. XL, 8.

(3) S. Mat. XXIV, 35.

(4) Is. LII, 7.

(5) Hb. IV, 12.

(6) Pedag. Lib. I—Cap. IX.

(7) Ps. XI, 7.

(8) Ib. XVIII, 9.

(9) S. Agustín—Lib. C. de D.

Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el mismo Dios.

Pues si esta Palabra nos asegura que si amamos á Dios y le servimos en esta vida, lo veremos y gozaremos en la otra; y que para amarlo y servirlo, nos basta la Eucaristía, forzosamente debemos deducir, que en la Eucaristía, amamos y servimos á Dios en esta vida, y lo veremos y gozaremos en la otra: es decir, que en la Eucaristía está la prenda del último fin del hombre.

Así nos lo dejan entender las palabras que nos dirige el Sacerdote al depositar en nuestra lengua la Sagrada Forma, cuando con el acento entusiasta y suplicante del deseo, y el persuasivo y firme de la promesa, nos dice que el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, guarde nuestra alma para la vida eterna. Deseo que empieza á tener su realización, y promesa que empieza á tener su cumplimiento, desde ese instante feliz y solemnisimo en que el cristiano ve á Dios; no con los ojos imperfectos de la materia, que perderían la vista al verlo; sino con los ojos de la fe, cuya luz sobrenatural aclara su vista para que puedan contemplarlo.

Y al mismo tiempo que lo ve, lo goza, porque en la Mesa Eucarística se alimenta con vianda de ángeles y con Pan del Cielo, que encierra en sí toda delicia y la suavidad de todo sabor. (1)

“Pan de ángeles comió el hombre—dice David, contemplando en visión profética al cristiano después de disfrutar este delicioso festín—envíoles víveres en abundancia.” (2)

En vista de estas verdades, que tienen el carácter de axiomas, puesto que son evidentes por sí mismas, y de otras que comprendemos y nos sujetamos á la necesidad de sacrificar á la brevedad, podemos ver como un hecho, puesto ya fuera de duda por la deducción, pero reforzado todavía más por la evidencia, que en la Eucaristía está vinculado el último fin del hombre. Punto importantísimo y delicadísimo, que en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, es la esencia de la meditación capital del *Principio y Fundamento*.

(1) Sab. XVI, 20.

(2) Ps. LXXVII, 25.

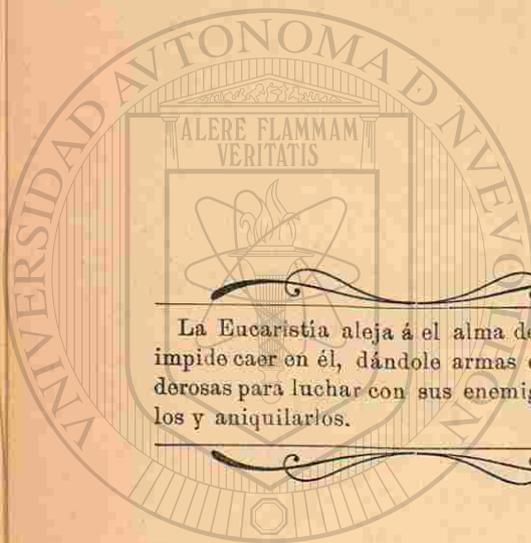


SEGUNDO DIA.

EL PECADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Eucaristía aleja á el alma del pecado y le impide caer en él, dándole armas eficaces y poderosas para luchar con sus enemigos, y vencerlos y aniquilarlos.



LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL PECADO.

Quiero servir á Dios!
Quiero salvar mi alma!

En esta doble afirmacion, que es la expresion más clara, más explicita y más terminante de un deseo, á cuya realizacion se halla fuertemente unida la voluntad, está condensado todo el fruto de las pláticas, de las lecturas, y muy particularmente de las meditaciones hechas el primer día de los Ejercicios Espirituales.

En ella está fotografiado el hombre de buena voluntad, á quien Dios, en el instante solemne de su entrada al mundo,

prometió la paz que es el más inestimable de los bienes. (1)

Y es, á todas luces, buena voluntad, la que se halla sujeta á la voluntad de Dios.

Y la voluntad de Dios respecto del hombre, está con toda claridad expresada en estas breves palabras que puso en la inspirada pluma de Isaías: "Para mi gloria los crió, los hice y los formé." (2)

Y no solamente su voluntad se expresa en estas palabras: en ellas se descubre también su Providencia; esa acción constante, sabia y benéfica con la que gobierna al mundo; con la que rige á sus criaturas; con la que, como por la mano, conduce al hombre por el camino de la vida, para llevarlo á su último fin.

Pero el hombre tiene albedrío; y este albedrío es libre; y con este libre albedrío debe secundar la acción de la Providencia, teniendo presente, la profunda y exacta observación que le hace San Agustín cuando le dice: "El que te crió sin tí, no puede salvarte sin tí:" y con este elemento tan precioso y tan preciado, tan necesario y tan eficaz, el hombre debe servir á Dios.

(1)—S. Luc. II, 14

(2)—XLIII, 7.

Pero esto es lo único que tiene que hacer, para ponerse en aptitud de recibir lo que Dios le quiere dar? Es éste el único deseo de su corazón, el único propósito de su entendimiento, la única resolución de su voluntad?

No en la meditación anterior vió con toda claridad que debía amarlo? Pues porqué ahora sólo quiere servirlo?

Pocos instantes de reflexión bastan para hacer ver que el deseo y la resolución de servir á Dios, comprende la resolución, y el deseo de amarlo, puesto que sin amarlo, es imposible servirlo.

En efecto, el que sirve, está unido por un lazo susceptible de variar de mil maneras diversas, á aquel á quien sirve; y en el servicio de Dios, este lazo de unión es el amor.

El amor! No el amor imperfecto ó de concupiscencia con que se ama á la criatura, y que va acompañado de emociones sensibles, que muchos creen que es necesario para amar á Dios, ó que no tiene otro fundamento que el deseo de alcanzar la recompensa; sino el amor perfecto, el amor de pura caridad, el amor por el que se prefiere á Dios sobre todas las co-

sas, y que tiene por fundamento la resolución de perderlas todas antes que ofenderle.

Esta resolución es un acto de la voluntad, y como "el primer acto propio de la voluntad, es el amor," (1) resulta que dicha resolución es el amor.

Una voluntad que así se manifiesta, no puede menos que estar unida, identificada con la voluntad de Dios; de tal manera, que todos los actos de aquella, aun los más insignificantes en apariencia, son un reflejo inmediato y directo de ésta; y el ejercicio constante de la voluntad humana, es una obediencia constante de la voluntad divina; una ejecución constante de los mandatos de Dios; un servicio nunca interrumpido de su Soberana Majestad.

El servicio, considerado en su esencia, es la ejecución de un mandato; y el primer mandato que impuso Dios á los hombres, fué el de amarle: (2) y el primero de los mandamientos de la Ley de Dios, es amarlo, sobre todas las cosas; (3) y nun-

(1) Sto. Tomás.

(2) Ex. XX, 3, 7 á 10.—Deut. V, 7 á 15, VI, 5.—S. Mat. XXII 37 y 38.

(3) Ripalda.

ca se manda, sino aquello cuya ejecución depende de la voluntad.

Dios no manda más que lo que desea; y no desea más que lo que le es agradable; y no puede dejar de serle agradable el amor de sí mismo, tanto por lo que se refiere á El, cuanto por lo que tiene relación con el hombre.

Por lo que á El se refiere, ve con su vista perspicaz y conoce con su inteligencia infinita, el conjunto... qué decimos! el océano infinito de sus perfecciones, que tiene que amar, porque es soberanamente justo, y por la misma razón quiere que sus criaturas también lo amen.

Este querer, ó por decirlo en términos más adecuados, este deseo, es persistente; y no sólo no se interrumpe, sino que no es susceptible ni de la más ligera interrupción. Con la misma constancia está expresado este deseo, por su nunca interrumpido mandato, en cuya obediencia está su servicio; en cuyo cumplimiento está su amor.

"Ama á tu Criador con todas tus fuerzas" (1) dice el Espíritu Santo; y para

(1) Eccii. VII, 32.

expresar en términos que no dejen lugar á la duda, que este amor ha de ser constante en la criatura, le dice después; "Ama á tu Dios toda tu vida." (1)

Esto equivale á decir: sirve á Dios con todas tus fuerzas; sirve á Dios toda tu vida: porque el servicio de Dios y el amor á Dios se hallan ligados entre sí con una dependencia tan precisa, que sin este sentimiento no se puede efectuar aquel acto. Amar á Dios, es servir á Dios. El amor de Dios es la fuerza que encadena la voluntad á su servicio; y el servicio de Dios es el combustible que alimenta en el corazón el fuego de su amor; y siendo esto así, decir, quiero servir á Dios, equivale á decir, quiero amar á Dios: deseo que viene á encontrarse reforzado con el que se expresa después cuando se dice: "quiero salvar mi alma:" porque salvar el alma, es disfrutar la Bienaventuranza; y la Bienaventuranza consiste en ver á Dios, poseer á Dios y *amar á Dios*.

Y con toda exactitud podemos agregar: *servir á Dios*.

En efecto, los Bienaventurados, parti-

(1) Eccli XIII, 18.

cipan, por decirlo así, de la naturaleza de los ángeles, quienes sirven á Dios haciendo su voluntad tan entera y prontamente como deseamos hacerla nosotros (1) cuando en la oración de las oraciones decimos á nuestro Padre que está en los Cielos: "hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. (2)

Para formarnos una idea de la precisión, de la exactitud, de la prontitud, de la alegría, con que los moradores del Cielo sirven á Dios, basta considerar que este servicio no es otra cosa que hacer la voluntad de Dios; y que los Bienaventurados, al hacer la voluntad de Dios, hacen su propia voluntad: pues "así como Dios puede hacer todo lo que quiere por sí mismo, de la misma manera los Bienaventurados hacen todo lo que quieren por Dios. No hay más que una ley en el Cielo, y es la Ley del Amor de Dios: ley, á la que todos los elegidos quieren y querrán siempre conformarse, porque encuentran en ella su suprema felicidad. No quieren más que lo que Dios quiere. Lo que los elegi-

(1) Ripalda.

(2) S. Mat. VI, 10.

dos quieren, Dios lo quiere; lo que Dios quiere, lo quieren los elegidos." (1)

Puede con más claridad explicarse la unión íntima, la conformidad perfecta, la identificación absoluta de la voluntad de la criatura con la voluntad del Criador?

Y siendo la voluntad la dominante de las potencias del alma, no significa esta conformidad, la unión del alma con Jesucristo?

Y no es esta unión la que Jesucristo, de una manera tan especial, tan significativa y tan gráfica ha expresado, cuando refiriéndose al hombre ha dicho: "está en mí y yo estoy en él?" (2)

Y esta doble penetración, por explicarnos así, no se verifica en el que come su carne y bebe su sangre? (3)

Y este alimento y esta bebida, no constituyen la esencia del Sacramento de la Eucaristía?

Lo que un elegido quiere—continúa el Expositor citado—lo quieren todos los elegidos y Dios lo quiere. Todos quieren lo mismo: amar á Dios, y ser amados por

(1) Corn. A. Lápide.

(2) S. Juan VI, 57.

(3) Ib.

El, poseer á Dios—agregamos nosotros—y ser poseídos por El. "Lo que quieren está conforme con sus deseos, y sus deseos están conformes con la voluntad de Dios. Tienen todo lo que quieren, todo lo que aman, todo lo que desean; y Dios por su parte, encuentra en ellos todo lo que quiere, todo lo que desea, todo lo que ama. Ellos desean, y sus deseos quedan satisfechos; quedan saciados, y no dejan de desear. Para que la saciedad no acompañe á sus deseos—dice S. Gregorio—reciben todo lo que desean al punto que lo desean; y para que el disgusto no suceda á su saciedad, aunque saciados no dejan de desear. Desean sin cansarse, porque el efecto corona su deseo; y quedan saciados sin experimentar disgusto, porque el deseo nace de su misma saciedad. Así, por una parte, deseo eterno de ser saciados; y por otra, cumplimiento eterno de sus eternos deseos."

Pueden detallarse con más precisión, exponerse con mayor orden y explicarse con más claridad los atributos, las señales y los caracteres de la Sagrada Comunión, entre cuyas excelencias y ventajas figuran la unión de los fieles entre sí y con

Jesucristo, y ese deseo siempre satisfecho, y esa satisfacción siempre deseada?

Y esta sucesión constante y simultánea de deseos siempre satisfechos y de satisfacciones siempre deseadas, no es la esencia de la comunión espiritual que recibe el cristiano tan pronto como la desea, y la desea de nuevo, tan pronto como la recibe?

En la Eucaristía-no lo podemos dudar-está la prenda de la Bienaventuranza; está la posesión de Dios; está el servicio de Dios; está el amor de Dios; uno de los más poderosos elementos para la salvación del alma. Por consiguiente, decir "quiero servir á Dios, quiero salvar mi alma," equivale á decir: "quiero la Eucaristía:" y me propongo con la divina gracia, conservar siempre sus frutos en mi alma.

Pero ay! que para realizar este deseo, es necesario sostener una lucha; y qué lucha!

Lucha terrible! Lucha encarnizada! Lucha á veces desastrosa! Lucha constante, en la que el enemigo es el pecado.

El pecado es el grande elemento de perdición que tiene el hombre, en cuanto á que rompe el pacto dulce, racional y apa-

cible, en cuya virtud Dios da al hombre una eternidad de bienes, en cambio de su obediencia y de su amor.

En efecto, el pecado es una desobediencia á la ley de Dios. Por eso desde el momento en que el corazón del hombre se abre para dar entrada al pecado, sus labios se abren para dar salida á esta sacrílega palabra: "no quiero servirte:" (1) palabra que derrocó al ángel de las alturas celestiales, y lo hundió en los abismos del Infierno.

Separado el hombre del servicio de Dios, retira de El su voluntad torcida y la abandona al demonio; y en esto, según San Crisóstomo, consiste el pecado.

El pecado rompe á la vez el amor de Dios: porque es un acto degradante y horrible, por el que el miserable que lo comete, da las espaldas á Dios y se convierte hacia las criaturas; lo que constituye una verdadera idolatría, de la que, con toda la intensidad de la amargura, se queja el Señor por boca de su Profeta cuando exclama: "Mi pueblo ha trocado

(1) Jer. II. 20.

su gloria *que era el Señor* por un ídolo infame." (1)

Con el pecado la ley se ve destrozada; (2) y como esta ley es de amor, queda el amor hecho pedazos y reemplazado por el odio.

Cómo, por el pecado se aparta el hombre de Dios!

Cuánto se desvía del único camino que lo puede llevar a su último fin!

Qué abismo tan profundo lo separa del Sacramento del amor, en que este último fin se encuentra!

La Eucaristía! El pecado! Qué diferencias! Qué contrastes! Qué antítesis!

La Eucaristía es el más augusto de los sacramentos de vivos; el pecado es el más espantoso de los estados de la muerte.

La Eucaristía une al hombre con Dios; el pecado lo aleja de El.

La Eucaristía lleva a el alma a la felicidad; y el pecado la hunde en la desgracia.

La Eucaristía guarda el alma para la vida eterna; el pecado la precipita en los abismos de la eterna muerte.

(1) Jer. II, 11.

(2) Habac. I, 4.

La Eucaristía la lleva hacia Dios con un atractivo irresistible; el pecado la aleja de Dios con una repulsión incalculable.

La Eucaristía la inunda de luz; el pecado la rodea de tinieblas.

La Eucaristía la conduce por el camino; el pecado la despeña en el precipicio.

La Eucaristía es la verdad y la vida; el pecado es el error y la muerte.

La Eucaristía dice al justo: ven, bendito, á encenderte en el fuego del amor; el pecado dice al réprobo: apártate de Dios, maldito, á abrasarte en el fuego del odio.

La Eucaristía dice al primero: goza; el pecado dice al último: sufre.

La Eucaristía es el testimonio más espléndido de la misericordia divina; el pecado es la manifestación más repugnante de la ingratitud humana.

La Eucaristía salva al mundo y lleva al Cielo; el pecado pierde al mundo y lleva al Infierno.

La Eucaristía asegura el perdón; el pecado envuelve el castigo.

La Eucaristía trasforma al hombre en Dios; el pecado convierte al hombre en demonio.

La Eucaristía derrama en el alma la paz más apacible; el pecado enciende en ella la guerra más desastrosa.

La Eucaristía aviva la Fe, reanima la Esperanza y enciende el amor; el pecado se alimenta con la duda, engendra el odio y precipita en la desesperación.

La Eucaristía es un pan del cielo que da la vida haciendo saborear todas las delicias que encierra; el pecado es un veneno infernal que causa la muerte entre las más terribles amarguras.

La Eucaristía es el manantial de aguas puras y cristalinas que saltan hasta la vida eterna; el pecado es la cisterna de aguas corrompidas y cenagosas en que se desarrollan los gérmenes de la eterna muerte.

La Eucaristía da á Dios nueva vida; el pecado tiende, si pudiera, al aniquilamiento de Dios. (1)

La Eucaristía es la síntesis de todos los bienes: el pecado es el cúmulo de todos los males.

Por la Eucaristía los hombres se acercan á Dios, y Dios se acerca á los hombres; por el pecado los pecadores se apar-

(1) Sto. Tomás.

tan de Dios, y Dios se aparta de los pecadores.

Cada vez que comulgamos construimos al Señor un tabernáculo en nuestro pecho, y le tributamos el homenaje de nuestra adoración; cada vez que pecamos destruimos el templo de Dios, y le lanzamos la ofensa de nuestras injurias. (1)

La Eucaristía solamente es comparable á la Gloria; el pecado es peor que el Infierno.

La Eucaristía es "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;" (2) el pecado es un león cuyos dientes matan el alma. (3)

La Eucaristía inunda el alma en su gracia; el pecado se la arrebatada por completo.

La Eucaristía comunica á el alma todos los méritos de Jesucristo; el pecado le quita todos los que había adquirido, y todos los que pudiera tener.

La Eucaristía derrama sobre nosotros las bendiciones del Cielo; el pecado nos atrae las maldiciones de Dios.

(1) S. Agustín.
(2) S. Juan 1. 29.
(3) Eccli. XXI, 3.

La Eucaristía nos hace libres; el pecado nos vuelve á la esclavitud.

La Eucaristía trasfigura el alma en el Tabor del misticismo, inundándola en la brillante luz, que baña con los resplandores de la gracia; el pecado la desfigura en los abismos de la corrupción, rodeándola con las espesas tinieblas que oscurecen los antros de la iniquidad.

La Eucaristía conserva viva la memoria de Dios; el pecado la relega al olvido.

La Eucaristía es el centro en que se unen con Dios y se unen entre sí los corazones fieles; el pecado es el foco en que se sujetan al demonio y se despedazan entre sí los corazones corrompidos.

La Eucaristía para el cristiano es todo; el pecado para el hombre es menos que nada.

La Eucaristía no es solamente Dios con nosotros, sino Dios en nosotros; el pecado no es solamente nosotros sin Dios, sino nosotros contra Dios.

La Eucaristía envuelve el corazón en la más consoladora esperanza; el pecado lo destroza por el más justificado temor...

Pero á dónde vamos, si nos dejamos arrebatado por esta corriente en la que más

numerosas que las gotas del Océano, y más profundas que sus abismos, son las diferencias que separan la Eucaristía del pecado!

Pero nuestra meditación nos invita á detenernos, aunque sea por breves instantes, entre la oposición que sostiene la Eucaristía, con el pecado, dándonos una arma contra cada uno de sus ataques; un bálsamo para cada una de sus heridas; una medicina para cada uno de sus males; una salvaguardia contra cada una de sus manifestaciones; una virtud que contraponer á cada uno de sus vicios, ó podemos decir, á cada uno de los pecados.

El primero de todos; el que dió origen á todos los demás; el eslabón mayor de esa interminable cadena, cuyo último eslabón está en el último instante del mundo, es la soberbia.

La Eucaristía es un beneficio que Dios hace al hombre; y el mayor de los beneficios; el pecado es un ultraje que el hombre hace á Dios; y el mayor de los ultrajes.

“Si hubieras estado aquí-dijo Marta á Jesucristo en el fondo de su pesar, dejando lucir la firmeza de su Fe, entre las amarguras de su queja-Lázaro no habría

muerto;" (1) si yo hubiera estado en ti, le dice el alma en el fondo de su dolor y entre los gemidos de su arrepentimiento, tú habrías estado en mí, (2) y yo no habría pecado.

Por la soberbia el ángel se rebeló contra Dios, y fué desalojado del Cielo, precipitando á los abismos, que para su castigo fueron criados, á otros muchos ángeles que se rebelaron con él, á quien son rigurosamente aplicables estas palabras tan terribles: "tu soberbia ha sido abatida hasta los infiernos." Cómo caíste del Cielo, oh lucero resplandeciente, tú que tanto brillabas por la mañana?" "Tú que decías en tu corazón: levantaré mi trono sobre las estrellas de Dios; me sentaré sobre el Monte del testamento al lado del Septentrión; excederé la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo? Pero tú has sido precipitado á la más profunda mazmorra del Infierno." (3)

El pecado del ángel que da la materia para la primera meditación en el segundo día de los Ejercicios Espirituales, per-

(1) S. Juan XI, 21.

(2) S. Juan VI, 57.

(3) Is. XIV, 11, 12, 13, 14 y 15.

mite ver en toda su horrorosa deformidad y en todas sus funestas consecuencias el pecado de la soberbia.

"Tu cadáver—dice la misma voz al hombre soberbio—yace tendido por el suelo; tendrás por colchón la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos:" "tú has sido arrojado lejos de tu sepulcro como un tronco inútil é inmundo, y como podrido cadáver confundido con los que fueron muertos á cuchillo y descendieron á lo más hondo de la fosa." (1)

Mas contra el nefando vicio de la soberbia, dice nuestro inspirado Catecismo, se levanta la apacible virtud de la humildad; y esta humildad luce con todo su esplendor, con toda su hermosura, con toda su majestad, con toda su grandeza, en la Sagrada Eucaristía.

En este Sacramento da Jesucristo la prueba más terminante del valor de esta virtud, que ejercita "más que en Belén, donde los ángeles anuncian su nacimiento; más que en el Establo, donde una misteriosa estrella lo ilumina; más que en el Pesebre, donde los Reyes llegados de le-

(1) Is. XIV, 11 y 15.

janas tierras lo adoran; más que en su vida pobre y oscura, donde su predicación lo engrandece y sus milagros lo descubren; más que en su proceso, donde el mismo juez que lo juzga como culpable, lo declara inocente; más que en su sentencia, en la que, al ser condenado como criminal, es proclamado como Rey; más que en su Cruz, donde á la vez que no tiene ni una gota de agua, concede un Reino; más que en su muerte, en la que, mientras inclina la cabeza porque no tiene donde reclinarla, toda la naturaleza se conmueve á la acción de un espantoso cataclismo." (1)

En el adorable Sacramento de la Eucaristía, la humildad de Jesucristo está á la altura de su amor: pues si por este sentimiento se da como alimento al hombre, por aquella virtud se convierte en pan para que el hombre pueda comerlo.

Eslabonándose con el pecado capital de la soberbia, figura en esta horripilante cadena el repugnante de la avaricia; ese pecado que destroza el alma, y por un exceso de insensatez acumula las riquezas que

(1) Armonías entre el Santo Viscrucis y la Sagrada Eucaristía, págs. 85 y 86.

con tantos trabajos atesora, en los sitios por donde en su camino va pasando, y de los que en su nunca interrumpida marcha se aleja, sin cuidarse de llevar nada consigo al lugar que es el término de su viaje, y donde va á fijar su residencia.

La Eucaristía en todos sus rasgos, en todos sus detalles, en todas sus excelencias, en toda su sublimidad, está haciendo lucir la más espléndida, magnífica é ilimitada largueza.

Desde que en el antiguo Testamento y entre las sombras de las Profecías preludeó el Señor este Misterio que había de llenar con su grandeza el mundo, lo representa como una dádiva en la que deja desbordar su generoso Corazón.

Poco más ó menos cuando el Señor figuraba por el milagroso Maná que hizo llover en el desierto sobre el pueblo Israelita, el pan que más tarde había de caer del Cielo sobre el pueblo Cristiano de que aquél era figura, incitaba á éste, por servirnos de esta expresión, á desear recibir de El, lo que El deseaba darle; y que el hombre no sólo no podría desear, pero ni siquiera concebir. "Quién nos diera de

sus carnes para hartarnos!" (1) No solamente para comer; sino para comer hasta la saciedad.

Y más tarde presenta ya envuelta en las promesas de la profecía, este prodigio de su largueza cuando dice: "Comerán los pobres y quedarán satisfechos." (2)

Y de qué manera quedarán satisfechos! El Señor les ofrece esta comida en tal abundancia y con tanta largueza, que en ella hace ostentación de su munificencia, de su liberalidad y aún de sus maravillas. "Dejó memoria de sus maravillas y dió sustento á los que le temen." (3)

Y estas maravillas, y esta liberalidad, y esta munificencia, las expresa, y aún podemos decir, las describe el primero de los Profetas Mayores cuando dice: "El Señor de los Ejércitos dará á todos los pueblos fieles en este monte, un convite de manjares mantecosos y vinos exquisitos; de carnes gordas de mucha sustancia y vinos puros sin la más ligera mezcla." (4)

Si el Rey Assuero, "para ostentar las

(1) Job. XXXI, 51.

(2) Ps. XXI, 27.

(3) Ps. CX, 4 y 5.

(4) Is. XXV, 6.

riquezas y magnificencia de su reino y la grandeza y pompa de su poderío," según lo hace constar la Escritura, se reputa rico y magnífico, grande y poderoso por haber dado un convite, que honró con su presencia, al que invitó "á todos los príncipes de su corte, á todos sus oficiales, á los más valientes de los persas, y á los más notables entre los medos, y á los gobernadores de las provincias" "y á todo el pueblo de Susán, grandes y chicos," y cuya duración fué de "ciento ochenta días," (1) cuánto más hace resaltar las mismas y otras muchas manifestaciones de largueza, el convite de que habla el Profeta citado, que no solamente honra con su presencia el Rey que lo da, sino que El mismo se sirve en él como manjar; no solamente tiene lugar en Susán, sino "desde donde nace el Sol hasta donde el sol se pone;" (2) no solamente asisten los Grandes de una Corte y los moradores de una Ciudad, sino todos los pueblos fieles de todo el mundo; y cuya duración no es un número corto de días, sino que se perpetuará hasta el último día del tiem-

(1) Esth. I, 3, 4 y 5.

(2) Malach. I, 11.

po, llenando con sus maravillosos efectos toda la Eternidad!

Después inundado en el más puro gozo y en la más dulce alegría, que brota del amor con que ama á su mística esposa, sus figuras y sus promesas toman el carácter de una directa, entusiasta y cordial invitación cuando dice: "Comed y bebed, amigos míos; comed, hasta satisfaceros; bebed, hasta embriagaros." (1)

Y en esta invitación tan franca, tan amorosa y tan espléndida, que Jesucristo hace, y repite, y nunca deja de hacer y repetir en la Sagrada Eucaristía, no brilla la más ilimitada largueza?

Ya entre los hombres Jesucristo, los invita de una manera más directa, más insinuante y persuasiva, diciéndoles que es "el pan de vida;" "el pan vivo que ha bajado del cielo," que su "carne es verdadero manjar" y su "sangre es verdadera bebida;" (2) y después de haber excitado en ellos el deseo, los halaga con la promesa cuando les dice: "Quien come de este pan, vivirá eternamente," "quien come mi carne y bebe mi sangre,

(1) Cant. V, 1.

(2) S. Juan VI, 48, 51 y 56.

tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día;" "quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él;" "quien me come, vivirá por mí y de mi propia vida;" "éste es el pan que ha bajado del Cielo. No sucederá lo que á vuestros padres, que comieron el maná y murieron: quien come este pan vivirá eternamente." (1)

Y después conminándolos con la amenaza les dice: "En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros." (2)

Mas donde desplegó toda su largueza dejándola desbordarse en las corrientes de su amor, de su ternura y de su liberalidad, fué en el Cenáculo de Jerusalén, en la víspera de su Pasión, cuando al instituir la Sagrada Eucaristía, agotó completamente sus riquezas: porque "siendo infinitamente rico, no tuvo ya que darnos," según la expresiva frase de S. Agustín.

En esa institución, en la que se iba á entregar por entero en la celebración de

(1) S. Juan VI, 52, 55, 57, 58 y 59.

(2) II. 54.

esa pascua, “ardientemente—les dijo—he deseado celebrar esta Pascua con vosotros.” (1) Y al celebrarla despedazó el pan y lo dió á sus discípulos diciéndoles: “tomad y comed; éste es mi cuerpo;” y “bebed todos de él, porque ésta es mi sangre,” (2) les dijo al distribuirles el cáliz.

Les dió, pues, su cuerpo, les dió su sangre, les dió su vida, y con ella la prueba más grande, la prueba máxima de su amor; pues según su propio testimonio, ninguno ama más que el que da la vida por sus amigos. (3) Y siendo el deseo de dar, uno de los caracteres más distintivos del amor, y la ejecución de este deseo, una de sus más explícitas manifestaciones, en este delicado sentimiento, que es la esencia de la Eucaristía, está, como en su propio asiento, la virtud de la largueza, contraria al pecado capital de la avaricia.

El asqueroso de la lujuria, es el tercer eslabón de la infernal cadena; y la virtud de la castidad, que le es contraria, brilla en la Sagrada Eucaristía con toda su belleza, con todo su atractivo, con to-

(1) S. Luc. XXII, 15.
 (2) S. Math. XXVI, 26, 27 y 28.
 (3) S. Juan XV, 13.

do su esplendor. Y cómo no, si en ella se alimenta el alma con el trigo de los escogidos, y se embriaga con el vino que engendra vírgenes! (1)

Jesucristo dijo con toda claridad en la Sinagoga de Cafarnaum que los que comulgan están en El; y “los que están en Cristo, tienen crucificada su propia carne con sus pasiones y sus vicios.” (2)

En la Eucaristía, el alma ve á Jesucristo con los ojos de la Fé; y “Dios no puede ser visto sino por una alma pura.” (3) Por eso la pureza, enseñada por el Salvador en el Lavatorio de los pies, constituye una de las condiciones requeridas para la Sagrada Comunión; y así el Señor, preludiando esta disposición al señalar los ritos de los sacrificios antiguos, “el que sea puro—dijo—comerá este divino alimento.” (4)

En la Sagrada Comunión, Jesucristo, que es el amado del alma que lo recibe, baja á esta alma que es un verdadero jardín hermosado por las flores de la virtud; baja, podemos decir con la Esposa de

(1) Zac. IX, 17.
 (2) Galat. V, 24.
 (3) S. Agustín Ciad. Dios.
 (4) Ser. VIII, 19.

los Cantares, para coger azucenas. (1)
 “Mi amado, el que me pertenece á mí
 á quien yo le pertenezco, se alimenta con
 lirios.” (2)

El que comulga “come pan de ánge-
 les” (3) debe por lo mismo asemejarse á
 los ángeles, lo que solo puede conseguir
 por la pureza.

“La pureza perfecta une con Dios;” (4)
 y esto mismo hace la Eucaristía.

La Eucaristía es el Cielo, al que entra
 el que la recibe; puesto que Dios es el
 Cielo, y la Eucaristía es Dios; y “en el
 Cielo nada manchado puede entrar.” (5)

La castidad hace que el hombre sea se-
 mejante á Dios; (6) y esta misma seme-
 janza efectúa la Eucaristía.

“La pureza es la morada del Espíritu
 Santo,” (7) como el que comulga es la
 morada del Verbo divino.

“La pureza es el adorno más bello de
 la Gloria de Dios,” (8) y la Eucaristía es
 su más sólido fundamento.

(1) Cant. VI, 1.

(2) Ib. II, 16.

(3) Ps. LXXVI, 25.

(4) Sab. VI, 20.

(5) Ap. XXI, 27.

(6) S. Basilio.

(7) S. Atanasio—Trat. Virg.

(8) S. Gerónimo, Epist.

La Eucaristía, pues, combate, destru-
 ye, aniquila y reduce á polvo el pecado
 de la impureza que rebaja al hombre has-
 ta un nivel inferior al de los brutos, pues
 lo confunde con los demonios.

Este pecado se enlaza, se eslabona, se
 estrecha en abrazo fraternal y diabólico,
 al desastroso de la ira: ese “apetito de
 venganza desordenado,” (1) como con
 tanta exactitud lo define nuestro inspira-
 do Catecismo.

Lo que en la línea natural de las pa-
 siones humanas da la razón de ser á la
 venganza, es el agravio recibido; y aque-
 lla venganza tiene un fundamento tanto
 más firme, cuanto menos procedente ó
 más injusto es este agravio; llegando di-
 cha injusticia á su máximo, cuando revis-
 te el carácter de ingratitud.

De esta naturaleza fueron los agravios
 que Jesucristo recibió en su dolorosa Pa-
 sión, y sufre en la Sagrada Eucaristía,
 que es la misma Pasión, anticipada en el
 Cenáculo y perpetuada en nuestros alta-
 res.

Los ultrajes más sangrientos, envueltos

(1) Ripalda.

en la más negra ingratitud, fueron en su Pasión, arrojados á su rostro divino, con la más arrogante injusticia; y día con día, é instante con instante, le son lanzados aún en la Sagrada Eucaristía.

Y aquí como allí; y ahora como entonces; y en la Eucaristía como en la Pasión, Jesucristo sufre, y calla, y perdona, y ama.

Noé maldice á Cham por la falta de respeto con que le trató mientras dormía; (1) Jacob retira á Ruben los favores, los dones y la autoridad á que como primogénito debía tener derecho, por haber profanado el tálamo de su Padre; (2) y maldice á Simeon y Leví, á quienes llama hermanos en el crimen, é instrumentos belicosos de iniquidad, porque en los homicidios demostraron su furor, y en la destrucción de una ciudad su venganza; y declara maldito su furor, porque es pertinaz, y su saña porque es inflexible, (3) á causa de la sangrienta venganza que tomaron en Salem por la ofensa que el apasionado Sichem hizo á su hermana. (4)

(1) Gen. IX, 25.

(2) Ib. XXXV, 22 y XLII, 3 y 4.

(3) Ib. 5, 6 y 7

(4) Ib. XXXIV, 2, 25, y 26

Elías consume con fuego bajado del Cielo á los capitanes y soldados de Ochozías enviados para aprehenderle (1).

Eliseo en Bethel lanzó su maldición sobre los idólatras que lo insultaban, y cuarenta y dos de ellos fueron despedazados por dos osos que salieron del bosque. (2) Sansón, imprimiendo un sacudimiento extraordinario á las columnas que sostenían el templo de Dagón, lo hace caer sobre la muchedumbre que lo llenaba, pereciendo con ellos, en venganza del mal que le hicieron sacándole los ojos. (3) David, en vehementísima plegaria, implora el castigo de sus perseguidores, pidiendo á Dios que los sujete al dominio del pecador y que esté el demonio á su derecha; que sean condenados en sus juicios, siendo su oración un nuevo delito; que se acorten sus días, y otros ocupen su lugar; que la viudez aflija á su esposa y la orfandad á sus hijos, errando éstos, prófugos, por haber sido arrojado de sus casas; que sus bienes desaparezcan entre las manos de los usureros, y los extraños se aprovechen

(1) 4^o Reyes, I 10 y 12

(2) Ib. II, 23 y 24.

(3) Jueces XVI, 29 y 30.

del fruto de sus fatigas; que ni ellos ni sus huérfanos hallen compasión, y sean exterminados sus hijos, hasta desaparecer sus nombres; que siempre estén en la presencia del Señor la iniquidad de sus padres y sus propios delitos y que desaparezca su memoria de la tierra; (1) que caiga sobre ellos la maldición que amaron y se retire lejos de ellos la bendición que no quisieron; que la maldición los cubra como una túnica, y siempre los ciña como un cíngulo. (2.) . . . Pero qué más! Los discípulos Santiago y Juan, piden á su Maestro divino la autorización necesaria para hacer llover fuego del Cielo sobre los habitantes de la ciudad de Samaria que se negaron á recibirlos. (3)

Jesucristo por el contrario: condensando sus lecciones en sus palabras, y sus enseñanzas en sus ejemplos, "aprended de mí—nos dice—que soy manso y humilde de corazón." (4)

Jesucristo no solamente es manso, sino la misma mansedumbre; no solamente es

(1) Ps. CVIII, 6 á 15.

(2) Ib. CVIII, 18 y 19.

(3) S. Luc. IX, 53 y 54.

(4) S. Mat. XI, 29.

humilde, sino la humildad por excelencia.

Jesucristo no se limita á presentar la paciencia como una doctrina; á proclamarla como una virtud; á recomendarla como un consejo; sino que envuelve en ella una magnífica promesa, haciendo consistir en ella la Bienaventuranza. "Bienaventurados los pacíficos—dice en el admirable Sermón de la Montaña—porque ellos serán llamados hijos de Dios." (1)

Hijos de Dios! Es decir, que al ser herederos de su Nombre, lo son también de todos sus atributos: y en efecto, todos sus atributos los reciben en la Sagrada Eucaristía, pues en este Sacramento lo reciben á El.

Mas para recibirlo á El, y para recibir sus atributos, y para recibir los beneficios, y los dones, y la herencia que los hijos reciben de su Padre, se necesita y basta una cosa: la voluntad; es decir, la buena voluntad. Y esta condición, que constituye la fuerza que atrae sobre el que la tiene, el beneficio de la paz, los pacíficos

(1) S. Mat. V, 9.

la poseen en alto grado, puesto que son "los obradores de paz en sí y en otros." (1)

Y esta virtud, que constituye una condición para recibir la herencia, es parte esencial de esta herencia, ó la herencia misma.

Jesucristo—lo hemos dicho ya—hizo lucir en toda su intensidad la paciencia en su Pasión, como en la Eucaristía.

En cualquier paso de la Pasión que lo consideremos, se nos presenta sufriendo los más inconcebibles ultrajes; cubierto de sangre, de polvo, de sudor y de salivas.

Esa sangre es la misma que vemos todos los días derramarse en el Sacrificio del Altar, y que con el Cuerpo, con el Alma y con la Divinidad de Jesucristo, es la esencia de la Eucaristía.

"En el polvo que nublaba su frente estaba figurada la indiferencia de los tibios.

En el sudor que bañaba su cuerpo, las negaciones de los impíos.

En la sangre que manaba de su cabeza, los ataques de los herejes. Y en las salivas que profanaban su rostro, que era

(1) Ripalda.

lo más penoso de todo, los sacrilegios de los indignos." (1)

Y esto mismo sufre Jesucristo en la Eucaristía: los ataques de los unos, las negaciones de los otros, la indiferencia de los más, los sacrilegios de no pocos y la deficiencia en el homenaje de todos.

Y en medio de este conjunto, que para cualquier hombre sería insufrible, y haría nacer la más justificada indignación, Jesucristo en la Eucaristía, baja del Cielo, se inmola en el altar, permanece en el Sagrario, se exhibe en la custodia, llama, insta, suplica, espera, y nunca se extingue su amor; y nunca se debilita su deseo; y nunca desmaya su ansiedad; y nunca se cansa su solicitud; y nunca se agota su paciencia.

El degradante pecado de la gula, que hace al hombre idólatra de su vientre, es un nuevo escalón de esa cadena con que el alma se sujeta al demonio para quedar, por toda la Eternidad, sujeta en el Infierno; pues "una vida pasada en las delicias de la mesa, es una muerte, y la sombra de la muerte; y tanto como la sombra está

(1) Armonías entre el Santo Viacrucis y la Sagrada Eucaristía, pág. 64.

cerca del cuerpo, semejante vida está cerca del Infierno." (1)

La Eucaristía, sosteniendo la antítesis de estos efectos, hace resplandecer la virtud de la templanza: pues no como la sombra está cerca del cuerpo que la produce, sino como el cuerpo está cerca de sí mismo, así el alma que por esta virtud vive en la Eucaristía, está cerca del Cielo.

"Es difícil, ó más bien imposible—dice S. Gerónimo—que el que goza de los bienes presentes, goce de los bienes futuros; que llene acá su estómago de manjares exquisitos, y que su alma sea colmada de bienes en la eternidad, pasando así de las delicias carnales á las delicias del Cielo. (2)

La Eucaristía, al invitar á los pobres á que coman, asegurándoles que quedarán satisfechos, (3) proclama la templanza, limitando esta invitación y esta promesa, á los que por su estado de escasez no pueden gozar las delicias de la tierra, ni entregarse á los desórdenes de la gula; y asegurando á los que á ella se acercan,

(1) S. Bern. Serm. s. los Cant.

(2) Epist. XXXIV.

(3) Ps. XXI, 27.

que guardará su alma para la vida eterna, excluye el vicio que hace imposible esta felicidad.

"Solamente del vicio de la gula—dice San Gregorio—sale un ejército innumerable de vicios que combaten el alma." Y solamente del Sacramento de la Eucaristía sale un ejército más numeroso de virtudes que la salvan.

El alma acostumbrada á la gula, se llena de manchas; (1) el alma purificada por la Eucaristía, es lavada por Dios, y queda "más blanca que la nieve;" (2) pues este admirable Sacramento "nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales." (3)

"Los excesos en la comida y en la bebida destruyen la razón, y convierten el cuerpo del hombre en sepulcro, donde se arroja y entra en putrefacción;" (4) la Eucaristía exalta la Fé y hace del cuerpo del cristiano, un templo vivo del Espíritu Santo, en el que se deposita el germen de la resurrección: "Yo lo resucitaré en el último día." (5)

(1) S. Bernardo—Ep. CLII.

(2) Ps. L, 9.

(3) Conc. Trid.—Ses. XIII, C. II.

(4) Teodoreto.

(5) S. Juan VI, 55.

El Concilio de Nicea llama á la Eucaristía “el símbolo de la resurrección.”

Por la gula perdió la inmortalidad el primer hombre; y por la Eucaristía adquiere el cristiano la vida eterna.

“No comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal: porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás.” (1) “Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna.” (2)

“Nadie es más amigo del demonio—dice San Juan Crisóstomo—que el goloso;” (3) nadie es más amigo de Jesucristo que el que lo recibe en la Eucaristía, en la que Jesucristo le da la mayor prueba de amistad, dando por él su vida,” (4) y la amistad es recíproca.

“La gula es madre de la lujuria;” (5) acabamos de ver que la Eucaristía lo es de la pureza,

“El amante de los festines se verá en la indigencia;” (6) y el Dios de la Eucaris-

(1) Gen. II, 17.

(2) S. Juan VI, 55.

(3) Hom. XVIII.

(4) S. Juan XV, 13.

(5) S. Agustín, Serm. II de Tem.

(6) Prov. XXI, 17.

ristía “colma de bienes á los hambrientos.” (1)

“Huye de los festines—escribió San Gerónimo á Paulino—como de cadenas de deleites;” (2) “tomad y comed—nos dice todos los días Jesucristo—porque éste es mi cuerpo.” (3)

“La gula—dice San Bernardo—relega al olvido y al desprecio los bienes eternos;” (4) la Eucaristía aviva el recuerdo y da al autor de todos estos bienes, entre las emanaciones de su amor, y siempre *en memoria suya*. (5)

“La embriaguez—dice San Juan Crisóstomo—convierte al hombre en bestia inmundada; (6) y el vino de la Eucaristía engendra vírgenes. (7)

“La gula—dice Cornelio A. Lápide—alimenta y engorda el cuerpo para la podredumbre y los gusanos;” la Eucaristía guarda el alma para la vida eterna.

El alma que gusta las delicias de la Eucaristía, que siempre recrean y nunca

(7) S. Luc I, 53.

(2) Epist. XIII.

(3) S. Mat. XXVI, 26.—1.ª Cor. XI, 24.

(4) Serm. I. de Ad.

(5) S. Luc. XXII, 15.

(6) Hom. LXIII.

(7) Zac. IX, 17.

cansan, puede con toda propiedad decir de los manjares que le presenta la gula, lo que los rebeldes Israelitas dijeron en el desierto, entre el monte Hor y el mar Rojo: "nos provoca ya nauseas este manjar sin sustancia". (1)

El Apóstol expresa con tanta sencillez como claridad, cuán incompatible es la Sagrada Eucaristía con el pecado de la gula cuando dice á los fieles de Corinto: "no podéis beber el cáliz del Señor, y el cáliz de los demonios; no podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios." (2) Y siendo la Eucaristía la mesa del Señor, excluye y aleja completamente del cristiano el pecado de la gula, que es la esencia de la mesa de los demonios; puesto que, según San Juan Crisóstomo, "este vicio es el manantial, el principio y el origen de todos los vicios." (3)

Después que el degradante pecado de la gula dió muerte á la humanidad, el pecado rastrero de la envidia dió la muerte

(1) Núm. XXI, 5.

(2) 1.ª X, 20 y 21.

(3) Hom. XVIII.

á un justo. Caín mató á su hermano Abel por envidia de su virtud. (1)

San Agustín dice que la envidia "es un sentimiento de odio causado por la felicidad de los otros;" (2) y esta definición tomada en contrario, puede aplicarse á la Eucaristía, que enciende en el amor de Dios el amor á los otros, cuyo amor se alimenta con su felicidad.

En efecto, la Eucaristía nos relaciona, nos estrecha, nos identifica de tal manera con los demás, que establece la más perfecta *unión común* entre los hombres que la reciben, de cuya propiedad, que constituye una de sus principales ventajas, ha tomado el nombre de *comunión*: nombre perfectamente adecuado, si se atiende á que la Eucaristía es un alimento *común* á todos los fieles que lo reciben *unidos* en una mesa *común*; y no solamente unidos de una manera material; sino en los mismos afectos, en los mismos deseos, en los mismos sentimientos, en las mismas resoluciones. Y este alimento común, es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucris-

(1) Gen. IV, 8.—Sab. X, 3.—1.ª S. Juan, III, 12.

(2) Hom. XX.

to que al asimilarse á nosotros, ó por mejor decir, al asimilarnos á El, hace circular por todos nosotros su misma sangre, comunicándonos á todos y á cada uno los méritos de su vida, de su Pasión y de su muerte.

Notable y exactísimo es el raciocinio que hace San Cirilo cuando dice: " Mi cuerpo está unido al Cuerpo de Jesucristo por la Comunión; el Cuerpo de Jesucristo está unido al cuerpo de mis hermanos, luego mi cuerpo y los de mis hermanos están verdaderamente unidos en este Sacramento de amor. " (1)

El Concilio de Trento, dice respecto de este enlace: " Este Sacramento es la señal de la unidad, el lazo de la caridad, el símbolo de la paz y la concordia. " (2)

Tan real, tan absoluta, tan verdadera y tan perfecta es esta unión, que los Santos Padres la llaman unión física.

En vista de ésto, no es posible tener hacia los otros, sentimientos diferentes de los que tenemos por nosotros mismos; y así la felicidad de los otros, es nuestra

(1) Lib. IV. S. Juan CXVII.

(2) Ses. 3^a. Cap. VIII.

propia felicidad; y nuestro propio amor, que es un reflejo del amor de Dios, es el mismo amor con que amamos á los demás; por lo que, al lado de la Eucaristía, no puede existir la envidia ni de nombre.

Cierra la cadena de los siete pecados capitales, el odioso pecado de la pereza, que inyecta en el alma el narcótico funesto del caimiento, la tristeza y el tédio en las cosas divinas: (1) síntomas que hace desaparecer la Eucaristía, que de una manera tan eficaz nos reanima, nos levanta, nos alienta y nos fortifica.

Caido en el desierto de Bersabée bajo el sombrío follaje de un Enebro, dominado por la tristeza y consumido por el tédio, estaba el Profeta de Thesbe, esperando la muerte que con toda la amargura de su alma le habia pedido al Señor; y fortificado, no por la Eucaristía, sino simplemente por el pan que la figuraba, adquirió el vigor suficiente para caminar sin interrupción y sin cansancio durante cuarenta dias. (2)

La Eucaristía representa con toda fidelidad al diligente Padre de Familias que

(3) Ripalda.

(1) 3^a Reyes. XIX, 3 á 8.

al romper el día salió á buscar jornaleros que trabajaran en su viña. (1)

Al anunciarse desde la alta torre por la sonora voz de la campana, cuando comienza á despuntar el día, y la ciudad dormida, empieza á salir del sopor del sueño, parece llamar al que duerme en los brazos de la pereza, contra la que dirige sus primeros esfuerzos y hace sensibles sus primeras manifestaciones, diciéndole y volviéndole á decir, y repitiéndole con su expresivo clamoreo: ven, ven, ven á trabajar á mi viña; ven á trabajar por tu alma; ven á entregarte á la oración; ven á asociarte al Sacrificio; ven al templo cuyas puertas para tí se abrieron; ven al festín cuyos terneros para tí se cebaron; ven á la mesa que está puesta y preparada para tí: ven, y te ajustaré por un denario, (2) que recibirás cuando el día termine, es decir, cuando tu vida se acabe.

“El perezoso, según la sentencia del Espíritu Santo, padecerá el hambre;” (3) y en la Eucaristía, dice San Agustín, Dios ha agotado sus riquezas para dárnoslas.

(1) S. Mat. XX, 10.

(2) S. Mat. XX, 2.

(3) Prov. XIX, 1.

“El que se abandona á la pereza es un necio,” dice el mismo Libro; en la Eucaristía pone Dios en nuestras manos el testimonio más espléndido de su sabiduría.

La diligencia, que es la virtud opuesta al vicio de la pereza, se manifiesta con toda claridad en todos los detalles de la Eucaristía.

Bastan los pocos segundos que tarda el Sacerdote en pronunciar las palabras de la Consagración, para que Jesucristo baje del Cielo, y se venga á colocar entre sus manos; y por el prodigio de la transustanciación, reemplace la sustancia, que fundida en la llama del amor, desaparece por completo.

Bastan los pocos minutos que tarda el Sacerdote en sacar de su prisión al divino cautivo, colocarlo en su trono, quemar el incienso y ponerlo á la adoración de los fieles, para que este Rey Soberano se disponga á recibir los homenajes, escuchar las súplicas y remediar las necesidades de los que le rodean.

Basta que el cristiano, purificado por la confesión, dominado por la humildad y animado por el deseo, se coloque á la puerta

del tabernáculo y le diga, ven, para que haciendo saltar las cerraduras que lo detienen y las envolturas que lo cubren, se escape, por decirlo así, de las manos de su Ministro, para reposar en los labios que lo llaman, penetrar al pecho que lo desea é inmolarse en el corazón que se le abre.

Basta que el enfermo reciba el pronóstico funesto, que le anuncia su partida de este mundo, para que recorriendo las calles, oculto como un malhechor, se acerque derramando la paz, al lecho del moribundo; depositando en su conciencia la tranquilidad, en su corazón el consuelo, en su alma la gracia y en sus manos la provisión que necesita, para el viaje á que se prepara.

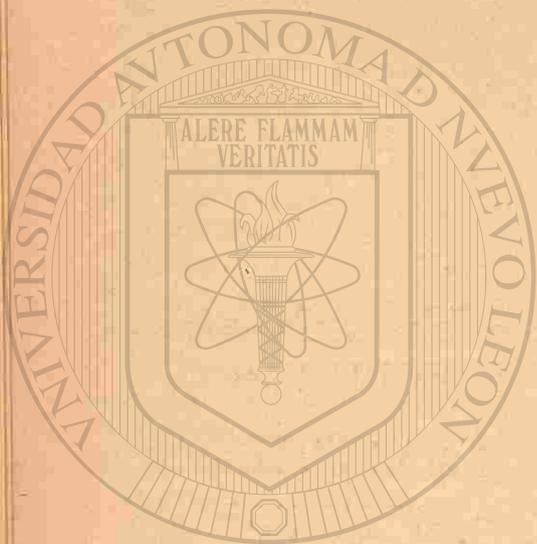
Basta, en fin, que en el sacrificio que Dios ofrece á Dios, se pida por los que nos han precedido con la señal de la Fe, y duermen el sueño de la paz, para que la luz que de este Sacramento brota, enviando sus purísimos reflejos sobre el Purgatorio, disipe sus tinieblas; para que la sangre que en él se derrama, apague su fuego; y la Presencia del Dios que en él reside, calme sus dolores.

Es, pues, la Eucaristía, el antídoto, el

remedio y el preservativo del pecado: y siendo el pecado el obstáculo único que se presenta á el alma para la consecución de su último fin, la Eucaristía le asegura este fin, haciendo desaparecer aquel obstáculo.

Condensando todas las reflexiones apuntadas, se puede afirmar que en la Eucaristía está la prenda más preciosa de la consecución del último fin; porque solamente en la Eucaristía se encuentran eficacísimos auxilios para evitar el pecado: y solamente el cristiano que vive en la Eucaristía, puede con todo el acento de la convicción, y con toda la fuerza de la verdad, pronunciar esas expresivas y profundas palabras que resumen todos los frutos de una meditación, y contienen todo un plan de vida: Quiero servir á Dios! Quiero salvar mi alma!





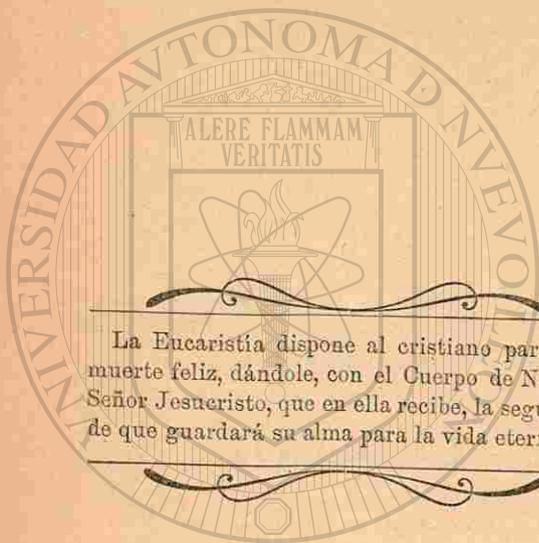
TERCER DÍA.

LA MUERTE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La Eucaristía dispone al cristiano para una muerte feliz, dándole, con el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que en ella recibe, la seguridad de que guardará su alma para la vida eterna.



LA SAGRADA EUCHARISTIA Y LA MUERTE.

“Dios crió al hombre inmortal, y lo formó á su imagen y semejanza; mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo.” (1)

En estas brevísimas palabras está compendiada toda la historia de la humanidad. Dios, por su bondad, dando al hombre la vida y librándolo de la muerte: el diablo, por su envidia, dando al hombre la muerte y privándolo de la vida. Dios, por su amor, enalteciendo al hombre, hasta formarlo á su imagen y semejanza; el diablo, por su odio, degradando al hombre, hasta confundirlo con él. Dios, por su poder,

(1) Sab. II, 23 y 24.

criando al hombre para su gloria: el diablo, por su astucia, sepultándolo en el Infierno.

En efecto, Dios por su poder, por su amor y por su bondad, acumula sobre el hombre que sacó de la nada, todos los bienes, los verdaderos bienes de la vida. Y el diablo por su astucia, por su odio y por su envidia, aflige al hombre á quien arrebató el ser, todos los males, los verdaderos males de la muerte.

“La muerte! . . .” Qué es la muerte?

Es la separación del alma y el cuerpo, cuya separación pone fin á la vida temporal y da principio á la eterna.

Es el abandono más completo y absoluto de todas las cosas, de todas las personas, de todas las comodidades, de todas las riquezas, de todos los negocios, de todos los placeres, de todos los honores, de todos los gustos, de todos los afectos.

Es, en la parte material, la desorganización de la materia, que marcha rápidamente hacia la completa destrucción; y en la parte espiritual, la ausencia del alma, que mucho más rápidamente vuela hacia su eterno destino.

Es el punto en que terminan todas

nuestras aspiraciones y en que empiezan todos nuestros desengaños.

Es la verdad más clara y más incontrovertible de todas las verdades, porque está comprobada por la Fe, por la ciencia, por la razón, por la experiencia y por la historia.

Es el centro de unión en que se confunden y en que están de acuerdo todas las creencias, todas las ideas, todas las opiniones.

Es la herencia que nos legaron nuestros progenitores; el castigo de su desobediencia, el resultado de su prevaricación y la consecuencia de su pecado.

Es el fantasma aterrador que por todas partes nos persigue; el anatema de la destrucción, que por todas partes nos amenaza; el rayo de las venganzas y de los castigos, que sin cesar está vibrando sobre nuestras cabezas. . .” (1)

Mas para contemplar esta verdad á la luz de la Sagrada Eucaristía, y examinarla en sus relaciones con este Misterio, recordáremos, que según el cardenal Hugo, la muerte se debe considerar bajo tres as-

(1) Impresiones de un Ejercitante. Págs. 100 á 102.

pectos; ó en otros términos: hay tres clases de muertes.

La que procede de la naturaleza, que es la muerte del cuerpo, y consiste en su separación del alma.

La que procede del pecado, que es la muerte del alma, por la que ésta se aleja de la gracia.

La que procede de la gracia, que es la muerte espiritual del hombre entero, en cuya virtud éste se separa de todo lo que en el mundo se puede oponer á su salvación.

La primera es la muerte de todos los nacidos, por la que son sepultados en la tierra, para confundirse con el polvo de que fueron formados.

La segunda es la muerte del pecador, que lo sepulta en el Infierno, donde sufre el castigo de su pecado y de su impenitencia.

La tercera es la muerte del justo, que lo hace volar al Cielo, donde recibe la recompensa de su fidelidad ó de su contrición.

La primera muerte, que es la muerte propiamente dicha, pues las otras dos son caracteres particulares y distintivos de

ésta, tiene el triple y aterrador carácter de cierta, incierta y única; y en este triple carácter consiste toda su importancia.

La certidumbre de la muerte es tan absoluta como la certidumbre de la vida; y esta verdad no necesita demostrarse, porque es evidente por sí misma; y cuando las verdades de esta naturaleza se tratan de demostrar, se desfiguran ó se debilitan; pero si no se pueden demostrar, sí pueden servir de materia para provechosas meditaciones.

Apenas abrimos las primeras páginas de la historia de la humanidad, cuando vemos en ellas la mancha del pecado.

La previsión, primero, del pecado, acompañada de la amenaza de la muerte. "No comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal: porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás." (1.)

La comisión del pecado después, y la maldición en la que brota la muerte como castigo: "la mujer cogió del fruto y comió; dió también de él á su marido, el cual comió." Y Dios, en su justa indigna-

(1) Gen. II, 17.

ción le dijo á Adán: esta maldición pesará sobre tí "hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado, puesto que polvo eres y en polvo te has de convertir." (1)

Y así como por solo un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, así también la muerte se fué propagando en todos los hombres por aquel Adán en quien todos pecaron. (2)

Y lo que pasó en Adán pasa en todos los hombres, en los que "la concupiscencia hace nacer el pecado, el que, una vez cometido, engendra la muerte." (3)

Porque "qué hombre hay que haya de vivir sin ver jamás la muerte? Quién podrá sacar su alma del poder de la muerte?" (4)

La muerte por sí sola, esto es, la muerte de la naturaleza, á que están sujetos todos los hombres, es un mal, que no puede menos que difundir el dolor y arrancar las lágrimas del que la contempla. Y qué diremos del que la sufre?

(1) Gen. III, 6 y 19

(2) Rom. V, 12.

(3) Sant. I, 15.

(4) Ps. LXXXVIII, 49.

"Llora tú por el muerto—dice el Espíritu Santo—porque le faltó la luz." (1)

Este mal, que con tanta justicia torturaba á los judíos, de una manera tal vez exagerada por constituir un pueblo sensual, de sentimientos poco delicados, y nada versado en los asuntos del espíritu, fué el que Jesucristo les puso delante en la Sinagoga de Cafarnaum, cuando para iniciarles el beneficio que antes de su salida del mundo iba á hacerles al darles la Eucaristía, comenzó por inculcarles la Fe, con la promesa de la vida: la Fe, que es el fundamento del misterio; la vida, que es lo contrario de la muerte. "Quien cree en mí—les dijo—tiene la vida eterna." E inmediatamente agregó: "Yo soy el pan de vida." (2)

Retocando en ellos el pensamiento de la muerte, y tratando de desprender sus corazones de las figuras de la ley Mosáica, para acercarlos á la nueva ley, quiso establecer el contraste por aquel pensamiento; y poniendo la realidad, que aún tenía oculta en sí mismo, enfrente del símbolo que la anunciaba, "vuestros padres

(1) Eclli. XXII, 10.

(2) S. Juan VI, 47 y 48.

—les dijo—comieron el maná en el desierto, y murieron; mas éste es el Pan que descende del Cielo, á fin de que quien comiere de él no muera.”(1)

Dónde está este pan, parece que debieron preguntar aquéllos, que tiene una propiedad tan excelente? Porque nuestros padres vieron el maná y pudieron recogerlo y guardarlo en sus casas y alimentarse con él, pero este pan, nosotros no lo vemos.

“Yo soy” les dice, previniendo con su afirmación esta pregunta, como debió decirles á sus aprehensores en Gethsemaní, aunque en muy diferente sentido. “Yo soy el pan vivo que he descendido del Cielo: quien comiere de este pan, vivirá eternamente.” (2)

Hé aquí á la rosada y apacible aurora de la Eucaristía, disipando con sus nacientes fulgores, que atraviesan los celajes crepusculares de púrpura y oro, las terribles sombras de la muerte.

La muerte natural, consiste en la separación entre el alma y el cuerpo, á cuya separación se sigue la inhumación del

(1) S. Juan VI, 49 y 50.

(2) Ib. 51 y 52.

cuerpo en la tierra y su corrupción en el sepulcro.

Este triple estrago que nos causa la muerte, y que tanto y tan justamente nos impresiona, nos contrista y nos aterra, está ampliamente remediado por la Eucaristía.

Porque la Eucaristía es prenda de la resurrección, que consiste en la reunión del alma y el cuerpo.

De la manera más terminante expresó Jesucristo esta verdad con su vigorosa palabra, cuando en la entrada de Betania dijo á una desconsolada doliente: “Yo soy la resurrección y la vida;” (1) y siendo la Eucaristía Jesucristo, la Eucaristía es la resurrección.

También la confirmó con un portentoso milagro, cuando á la orilla de un sepulcro, dijo al cadáver que en él estaba en plena descomposición, pues llevaba cuatro días de sepultado: “Sal afuera.” (2)

En ningún caso, pero mucho menos después de este hecho tan maravilloso, se puede poner en duda la promesa del Salvador, cuando ofreció al que le recibe en la

(1) S. Juan XI, 25.

(2) Ib. 39 y 43.

Comunión, que le ha de resucitar en el último día. (1)

En cuanto á la corrupción, que es el tercer efecto de la muerte, también la Eucaristía lo destruye, pues en la Eucaristía está el Cuerpo de Jesucristo; quien al instituir este admirable Sacramento, pronunció estas memorables palabras, que los Sacerdotes repiten todos los días al perpetuarlo: "Este es mi cuerpo." (2) Y esta afirmación tan absoluta, tan consoladora y verdadera, hecha por Jesucristo, recogida por su Iglesia y sostenida por todos los oráculos, es una verdad indiscutible.

San Ireneo dice que "el pan sobre que damos acciones de gracias es el Cuerpo de Jesucristo."

"Estas palabras: *éste es mi cuerpo*—dice San Juan Crisóstomo—trasforman el pan en el Cuerpo de Jesucristo.

San Cirilo de Jerusalén dice: "habiendo el mismo Jesucristo dicho del pan: *éste es mi cuerpo*, quién se atreverá á dudarle?"

Este pan—dice San Ambrosio—antes

(1) S. Juan VI, 55.

(2) S. Mat. XXVI, 26.—S. Marc. XIV, 22.—S. Luc. XXII, 19—1^o Cor. XI, 24.

de las palabras sacramentales es pan; pero después de la consagración, se ha convertido en el Cuerpo de Jesucristo."

San Gerónimo dice: "sabemos que el pan que el Señor partió y dió á sus discípulos, fué el cuerpo del Salvador."

"Aunque no vemos más que pan—dice San Remigio—allí está realmente el cuerpo de Jesucristo."

San Juan Damasceno se expresa así: "el pan, y el vino, y el agua, se convierten milagrosamente en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo por la invocación y el descendimiento del Espíritu Santo."

Muchos, muchísimos, y creemos poder aventurar la afirmación de que todos los Santos Padres sostienen esta indiscutible verdad, que también se encuentra apoyada por los Concilios.

El de Alejandría, el de Letrán, que empleó por primera vez la expresiva y gráfica palabra *transustanciación*, el de Nicea, el de Trento, &c, contienen el mismo canon; y limitándonos á citar las palabras de este último, que es considerado como el resumen de todos los celebrados antes, encontramos en él "que después de

la consagración, el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor y su verdadera Sangre, juntamente con su alma y su divinidad, están bajo las especies del pan y del vino;" y añade que "si alguno niega que el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo están real, verdadera y sustancialmente en el sacramento de la Santísima Eucaristía, y de ahí, que está entero en ella; y diga que solamente está en signo, en figura ó por la fe, que sea anatema." (1)

Estando, pues, en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo, cuando San Cirilo dice que este cuerpo "vivifica y hace incorruptible al que lo recibe," afirma que la Eucaristía produce este resultado, y destruye, por lo mismo, el tercer efecto de la muerte natural.

La incertidumbre de la muerte, es otro de sus caracteres especiales, que la hacen tan temible; y estos justificados temores los hace desaparecer la Eucaristía.

"Dios—dice S. Agustín hablando de la incertidumbre de la muerte—jamás promete al hombre el día de mañana;" y esta

(1) Ses. XIII—Can. 1.

alarmante verdad se halla consignada en las divinas Escrituras.

"No está en la mano del hombre retener el espíritu ó prolongar su vida; ni tiene potestad alguna sobre el día de su muerte." (1)

"Breves son los días del hombre! Tú, Señor, tienes contado el número de sus meses; le señalaste los términos de su vida, más allá de los que no puede pasar." (2)

"Ni sabe el hombre su fin." (3)

"Estad prevenidos siempre—nos dice Jesucristo—porque á la hora en que menos lo penséis vendrá el Hijo del hombre." (4) Y en otro lugar: "Velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora." (5)

"Vendrá el día del Señor—dice por el Apóstol—como el ladrón durante la noche." (6)

Sobre estas y otras verdades igualmente aterradoras que incrustan en nuestro espíritu la incertidumbre de la muerte,

(1) Eccles. VIII, 8.

(2) Job. XIV, 5.

(3) Eccles. IX, 12.

(4) S. Luc. XII, 40.

(5) S. Mat. XXV, 13.

(6) Tes 1°. V, 2

derrama la Sagrada Eucaristía dulces y poderosos consuelos.

Es verdad que Dios, en sus sabios designios, no promete al hombre ni un solo instante de la vida temporal; pero en las efusiones amorosas de la Eucaristía, promete la vida eterna.

Tampoco puede retener su espíritu ni prolongar su vida; pero la Eucaristía lo pone en aptitud de purificar aquél y salvar ésta.

Los días del hombre sobre la tierra son breves y están contados; (1) la Eucaristía los eterniza en el cielo donde son incontables.

Estar siempre dispuestos á morir cristianamente, es estar siempre dispuestos á comulgar. Para estar siempre dispuestos á morir, conviene no saber cuándo; y Dios ha permitido esta incertidumbre, para que siempre estemos en disposición de recibirlo.

La incertidumbre de la muerte debe tenernos siempre fijos en la virtud; estando siempre en la virtud, podemos estar siempre en la Eucaristía; y estando siem-

(1) Job. XIV, 5

pre en la Eucaristía, estaremos siempre en la virtud.

El mejor medio de vivir cristianamente, es emplear cada día como si fuera el último; el mejor medio de comulgar, es recibir la comunión como viático. La incertidumbre de la muerte pone estos medios en nuestras manos.

Cada día nos quita la muerte una parte de nuestra vida; cada día recogemos en la Eucaristía la ratificación de nuestra inmortalidad.

No sólo en cuanto al tiempo; también en cuanto al modo es incierta la muerte: es decir, que esta incertidumbre no sólo se hace sensible en la muerte según la naturaleza, sino en las tres clases de muertes que el Cardenal Hugo considera.

La segunda, la que separa el alma de la gracia, porque procede del pecado, que es la verdadera muerte, la combate la Eucaristía hasta hacerla imposible, con tal que el cristiano lo quiera de corazón.

La muerte cristiana es una fuerza vigorosa que aleja el alma del pecado; la Eucaristía es una mano Omnipotente que le impide caer en él.

La muerte es amarga por el pecado, y dulce por la Eucaristía.

“Dichoso el que tiene siempre la muerte delante de los ojos y se prepara para morir;” (1) bienaventurado el que tiene siempre fijos los ojos en la Eucaristía, y se prepara para comulgar.

El cristiano en la Eucaristía, abre sus labios para dar entrada á Jesucristo que viene á darse á él; en su muerte, los abre para dar salida en su última boqueada, á su alma que va á entregarse á Jesucristo.

No creemos que pueda pintarse esta muerte, verdaderamente espantosa, con colores más vivos que los que dejó marcados en el lienzo de la Historia el pincel del inspirado Profeta.

“Me veo cercado por los dolores de la muerte, y torrentes de iniquidad me llenan de terror.

Me rodean dolores de infierno y estoy caído en las redes de la muerte.” (2)

“Porque tus saetas están enclavadas en mí y has descargado sobre mí tu mano. No hay en todo mi cuerpo parte sana, á

(1) Kempis Lib. I, Cap. XXIII, § 2.
(1) Ps. XVII, 5 y 6.

causa de tu indignación, y cuando considero mis pecados se me estremecen los huesos.

Porque mis maldades se elevan sobre mi cabeza, y me agobian como una carga pesada.” (1)

“Me tiembla el corazón en el pecho, y el terror de la muerte me ha sobrecogido. El temor y el temblor se han apoderado de mí, y me hallo cubierto de tinieblas.” (2)

Todo esto es verdad; pero también es verdad que la Eucaristía tiene remedios eficacísimos para todo ésto.

“Cuando la sangre de Jesucristo corre en nuestras venas—dice Cornelio A. Lapide—al momento sentimos un celestial refresco, que apaga nuestras concupiscencias, y un bálsamo que calma nuestros dolores.”

El terror que infunden los torrentes de la iniquidad en el alma, desaparece arrollado por el torrente de delicias que brota de la Eucaristía.

Como los rayos del Sol disipan las tinieblas de la noche, y la voracidad del

(1) Ps. XXXVII, 3, 4 y 5.

(2) Ps. LIV, 5 y 6.

fuego carboniza los cuerpos que se le ponen en contacto, así los resplandores de la Eucaristía disipan esos dolores de infierno que rodean al pecador; y el amor que es su esencia, consume las redes en que se halla cogido.

La amarga queja del pecador obstinado que se siente herido por las saetas de la indignación de un Dios ultrajado, la trueca la Eucaristía en una plegaria suplicante, que eleva al tabernáculo el pecador arrepentido; quien viendo que no hay en él parte sana, dice á Jesucristo Sacramento con la misma fe, con la misma confianza, con el mismo fervor que el Centurión de Cafarnaum: (1) di una sola palabra y mi alma sanará.

Todos los huesos se estremecen á la consideración de los pecados cometidos; pero todas las fibras del corazón se conmueven cuando el Ministro de la Eucaristía, dice que han sido perdonados.

El pecador siente en su abandono que sus maldades se elevan sobre su cabeza, y que la carga de ellas lo abrumba; pero en la Eucaristía se siente libre de ellas y

(1) S. Mat. VIII, 8.

aliviado de su enorme peso, cuando al pie del altar oye que se le da la feliz nueva de que el Señor le concede la indulgencia, la absolución y la remisión de todos sus pecados; (1) y cuando oye una voz dulce, armoniosa, insinuante y persuasiva, que llama, que convida, que estimula, que insta, y áun pudiéramos decir que apremia á todos los que están cargados y fatigados, ofreciéndoles el descanso con su ayuda. (2)

“Yo soy el pan de vida;” (3) dice en la Eucaristía á los que se hallan sobrecoídos por el temor de la muerte; “Yo soy luz del mundo” (4) dice á los que se sienten cubiertos por las tinieblas; y á los que tienen delante de sí sus pecados, yo soy, les dice, “el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.” (5)

Esta terrible y desastrosa muerte, separa el alma de la gracia; y esta separación la realiza el pecado.

La gracia se halla unida á el alma por una unión tan íntima, tan necesaria y tan

(1) Palabras de la Liturgia.

(2) San Mat. XI 28.

(3) San Juan VI, 48.

(4) Jb. VII, 12.

(5) Ib. I, 29.

natural, como la que une el alma al cuerpo, cuya unión constituye la vida; pues siendo la gracia un ser divino, esto es, una vida divina, esta vida no puede conservarse sin aquella unión.

Y así como la muerte separa el alma del cuerpo y priva al hombre de la vida, así el pecado separa la gracia del alma, causando á ésta la muerte.

Entre el alma y la gracia hay una fuerza de atracción vigorosa, enérgica, decisiva, que sostiene la vida espiritual.

El pecado, sutil como el microbio que infecta el organismo, se introduce entre el alma y la gracia; y dilatándose por el impulso que le comunican las pasiones desordenadas; y debilitando aquella fuerza de atracción por el fuego con que la concupiscencia quema sus resortes; y obrando por la acción de la fuerza repelente que la voluntad torcida le trasmite, acaba de efectuar tan funesta separación.

Pero en este estado tan lastimoso como alarmante, viene la Eucaristía y obra sobre el alma ya santificada por la Penitencia; con el fuego de su amor, no diremos siete veces, sino un número infinito de veces más activo que el fuego del pe-

cado, consume hasta el último germen de éste: reduce á cenizas los que por haberse escapado al examen, no se han manifestado en la confesión, á condición de que sean confesados cuanto antes; ni el menor rastro deja de los pecados veniales; debilita, hasta aniquilarla, aquella fuerza repulsiva; los resortes que se habían aflojado, se vigorizan; la fuerza de atracción que se había destruído, recobra su intensidad y la unión se restablece.

En cuanto á la tercera muerte, la que procede de la gracia, aquella por la que muere el hombre para todo lo que no es Dios, para todo lo que lo aleja de Dios, y aún para todo lo que no lo acerca á Dios, el cristiano se la da por sí mismo; puede decirse que es un suicidio santo, en el que, por su propia mano, se da la vida por el que se ama; á la vez, es lento, porque no se consume sino poco á poco y por grados; y para llevarlo á cabo, favorece, y ayuda, y conforta, y anima la Eucaristía.

“Morid mientras estáis vivos—nos dice San Gerónimo—para que viváis cuando estéis muertos: morid con la muerte de la gracia. (1)

(1) Epist. XVI.

“No hay día, hermanos míos, en que yo no muera por asegurar vuestra gloria y la mía que está en Jesucristo Nuestro Señor.” (1)

Esta gracia cuando obra en toda su plenitud, nos da esta muerte, y al darnos esta muerte, nos asegura aquella vida.

Por eso la Eucaristía, que nos da la gracia en toda su plenitud, puesto que nos da en ella al autor mismo de la gracia, nos garantiza la vida eterna, es decir, la Bienaventuranza; y para ponernos en estado de recibirla, nos da dicha muerte, puesto que sólo son “Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.” (1)

En el Señor sólo mueren los justos, y para morir como los justos, es indispensable estar muertos como ellos. “Tenga yo la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo.” (2)

Para morir como los justos, es necesario morir para el pecado, y morir instante por instante; porque el pecado incesantemente se inicia, se manifiesta, ataca, y aunque se le deseche, aunque se le venza, aunque se le destruya, es como el ave

(2) 1ª Co., XV, 31.

(1) Ap. XIV, 13.

(2) Num. XXIII, 10.

fénix, que renace de sus propias cenizas.

Cada instante es una tentación, pues “tentación constante es la vida del hombre sobre la tierra;” (1) cada instante es por lo mismo una lucha; cada instante tiene que obtenerse una victoria; y esta victoria, para ser completa, ha de estar sellada con la muerte del enemigo, con la muerte del pecado, con la muerte del hombre carnal, con la muerte que procede de la gracia, con la muerte que pone al cristiano entre “los muertos,” que dice el Apocalipsis son “Bienaventurados.”

“Ya dice el Espíritu—continúa—que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los van acompañando.” (2)

Y las obras que van acompañando á esos muertos, no hasta su sepulcro, sino hasta su Eternidad, son las efectuadas en aquellas victorias, en aquellas luchas, en aquellas fatigas, que dan derecho á la eterna “Bienaventuranza.”

“Un gran combate en las tentaciones—dice San Agustín—proporciona una gran gloria: no una gloria humana, y pasajera, sino una gloria divina y eterna.”

(1) Job. VII, 1.

(2) Ap. XIV, 13.

Con toda propiedad dicen los Libros Sagrados que "grandes tentaciones están reservadas á los justos; pero el Señor los sacará victoriosos de todas ellas, librándolos de todos los males." (1)

Los medios de que Dios se sirve para coronar esta victoria; las armas que pone en nuestras manos para vencer en esta lucha; la fuerza con que nos sostiene para no sucumbir en el combate; el escudo con que nos preserva de los dardos enemigos, todo ésto está en la Eucaristía.

En la preparación para recibir este Sacramento; en la acción de gracias después de haberlo recibido; en el examen de la conciencia para purificarse en el tribunal del perdón, todos los instantes del cristiano pertenecen á Dios; en todos sostiene esa lucha consigo mismo, que le hace ocupar un puesto honroso en la milicia de Jesucristo; en todos se da muerte á sí mismo dándola al pecado; en todos se enriquece con esas obras que, dándole derecho á la recompensa prometida, lo acompañan en su lecho de muerte, lo acompañan en su juicio, lo acompañan

(1) Ps. XXXIII, 20.

en su eternidad. Pues como con toda oportunidad lo afirma nuestro sabio catecismo, este Sacramento vale "lo primero, para apacentar el alma en la gracia de Dios y unirla con El: lo segundo, para no caer fácilmente en pecado y lo tercero, para alcanzar la perfección." (1)

Que nos apacienta en la gracia de Dios, lo aseguran sus mismas palabras que no nos permite poner en duda el hecho maravilloso, el beneficio sorprendente, de que El está en nosotros, y nosotros estamos en El. (2)

Que nos impide caer en el pecado, lo afirman en numerosos pasajes las Escrituras Sagradas, cuyas afirmaciones condensa el Concilio de Trento cuando dice que "la Comunión nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales." (3)

Que nos permite alcanzar toda perfección, lo demuestra el hecho de que por este Sacramento, somos transformados en Dios. "Lo he dicho—dice con enérgica convicción el Salmista en un arranque

(1) Ripalda.
(2) San Juan, VI. 57.
(3) Ses. XIII, can II.

profético, y parece decir también, lo sosterengo—sois dioses é hijos del Altísimo. (1)

Por eso los justos, los que han muerto en esta muerte que procede de la gracia, no temen la que procede de la naturaleza: pues entre las angustias de su estertor y las convulsiones de su agonía, su ángel custodio que los siguió en todos los pasos de su vida, que los sostuvo en todas sus luchas, que los levantó en todas sus caídas y que con diligente exactitud apuntó todas sus obras, que dentro de breves instantes van á figurar en su juicio, hace vibrar en sus oídos, inyectando en el fondo de su corazón estas consoladoras palabras: "No temas la sentencia de muerte: acuérdate de lo que fué antes de tí, y de lo que ha de venir después de tí." (2)

Y en un diálogo que no tiene nada de humano, y que sólo pueden escuchar los ángeles, el dichosísimo moribundo contesta con el acento de la tranquilidad y del consuelo: "mi cuerpo descansará en la esperanza," (3) y mi alma en la promesa del cielo. Porque el justo espera en

(1) Ps. LXXXI, 6.

(2) Eccli. XLI, 5.

(3) Ps. LV, 5.

su muerte," (1) como el cristiano espera en la Eucaristía.

Esta le dice al cristiano cuando está en la Sagrada Mesa, que guardará su alma para la vida eterna; y al moribundo le renueva esta promesa, cuando está en el lecho de su agonía: "Yo los libraré del poder de la muerte; de sus mismas garras los redimiré. Oh Muerte, yo he de ser tu muerte! Oh Infierno, yo he de ser tu destrucción." (2)

Halagado por estas promesas y tranquilizado por aquellos consuelos, el cristiano moribundo que ha recibido unos y otras en la Eucaristía, hace sus últimas disposiciones para salir de este mundo, porque sabe que ha de ir "á la casa de su eternidad" (3)

Estas disposiciones no le costarán ningún trabajo, habiendo vivido la vida de los justos; porque éstos se arman de paciencia para vivir, y hallan delicias en la

(1) Prov. XIV, 32.

(2) Os. XIII, 14.

(3) Eccles. XII, 5.

muerte; (1) para los que se llenan de virtudes para comulgar, y hallan delicias en la Comunión.

“Deseo mi disolución—decía el Apóstol—para estar con Jesucristo:” (2) para estar con Jesucristo, dice el cristiano, desea la Eucaristía.

“La muerte—dice Cornelio A. Lápide—es para los justos el principio de la vida; es su despedida para el Cielo.” Y la Eucaristía es para los cristianos la esencia de la vida, y su entrada al Cielo.

“Con la muerte—dice San Cipriano—pasamos á la inmortalidad;” con la Eucaristía la aseguramos.

“Provisto con este pan de vida—dice el Expositor citado (3)—el cristiano marcha con una confianza inquebrantable y remonta su vuelo hacia la gloria. El Dios á quien ha recibido en su corazón, lo recibe á su vez, en sus brazos, toma esta alma deificada por el Sacramento, y le da posesión de la eterna Bienaventuranza.

La Eucaristía disminuye las angustias

(1) San Agustín, Ep. á Fálippe.

(2) Felip. I, 23.

(3) Cornelio A. Lápide.

de la agonía y ahuyenta los horrores de la muerte.”

Proyectando sobre ésta los fulgores de su luz divina, aquel admirable Sacramento, la alumbra en sus tres aspectos, haciendo desaparecer todo lo que la puede hacer desastrosa, y comunicando vigor á todo lo que la puede hacer agradable.

El último carácter de los tres que hacen á la muerte tan temible, consiste en que es única.

“Está decretado á los hombres el morir una sola vez, y después de esta muerte, el juicio.” (1)

Es con tanta razón temible este carácter, porque las deficiencias de esta muerte no pueden corregirse, ni sus defectos remediarse, puesto que es única. Pues el horror á este terrífico carácter, lo hace desaparecer la Eucaristía.

Cada vez que el cristiano se prepara para comulgar, se prepara para morir. Se trasporta con la imaginación á su lecho de muerte; y convirtiendo su futuro en presente, y su presente en pasado, piensa, siente y desea, lo que entonces pen-

(1) Heb. IX, 27.

sará, sentirá y deseará; hace lo que entonces quisiera haber hecho; y observando en esta muerte anticipada los males que pueden rodear su muerte verdadera, los hace desaparecer, puesto que se halla en aptitud de hacerlo.

En esta preparación, siguiendo el consejo del Apóstol, se examina á sí mismo; (1) ya en el examen de conciencia que precede á su confesión, ya por el que hace después de haberla hecho, para no exponerse á profanar el Sacramento, y á comer su propia condenación, (2) que es el efecto desastroso de la comunión indigna.

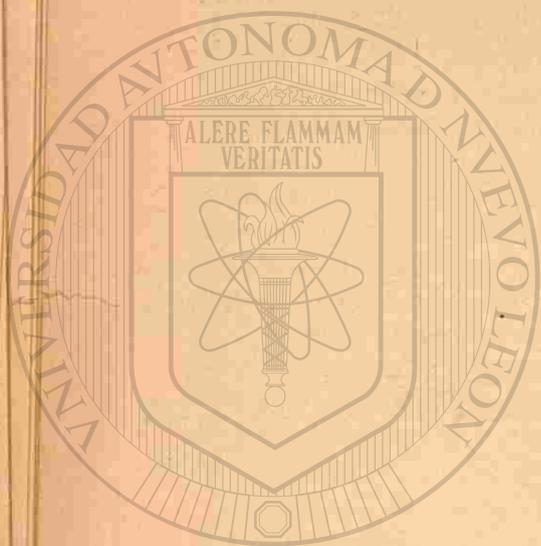
Este examen de conciencia que precede á la comunión, y el Tribunal de la Penitencia á que se le lleva, hace pensar en el Juicio que tiene lugar inmediatamente después de la muerte.

Las estrechas relaciones que existen entre la Eucaristía y la muerte, hacen que casi se confundan el pensamiento de una y otra; y puesto que es una necesi-

(1) 1^a Cor. XI, 28.

(2) Ib. 29.

dad ineludible penetrar á los abismos de la muerte, es un desacierto imperdonable no refugiarse, para disponerse á recibirla, en los santuarios de la Eucaristía.



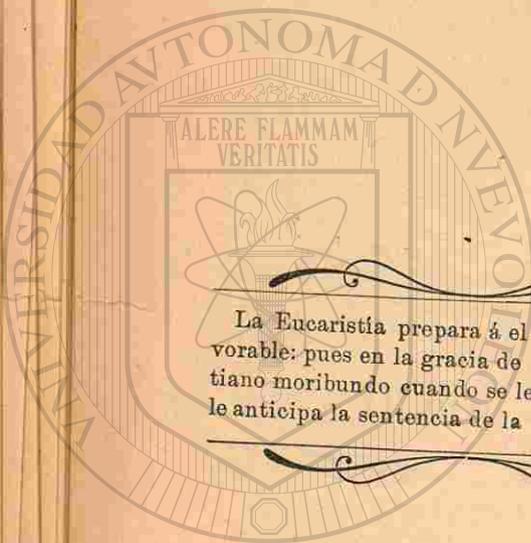
CUARTO DIA.

EL JUICIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





La Eucaristía prepara á el alma un juicio favorable: pues en la gracia de que llena al cristiano moribundo cuando se le da como Viático, le anticipa la sentencia de la Bienaventuranza.

LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL JUICIO.

Qué dulce es el sosiego! Qué completa la calma! Qué inexplicable la felicidad que experimenta el cristiano en los momentos solemnes, deliciosos, encantadores y divinos en que acaba de recibir.... nos atreveremos á decirlo? El galardón que le estaba reservado desde la Eternidad, y hacia el que ha corrido sin descanso todos los instantes de su vida.

Este cristiano para quien ha acabado el mundo, y para quien no hay ya más que Dios, es dichoso, es feliz, es Bienaventurado. Y es Bienaventurado porque ha muerto en Jesucristo; y son "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor." (1)

(1) Ap. XIV, 13.

Este cristiano está muerto; porque aunque parece que vive, él mismo nos da la explicación de esta apariencia, diciéndonos con las palabras del Apóstol: "no soy yo quien vive: Jesucristo es el que vive en mí." (1)

Sí, está muerto! Ya su alma se separó del cuerpo; ya salió del mundo; ya compareció en su juicio; ya recibió su sentencia, y ya ha comenzado á cumplirla.

En efecto, la muerte no es otra cosa que la separación del alma y el cuerpo, en cuyo acto solemne, en la generalidad de los casos terrible, y para el cristiano verdadero, dulce, el alma se separa del cuerpo; sale del mundo, dejando en él sólo su cadáver; comparece ante el Tribunal de Dios; es juzgado, es sentenciado y pasa al lugar que le designa su sentencia. Esto es lo que pasa al cristiano que acaba de comulgar.

Su alma está completamente separada de negocios, de afectos, de inquietudes, de pesares, de todo lo que es mundo y de todo lo que no es Dios.

Su salida de la calle ha coincidido con

(1) Gál. II. 20.

su entrada al templo; como en la muerte la salida del tiempo coincide con la entrada á la Eternidad.

Ha comparecido ante la presencia de Dios; con la diferencia que en la muerte comparece ante El como Juez; y en la comunión comparece como Padre: entonces lo ve cara á cara; y ahora bajo los velos Eucarísticos: allí entre los resplandores de su Majestad; y aquí á la luz de la Fe: allí se sienta en el banco del acusado; y aquí se postra al pie del altar: allí lo ve descubrirse entre las nubes de su inmensidad; y aquí lo ve ocultarse en el fondo del tabernáculo: allí lo rodean sus acusadores que lo confunden; y aquí lo acompañan sus protectores que lo defienden: allí enmudece; y aquí habla: allí ya no tiene que esperar; y aquí todavía todo lo puede pedir: allí está anonadado á los pies de la Justicia; aquí reposa tranquilo en los brazos de la Misericordia: allí sobrecogido de un justificado terror, guarda el más profundo silencio ante su Juez; y aquí, animado por una dulce confianza, pide á su padre la gracia sin medida de que su Cuerpo guarde su alma para la vida eterna.

Y cómo no la ha de guardar, cuando su Ministro, su Representante, el Secretario de su Tribunal, ha violado, por decirlo así, el secreto del juicio, y le acaba de dar á conocer la sentencia, haciéndole la consoladora revelación de que "El Señor ha tenido Misericordia de él, le ha perdonado sus pecados, y concediéndole la indulgencia, la absolución y la remisión de todos ellos, lo conducirá á la Vida Eterna!

Y en efecto ha tenido misericordia de él... y qué misericordia! y cuánta misericordia!

Ha tenido misericordia de él sacándolo de la nada. Haciéndolo ingresar al seno de la Santa Iglesia, por la purificación con que en el Bautismo hizo desaparecer el pecado de origen. Conservándole la vida y poniendo á su disposición todos los tesoros de la Iglesia. Lavándolo de nuevo con su Sangre Redentora, concediéndole el perdón de todos sus pecados actuales en el Tribunal de la Penitencia, y poniéndolo en aptitud de comer su Cuerpo y beber su Sangre.

Y en efecto, le ha perdonado sus pecados.

Y qué pecados! Y qué perdón!

Y en efecto, su alma ha quedado guardada: y dónde? y cómo? y para qué?

La guarda del alma consiste en ponerla en tales condiciones de seguridad, que sus enemigos no puedan acercársele, ni puedan atacarla, ni puedan ofenderla.

Refieren los Libros Sagrados que el lecho del más sabio, del más rico, del más poderoso de los reyes de Israel, y también de todo el mundo, (1) estaba "rodeado de sesenta valientes de los más esforzados de Israel, todos armados de alfanjes, y muy diestros en los combates, llevando cada uno su espada al lado, por temor de los peligros nocturnos. (2)

Aunque con menos grandeza, con menos aparato, con menos lujo de precauciones, no las escaseaban los monarcas de entonces, pues las hacían contribuir, en una escala no pequeña, á sostener la ostentación inseparable de la dignidad real.

El Palacio del Monarca de Egipto, y y más aún su propio hogar, y más especialmente su alcoba y su lecho, y las alcobas y lechos de sus hijos, estaban sin

(1) 3º Reyes. III, 13.

(2) Cant. III, 7 y 8.

duda, *perfectamente* resguardados, y parecían constituir un lugar de refugio segurísimo; presentando las mismas condiciones en escala progresiva, las moradas de los grandes, de los cortesanos y de todos los habitantes de aquel Reino tan vasto.

Y en efecto era así? Era real esta seguridad aparente?

Que la Historia nos dé la respuesta de esta pregunta tan interesante.

Ella nos trasporta con la veracidad de su relato al "principio de los meses, al primero entre los meses del año;" (1) y en la memorable noche que encadenó el décimo cuarto con el décimoquinto de sus días, extiende ante nuestros ojos un espectáculo de sangre, de muerte, de desolación y de exterminio, consumado hasta el sitio al parecer más seguro de la cámara del Rey: hasta el lecho en que dormía el primogénito de sus hijos.

No es, pues, verdadera la seguridad de este refugio, puesto que "el Señor hirió de muerte á todos los primogénitos en la tierra de Egipto; desde el primogénito de

(1) Ex. XII, 2

Faraón que le sucedía en el trono, hasta el primogénito de la esclava que estaba en cadenas y á todo primer nacido de las bestias." (1)

Y en vista de esto, puede afirmarse que en todo Egipto, no hubo una sola casa en la que no se hubiera sentido esta calamidad?

Sí hubo, y muchas.

Al anunciar el Señor á Moisés tan general y tan terrible castigo, le dijo instruyéndole sobre la inmolación que del Cordero Pascual habían de hacer los Israelitas. "Y tomarán de su sangre, y rociarán con ella los dos postes y el dintel de las casas en que le comerán." "Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré de muerte á todo primogénito en dicha tierra, sin perdonar á hombre ni á bestia. . . ." "La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviereis: pues yo veré la sangre, y pasaré de largo, sin que os toque la plaga exterminadora, cuando yo heriré con ella la tierra de Egipto." (2)

(1) Ex. XII, 29

(2) Ex. XII, 7, y 12, 13.

Hé aquí ya precisado el lugar seguro, y los caracteres para reconocerlo.

El lugar seguro estaba en las casas en que se había comido el cordero; los caracteres para distinguir estas casas, consistían en la sangre con que estaban señaladas.

Pasando ya de los hechos figurativos, á los hechos reales en ellos representados, se nos deja ver desde luego el lugar en que se ha de guardar y resguardar nuestra alma, en la casa donde se ha comido el Cordero, y está señalada con su Sangre. No el cordero de Moisés que preparaba la libertad de un pueblo cautivo; sino el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo culpable: no la sangre con que están salpicados sus postes; sino la Sangre con que están empapados sus altares.

Esta casa privilegiada, de salvación y de vida, de preservación y de felicidad, es el templo.

No el templo por cuyas puertas penetra el cuerpo sin que lo acompañe el espíritu, limitando su homenaje á estas falaces expresiones: "este es el templo del Señor, el templo del Señor," (1)

(1) Jer. VII, 4.

del que dijo el Señor que lo arrojaría lejos de sí; (1) no el templo material, puramente material, donde al lado de la piedad, del fervor y de la devoción toman asiento la indiferencia, la profanación y el sacrilegio: no el templo donde se alaba á Dios con los labios y se le detesta con el corazón: (2) no la casa de oración, convertida por los que concurren á ella en cueva de ladrones: (3) no esa casa en que hay tantos Egipcios que no han comido el Cordero; sino ese templo místico, espiritual y vivo, formado en el edificio mismo que Dios fabrica, (4) y ha prometido henchir de gloria, (5) dejándose ver en él Jesucristo, como hijo en su propia casa cuya casa somos nosotros; (6) nosotros de quienes con toda verdad dijo el Apóstol: "el templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo;" (7) y en otro lugar: "vosotros sois templos vivos de Dios." (8)

(1) 3º. Reyes IX, 7

(2) Is XIX, 13.

(3) S. Mat. XXI, 13.

(4) 1ª Cor. III, 19.

(5) Ag. II, 8. S. Mat. XV, 8. S. Marc. VII, 6

(6) Heb. III, 6.

(7) 1ª. Cor. III, 17.

(8) 2ª. Ib. VI, 16

En ese templo del que con toda claridad dijo el Espíritu Santo entre sus poéticas figuras:

“La Sabiduría se edificó una casa, á cuyo fin labró siete columnas. Inmoló sus víctimas para el convite y preparó la mesa:” (1) preluendo en la casa, á la predilecta de sus criaturas; á los Sacramentos y las virtudes, en las siete columnas; y en la víctima y el convite, el Sacrificio del altar y la Sagrada Eucaristía.

En nosotros mismos, pues, en nuestro propio cuerpo, debemos guardar nuestra alma; y así es en realidad, puesto que á él entra Jesucristo para confiarnos su cuidado, y darnos los medios de hacerlo fructuoso.

El, al penetrar á nuestro pecho en la Sagrada Forma, se dirige á nuestro corazón que va buscando, para inmolarse en él, á fin de que podamos comerlo; deja nuestros labios teñidos con su Sangre; asegura el alma que quiere guardar, con los lazos de su amor, de su Pasión, de su muerte, de sus me-

(1) Prov. IX, 1 y 2

recimientos, que hace nuestros, y que está dispuesto á venir á reforzar todos los días; y al separarse de nosotros por la destrucción de las especies, nos deja inundados en su gracia.

El ángel exterminador, armado siempre para destruirla, no pasa una sola vez como en Egipto: constantemente está asediando la casa, para precipitarse á invadirla cuando no vea en ella la Sangre que le intercepta la entrada.

Para que ésta lo esté siempre, es necesario renovar con frecuencia esa sangre, y para esto, inmolar con frecuencia el Cordero, es decir, recibir con frecuencia la Sagrada Comunión para lo que es indispensable llevar una vida cristiana: la vida cristiana la constituye una sucesión no interrumpida de actos con los que se ama y se sirve á Dios trabajando sin cesar por la consecución de su último fin; pasando la vida lejos del pecado; preparándose una buena muerte y llenando con obras agradables á Dios el libro que ha de figurar en el juicio, en el que no podrá menos que obtenerse una sentencia favorable.

Hé aquí cómo el Cuerpo de Nuestro

Señor Jesucristo guarda el alma del cristiano que lo recibe, á quien toca una parte no pequeña en esta importantísima tarea; y cómo la guarda para la Vida Eterna, que es la aplicación de la sentencia absolutoria pronunciada en un juicio en el que, borradas las culpas por la Sangre de la Redención mezclada con las lágrimas de la Penitencia, solamente figuran las obras inspiradas, sostenidas y llevadas á cabo por la Sagrada Eucaristía.

Hay más: no solamente Jesucristo entra por la Sagrada Comunión en el corazón del hombre: el hombre entra también en el Corazón de Jesucristo.

“El que come mi carne—ha dicho éste—y bebe mi sangre, está en mí, y yo estoy en él.”(1)

El es, pues, el templo en que halla refugio el alma que, al comulgar, pide ser guardada para la Vida Eterna.

Destruíd este templo—dijo Jesús hablando de su cuerpo á los judíos, que irrespetuosos le pidieron señales de su autoridad—y en tres días lo reedificaré. (2)

(1) S. Juan VI, 57

(2) Ib. II, 18, 19 y 21

En este templo queda el alma en lugar segurísimo, porque nunca puede entrar á él el ángel exterminador, porque siempre está empapado en la Sangre preciosa que mana de él á torrentes.

En esta entrada del cristiano al Corazón de Jesús, hay una singular predilección, en cuya virtud, el alma es escogida y queda separada de todo lo que no es pureza, de todo lo que no es santidad, de todo lo que no es justicia, de todo lo que no es buena fe. Y entonces este cristiano, así señalado, así favorecido, puede, al efecto de una dulce confianza, decir al Señor con el Profeta: “Júzgame, Dios mío, y toma en tus manos mi causa;” (1) júzgame, porque ya alejaste de mí todo lo que pudiera condenarme; júzgame, porque ya separaste mi causa de la gente que no es santa; júzgame, porque ya me limpiaste las manchas que había impreso en mí el contacto del hombre injusto y engañoso; júzgame, porque ya me otorgaste el perdón; júzgame, porque habiendo derramado sobre mí los raudales de tu gracia, nada tengo que te-

(1) Ps. XLII, 1

mer en mi juicio; júzgame, pues al fijar los ojos en mí, no es posible que dejes de verte á tí.

No te diré—continuará—que no éntres en juicio con tu siervo; (1) sino que abras ese juicio del que ha de brotar, de tus palabras y de tus promesas, la sentencia de mi ventura.

Tú Eterno Padre, Jesús mío, me acaba de dar *el verdadero pan del Cielo*; pan que da la vida al mundo y que por lo mismo, tiene que darmela vida á mí.

Tú has asegurado que *el que viene á tí no tendrá hambre y el que cree en tí no tendrá sed jamás*; y pues yo he venido á tí, y siempre creo en tí, no es posible que me venga de tí una sentencia que me haga sufrir por toda la Eternidad el hambre más espantosa y la sed más ardiente.

Tú has prometido que *no desecharás al que viene á tí por la Fe*; y yo no puedo ser desechado, porque estoy en tí en la Sagrada Eucaristía, que es el dogma cristiano por excelencia.

Por qué he de temer tu juicio, cuando acabo de comer el *pan vivo que ha bajado*

(1) Ps. CXLII, 2.

del Cielo, y de tus labios he escuchado que *el que comiere de este pan vivirá eternamente*? Si yo he comido tu carne y bebido tu sangre, y tú has dicho que el que ha disfrutado esta felicidad *tiene vida eterna*, y tú *lo resucitarás en el último día*? Si ya tengo en mí mismo, en el fondo de mi corazón, la seguridad de esta promesa, puesto que la Sagrada Eucaristía es “el símbolo de la resurrección?” (1)

Los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la cruz—dice la Imitación de Cristo—no temerán entonces—en el juicio—oir la palabra de eterna condenación. (3)

Tú en la Sagrada Eucaristía, me diriges desde la Cruz, una palabra dulce, amorosa, tierna, persuasiva, que yo abro el corazón para escuchar, é inclino mi voluntad para seguir.

Porque esta palabra es un insinuante, irresistible y poderoso “ven,” al que yo no puedo menos que contestar con un fervoroso, agradecido y entusiasta “voy.”

(1) San Juan VI, 33, 35, 37, 51 52 y 55.

(2) Concilio de Nicea.

(3) Lib. 2º Cap. XII, 1

Y al ir á tí, tú sales á mi encuentro; y al encontrarme contigo, tú me abres los brazos; y al abrirme los brazos, yo te abro mi corazón, y te recibo, y me recibes; y me abrazas y te abrazo; y me arrojo á tu Cruz, y tú me clavas en ella contigo; y en ella cancelas mi sentencia de muerte, pagas mi deuda, satisfaces mi ofensa, lavas mis vestidos, borras mi iniquidad: y como el venturoso Ladrón, que te dijo lo que yo te digo: "acuérdate de mí," me contestas lo que á él le contestaste: "hoy serás conmigo en el Paraíso." (1)

No, Jesús mío, no temeré tu juicio; pues mientras más reflexiono sobre él, á la luz de la Sagrada Eucaristía, más siento crecer mi confianza y disiparse mi temor. Porque al verte una vez en tu Tribunal, recordaré que muchas veces te he visto en mi pecho. Al sentarme ante tí, en el banco del acusado, recordaré que me he sentado contigo en el Banquete celestial. Al sentirme de rodillas á tus augustas plantas, recordaré que estando también de rodillas, te he sentido gozoso en

(1) San Luc. XXIII, 43 y 43.

mi emocionado corazón: y al iniciarse mi juicio, nada en todo él encontraré que me aterre.

Mi acusador es el demonio, y no puede comparecer, porque tú estás en mí, y yo estoy en tí, puesto que he comido tu carne y he bebido tu sangre: (1) y estando yo en tí, no puede acercarse el demonio á mí; y estando tú en mí, estás conmigo, y por lo mismo, nadie podrá nada contra mí. (2)

Otro acusador, y acaso el más terrible, es la conciencia, y la mía, lejos de acusarme me dice: "Criatura nutrida con la carne de Jesucristo cuya sangre corre por tus venas, cuya alma envuelve tu alma, cuya divinidad se derrama en tu ser humano: Criatura divinizada en cierto modo por el uso de la Eucaristía, sea tu herencia la paz, una paz profunda; así es necesario, justo y conveniente." (3)

"Mira—agrega—que ya viene tu Salvador; mira cómo trae su galardón, y tiene delante la recompensa para tí." Oh alma venturosa! "regocíjate de la manera

(1) San Juan VI, 57.

(2) Rom. VIII, 31.

(3) Lebon.

más completa; salta de júbilo, porque viene á tí tu rey, tu Salvador, el justo, lleno de dulzura, lleno de amor, lleno de bondad, lleno de mansedumbre." (1) El Señor que ahora te juzga, es el mismo que te ha alimentado, y te ha alimentado, porque has puesto la confianza en El; arroja en su seno todas las inquietudes, (2) y no des lugar en el tuyo al temor, porque éste puede hacerte caer en la desconfianza.

Ante mis ojos se abrirá el libro de la vida. Es verdad que mis pecados llenaron la mayor parte de sus hojas; pero también lo es que todos quedaron lavados con la sangre de la Eucaristía, que hizo desaparecer hasta las huellas más imperceptibles de aquellos.

En las páginas de este libro no aparecen más que las buenas obras que el Señor me ha inspirado, y en cuya ejecución me ha sostenido, que han constituido mi preparación remota; y esos afectos íntimos y dulces con que Jesucristo me ha regalado en mi preparación próxima para la Sagrada Comunión.

(1) Is. LXII, 11. Ap. XXII, 12. Zac. IX, 9. San Mat. XXI, 5.

(2) Ps. LIV, 23.

María Santísima, mi buena, mi tierna, mi amorosa Madre, que en la Sagrada Eucaristía no sólo me ha visto, no sólo me ha acompañado, no sólo ha rogado por mí, sino que me ha dado parte de su carne y parte de su sangre, estará allí presente con sus entrañas de Madre, después de haber rogado por mí, como tantas veces se lo he suplicado y sin cesar se lo suplico.

También estará allí mi ángel de guarda que tantas veces me llevó á la Mesa Eucarística, y los demás ángeles, que con él rodeaban el altar.

De este conjunto tan bello y tan consolador brotará la sentencia: sentencia que me es bien conocida, pues la he podido leer en la Sagrada Eucaristía.

"Ven," me has dicho y me repites ésta, pues quiero aliviarte porque estas fatigado."

"Ven" á sentarte conmigo en el festín que para ti he preparado, come y sáciate; bebe y embriágate."

"Ven," porque mis delicias las hago consistir en estar contigo."

Y al acudir á tu generoso llamamiento, no me dejas retirar ayuno y seco; sino

que después de haberme dado tu carne como alimento y tu sangre como bebida, me das tu bendición, en tu Nombre, en el Nombre de tu Eterno Padre y del Espíritu Santo, expresándome tu deseo de que esta benéfica bendición, descienda sobre mí, y permanezca siempre en mí.

(1) Y en mi juicio me dirás lo mismo: "Ven, bendito de mi Padre." (2)

En la Eucaristía me dices: toma y come, porque éste es mi cuerpo; toma y bebe, porque ésta es mi sangre; porque esto soy yo; porque yo soy la Bienaventuranza, y en mí está la felicidad del Cielo; y este alimento, y esta bebida, para ti lo preparé la víspera de mi muerte al comenzar mi Pasión, y para ti lo concebible resolver tu creación, al comenzar la Trinidad. Y en mi juicio, después que me hayas llamado con aquellas consoladoras palabras, agregarás estas otras impregnadas de felicidad: "á gozar del Reino que desde la Eternidad tengo preparado para tí:" á gozar de mí. (3)

Y para darme á conocer el fundamento

(1) Palabras de la Liturgia.

(2) San Mat. XXV, 34.

(3) Ib.

de tan venturosa sentencia, me dirás: porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; era peregrino y me hospedaste; desnudo y me cubriste; enfermo y me visitaste, encarcelado y me llevaste tus consuelos." (1)

Pero cuándo—te diré sorprendido—hecho todo ésto? (2) Siempre que has hecho ésto con los pobres, y cuando me recibiste en la Eucaristía! Por que yo, al instituir este admirable Sacramento, te dije en la persona de mis discípulos, que ardientemente deseaba comer esta carne y beber esta sangre contigo: y este ardentísimo deseo de comer y de beber, era una hambre devoradora y una sed irresistible: hambre que tú al comulgar has calmado; sed que tú al comulgar has satisfecho.

Yo al bajar del Cielo, obediente á la voz del Sacerdote, estuve en la tierra como peregrino; pues en sus manos y en el altar, en el Sagrario y en la custodia, no estuve más que de paso; me dirigía á un corazón, y tú me ofreciste el tuyo, y en él me hospedaste.

Al hallarme en el templo sin adora-

(1) San Mat. XXV, 35 y 36.

(2) Ib. 37.

ción, sin plegarias, sin lágrimas, sin suspiros, me sentía desnudo: todo esto lo recibí de tí en la Sagrada Eucaristía, en la que me diste el más abrigador vestido.

En la hostia consagrada, estaba en la Cruz; estaba clavado, estaba herido, estaba hecho un varón de dolores, pues desde la planta de los pies atravesados por los clavos, hasta la coronilla de la cabeza penetrada por las espinas, no había en todo mi Cuerpo parte sana; estaba leproso, estaba enfermo, y en este lastimosísimo estado recibí tu visita.

Bajo la múltiple cerradura del templo, del Sagrario, del copón y de los accidentes sacramentales, estaba encarcelado; y tú hiciste que todas estas puertas se abrieran, y que yo saliera de mi prisión, y que fuera llevado á tu pecho, y que disfrutara las delicias de estar contigo, y que penetrara hasta el fondo de tu corazón.

Es verdad que en él fui á inmolarme; pero también lo es que allí me desahogué en las expansiones de mi amor, que en sus manifestaciones y en sus efectos llegó á su máximo: pues "ninguno ama más que el que da la vida por sus amigos." (1.)

(1) S. Juan. XV, 13

Todo ésto has hecho por mí en la Eucaristía, y ha llegado la vez de que recibas la recompensa: "Ven, bendito de mi Padre;" ven á gozar, y á gozar para siempre; ven á ser feliz, y á serlo por toda la Eternidad.

Qué relaciones tan armoniosas me descubre mi religiosa meditación entre la Eucaristía y mi juicio!

En la Eucaristía escucho la promesa de que Jesucristo guardará mi alma para la Vida Eterna; y en mi juicio escucharé, así lo espero, la sentencia que introducirá mi alma á la Vida Eterna, para la que la guardó la Eucaristía.

En la Eucaristía veo con la Fé á Jesucristo en el fondo del tabernáculo, oculto bajo las especies de pan y envuelto con las sombras del misterio; y en mi juicio lo veré descubierto en mi lecho de muerte, sobre las nubes de su majestad, entre los resplandores de su gloria.

El alma, en el instante de su juicio, está sola con su conciencia delante de Dios; igualmente sólo con su conciencia está el cristiano en la Eucaristía en el momento de la Comunión.

El cristiano que se acerca en pecado á

la Eucaristía, "come su propia condenación;" (1) el alma que se presenta en pecado en su juicio, se condena sin remedio.

El pecado aleja al hombre de la Eucaristía, todo el tiempo que tarda éste en confesarlo; y en el juicio lo aleja de Dios para siempre.

Si el Juicio Particular es muchas veces una ratificación de los beneficios que el cristiano recibe en la Sagrada Eucaristía, el Juicio Universal, que es una ratificación de la sentencia pronunciada en aquel Juicio, es una confirmación de los beneficios otorgados en este Sacramento.

El eco atronador de una trompeta (2) que se escuchará, levantará todos los muertos dotándolos de nueva vida, para comparecer en el juicio universal.

A la vibración armoniosa de una palabra que se pronunciará "desde donde nace el Sol hasta donde el Sol se pone," (3) se levantarán todos los muertos por el pecado, que han recibido nueva vida por la penitencia, para sentarse en la mesa Eucarística.

(1) 1^a Cor. XI, 29.

(2) 1^a Thes. IV, 15

(3) Malaq. I, 11

Aparecerá allí Jesucristo entre las nubes del Cielo, cercado de la majestad de Dios. (1) Aparece aquí entre los accidentes del pan velado por las sombras del Misterio.

En el valle de Josafat separará los elegidos de los réprobos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. (2) En el templo separa del mismo modo, á los que se hallan dispuestos para recibirlo, por estar en gracia, de los que por su abandono, por su indiferencia ó su pecado, son indignos de esta felicidad.

Llamará allí á los primeros para decirles que éntren en posesión de la Bienaventuranza, y apartará lejos de sí á los últimos, arrojándolos al fuego eterno. (3) Y aquí llamará también á los primeros para decirles que guardará su alma para la vida eterna, dejando á los otros expuestos á morir en su pecado.

En el día del Juicio Universal, que más bien debería llamarse el instante de este juicio, las almas se unirán á los cuerpos

(1) S. Mat. XXVI, 64

(2) Ib. XXV, 32.

(3) Ib. XXV, 34 y 41

para no separarse de ellos jamás: y del mismo modo, en el instante de la Comunión, Jesucristo se une á el alma para no separarse de ella nunca: pues aunque es cierto que á la destrucción de las especies, Jesucristo se remonta al Cielo y no subsiste en el corazón del cristiano la presencia real, también lo es que Jesucristo vive, y está, y permanece en él por la gracia; y esa unión con Dios, último grado de la vida espiritual que se llama la *via unitiva*, no termina ni en la muerte; por el contrario, en ese instante se enlaza con la perfecta, íntima y venturosa unión con Dios en la Vida Eterna.

Es verdad que el hombre, como mientras está en la vida de la lucha, tiene que sostener la lucha de la vida, y conserva en toda su plenitud su libre albedrío, puede perder la gracia, es decir, puede apartarse de Dios por el pecado; pero esto no quita su carácter esencial á la Comunión, ni destruye el principal de sus efectos, que consiste en guardar el alma para la vida eterna.

En esta unión del alma con el cuerpo éste queda libre de la corrupción del sepulcro; y el polvo, á que en virtud de

maldición de Dios, fué reducido, por el efecto de una nueva creación recobró su forma primitiva; y dotado de nueva vida, de nueva hermosura, de dotes celestiales y divinos, vuelve á ser la residencia del alma. En la unión de ésta con Jesucristo, el cuerpo queda libre de la corrupción del pecado; y el polvo que por una verdadera penitencia ha sacudido, no seguirá manchando su hermosura, y merced á la vida de la gracia, volverá á ser templo del Espíritu Santo.

En el día del juicio universal, el mundo será consumido por el fuego. (1) En el día de la Comunión, el mundo, ese enemigo encarnizado del alma, y todo lo que al mundo pertenece, es consumido por el fuego del amor de Dios.

En el Juicio Universal, como en la Sagrada Eucaristía, resplandece el Señor, haciendo resplandecer sus atributos: en el Juicio, su Justicia; en la Eucaristía, su Misericordia.

En el Juicio Universal deja el Señor conocer el amor con que se ama á sí mismo.

2ª S. Ped. III, 7.—Joel. II, 3 y 31.—Secuencia de la de Difuntos.—Responso.

En la Sagrada Eucaristía hace sentir el amor con que ama á los hombres.

En el Juicio Universal realiza la amenaza que hizo á la perversidad ante Caifas. En la Sagrada Eucaristía reproduce el beneficio que otorgó á la virtud en el Cenáculo.

El Juicio Universal pone fin á todos los crímenes del mundo. La Sagrada Eucaristía hace desaparecer hasta las más leves señales del pecado.

En el Juicio Universal todos los corazones palpitarán dominados por el miedo y serán quebrantados por el espanto. (1) En la Sagrada Eucaristía todos los corazones palpitan al impulso de la ternura, y desfallecen de amor.

El día del Juicio se verán "fenómenos prodigiosos" en la naturaleza. (2) El día de la Comunión, pasan en el alma del que la recibe, "cosas grandes y maravillosas." (3)

En el Juicio Jesucristo bajará del Cielo á la tierra al sonido de la trompeta. (4) En la Eucaristía Jesucristo baja del Cielo á la tierra, á las palabras del Sacerdote.

- (1) Is. XHI, 7 y 8.
 (2) S. Luc. XXI, 25.
 (3) Ib. I, 45
 (4) Thes. IV, 15,

lo á la tierra, á las palabras del Sacerdote.

A aquella aparición, los hombres que estén en el mundo, verán al Señor á los esplendores de su Majestad. (1) A ésta aparición, los fieles que están en el templo, ven á Jesucristo á los resplandores de la Fé.

En el Juicio Universal, del trono en que el Señor está visible, saldrá una voz diciendo: "Hé aquí el tabernáculo de Dios que viene á hacer su juicio entre los hombres." (2) En la Sagrada Eucaristía, del altar en que Jesucristo está sacramentado, sale una voz que dice: "Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." (3)

En el Juicio teme el hombre el exámen del Juez." (4) En la Eucaristía goza el cristiano con el amor del Padre.

El día del Juicio es grande, y no hay nada que le iguale por lo terrible. (5) El día de la Comunión es inmenso, y no hay nada que se le parezca en lo hermoso.

- (1) S. Mat. XXIV, 30
 (2) Ap. XXI, 3
 (3) S. Juan I, 29
 (4) S. Bernardo-Serm. LV
 (5) Jer. XXX, 7

Terminado el Juicio, Jesucristo se eleva al Cielo en compañía de los Bienaventurados. Pasada la Comunión, el alma se eleva al Cielo acompañando á Jesucristo en los afectos de su acción de gracias.

“Antes del Juicio—dice el Espíritu Santo—disponte á ser hallado justo.” (1)
Antes de la Comunión—dice el Apóstol—preparate para recibirla con las disposiciones necesarias.

Las relaciones que ligan el Juicio con la Eucaristía, pueden condensarse en una sola reflexión: una buena comunión, prepara un juicio favorable; y un juicio favorable no puede obtenerse, en la generalidad de los casos, sino de una buena comunión.

(3) Eccli. XVIII, 19.

QUINTO DIA.

EL INFIERNO



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Terminado el Juicio, Jesucristo se eleva al Cielo en compañía de los Bienaventurados. Pasada la Comunión, el alma se eleva al Cielo acompañando á Jesucristo en los afectos de su acción de gracias.

“Antes del Juicio—dice el Espíritu Santo—disponte á ser hallado justo.” (1)
Antes de la Comunión—dice el Apóstol—preparate para recibirla con las disposiciones necesarias.

Las relaciones que ligan el Juicio con la Eucaristía, pueden condensarse en una sola reflexión: una buena comunión, prepara un juicio favorable; y un juicio favorable no puede obtenerse, en la generalidad de los casos, sino de una buena comunión.

(3) Eccli. XVIII, 19.

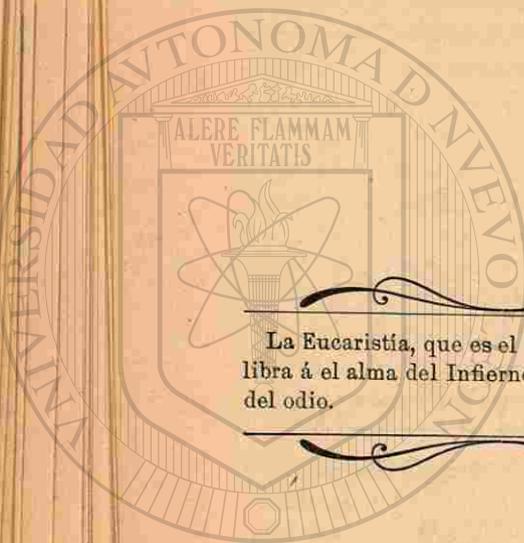
QUINTO DIA.

EL INFIERNO



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





La Eucaristía, que es el Sacramento del amor, libra á el alma del Infierno, que es la residencia del odio.



LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL INFIERNO.

“Apártate de mí, maldito, al fuego eterno.” (1)

En estas breves y sencillas, á la vez que aterradoras y terribilísimas palabras, está compendiada la más severa, la más alarmante, la más espantosa de las verdades de nuestra Religión: ellas condensan el dogma del infierno, y expresan á la vez su esencia, sus caracteres y sus propiedades.

Pensamiento es éste, que envuelve cuatro pensamientos; castigo, que comprende cuatro castigos; verdad, que revela cuatro verdades.

Y qué verdades! Y qué castigos! Y qué pensamientos!

(1) San Mat. XXV, 41.

Si la inteligencia del hombre, ó por mejor decir, si su fuerza de concepción fuera tan grande que pudiera llenar el mundo todo, este sólo pensamiento, este sólo castigo, esta sola verdad, con sus cuatro elementos componentes, la llenarían por completo, y llenarían también el mundo, hasta desbordarse por sus cuatro puntos cardinales.

Se extenderían sobre el eje de la tierra hasta tocar sus achatados polos; se ensancharían también lateralmente hasta hacerse sentir "donde nace el Sol y donde el Sol se pone."

En el Norte y en el Sur; en el Levante y en el Poniente; en toda la extensión del universo; qué decimos! en todos los abismos de la Eternidad, retumban en sonoros, prolongados, interminables y pavorosos ecos, esas palabras, cuyo importantísimo significado, jamás le será dado al hombre conocer en el tiempo, pues el Señor ha tenido á bien reservarlo para la Eternidad.

"Apártate de mí!" Primer pensamiento; primera verdad; primer castigo!

"Maldito!"....Segundo pensamiento; segundo castigo; segunda verdad!

"Al fuego"!....Tercer castigo; tercera verdad; tercer pensamiento!

"Eterno"!....Cuarta verdad; cuarto pensamiento; cuarto castigo!

El Infierno es un abismo de tormentos en el que cae el alma del réprobo, envuelta en la maldición del Señor, inmediatamente después de su juicio particular; y en el que, después del juicio universal, caerá también su cuerpo.....
"Maldito"!

"Apártate de mí"!....Hé aquí expresado con toda su desnudez, con toda su intensidad, en su verdadera y propia naturaleza, el principal, el mayor, pudiera decirse para dar una idea de su enormidad, el único de los tormentos del Infierno: pues los otros con ser tan grandes, con ser tan horrosos, con ser tan insufribles, son pequeños, son menos que nada, son un goce, comparados con éste, que consiste en la pena de daño, que es la privación de la vista de Dios.

"Al fuego"! Fuego voraz; fuego intensísimo; fuego milagroso; fuego alimentado por el soplo de la Justicia indignada y ofendida; fuego que reúne todos los tormentos; fuego que abrasa pero no con-

sume; fuego que hiere el cuerpo como el alma, y un día se cebará en el alma y en el cuerpo.

Un día! No más un día? Ah, sí, pero un día indefinidamente prolongado; un día sin término y sin límites en su duración; un día que siempre dura por que nunca acaba; que nunca acaba por que es la eternidad, por que es eterno!

“Eterno!”... Este es el principal carácter de este fuego, que es lo que lo hace tan espantoso: pues sin éste, toda su intensidad, toda su vehemencia, todas sus propiedades que hacen de él un fuego excepcional en cuya comparación el fuego natural es como pintado, serían poca cosa, puesto que alguna vez había de terminar; pero la circunstancia de ser eterno, es la que lo hace insoportable á la vez que inconcebible.

Y esta propiedad aterradora; y esta acción interminable; y esta duración infinita de este fuego, que El mismo que lo crió lo llama “eterno,” son comunes á todos los tormentos: pues la eternidad de las penas, es el carácter distintivo de las penas de la Eternidad

Y por qué es ésto? Se ha reservado el

Señor esa espantoso maldición, esos terribles castigos, para ese último día, y sorprender con ellos al infortunado pecador, que no los esperaba?

Preludiando en la Sinagoga de Cafarnaüm el adorable Misterio de la Eucaristía, que era la esencia de su amor más entrañable, y el ideal de sus deseos más ardientes, habló con toda claridad, y volvió á hablar con toda insistencia de la vida eterna, dejando escapar de sus significativas palabras, la idea contraria de la muerte eterna; y desprender de sus más dulces y halagadoras promesas, las más amargas y terribles amenazas.

“Trabajad para tener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna.” Y llama la atención de los judíos sobre el hecho de que dicho manjar se los dará “el Hijo del hombre.” (1)

El Hijo del hombre, en efecto, es el que un día no lejano, les dará este manjar en la Eucaristía, diciéndoles: “tomad y comed;” y el mismo Hijo del hombre que “ha de venir á juzgar á los vivos y á los

(.) S. Juan VI, 27.

muerdos," (1) dará á unos la vida eterna, y á otros no; y á estos otros, por razón natural, les dará la muerte eterna.

"Quien cree en mí—les dice en seguida—tiene la vida eterna:" (2) lo que equivale á decir: quien no cree en mí tiene la muerte eterna.

"Quien comiere de este pan—continúa—vivirá eternamente" "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna." (3)

Consideraciones análogas hacen comprender que quien no come de este pan, morirá eternamente; y quien no come su carne, ni bebe su sangre, no tiene la vida eterna tendrá por consiguiente, la muerte eterna.

Y no se limita la Palabra infalible á hacer sus promesas y fulminar sus amenazas; sino que fija el plazo en que unas y otras han de tener su cumplimiento, "en el último día;" (4) este es el día de la muerte, el día del juicio, el día de la sentencia.

La Eucaristía prodiga estas promesas

(1) Simb. Ap.

(2) S. Juan VI, 47.

(3) S. Juan VI, 52 y 55.

(4) Ib. 39, 40, 44 y 55.

y lanza estas amenazas que detienen á el alma fiel, para que siga, sin desviarse, el sendero de la vida cristiana. Amenazas que detienen á el alma prevaricadora, para que se desvíe, sin seguirlo, del camino de la vida pecaminosa.

Y sin embargo de que el Señor anuncia la eternidad de esas penas; y sin embargo de que previene con la severidad de sus castigos; y sin embargo de que fija el plazo en que aquellas han de comenzar, y éstos han de tener su aplicación, cuando el infeliz réprobo se encuentra en ese "último día" experimenta toda la sorpresa de lo inesperado, y toda la impresión de la sorpresa.

Y cómo no, si durante el curso de toda su vida, ha sentido y ha visto lo contrario!

Cómo no le ha de sorprender verse caer envuelto en una maldición tan terrible, al que siempre ha estado sostenido por tan benéficas bendiciones!

Bien podríamos decir, parodiando al inspirado paciente de Hus, que una continua bendición es la vida del hombre sobre la tierra.

Yacía, en efecto, en la seno de la nada,

como una fracción infinitamente pequeña, ó como un átomo imperceptible de esta nada.

Estaba en el no ser, podemos decir por una consideración metafísica, en la categoría de las criaturas posibles, al lado de otras, que no son todavía, y de otras que no serán jamás; y el Señor, fijando en ese átomo, al que le faltaba mucho para ser microscópico, su mirada bondadosa, creadora y omnipotente, hizo estremecer con su potente voz los abismos de la nada, como hizo estremecer el sepulcro de Betania en un día memorable de su peregrinación por el mundo.

Sal del sepulcro y "ven á fuera," (1) dijo entonces volviendo la vida á la nada que se deshacía; sal de la nada y ven á la vida, dijo después á la misma nada que aún no estaba hecha. Y como entonces salió Lázaro, atado con las ligaduras de su sudario, así salió esta criatura, atada con las ligaduras del pecado original.

"Desatadle y dejadle ir" (2) dijo á sus discípulos, que se apresuraron á quitarle las fajas. Quitadle las ligaduras, dijo á

(1) S. Juan XI, 43.

(2) Ib. XI, 44.

su Ministro, quien se apresuró á administrarle el Sacramento del Bautismo.

Y bendición fué para el hombre su nacimiento, y bendición su bautismo, y bendición la atmósfera que lo envuelve, y bendición la tierra que lo alimenta, y bendición las lluvias, y bendición las Estaciones, y bendición la claridad del día, y bendición las sombras de la noche, y bendición la salud, y bendición la inteligencia, y todo bendición Nada más natural, que la sorpresa, el desconuelo, el espanto y el horror, causado por esa terrible y nunca oída palabra "Maldito!"

No es absolutamente posible alcanzar el significado ni conocer los efectos de la maldición del Señor. El Profeta Rey en persona de Cristo, nos da de ella una idea aproximada cuando dice: "Amó la maldición, y le caerá encima; y puesto que no quiso la bendición, ésta se retirará lejos de él. Cubrióse con la maldición como con un vestido, y ella penetró como agua en sus entrañas, y caló como aceite hasta sus huesos. Sírvale como de túnica con

que se cubra, y como de cingulo con que siempre se ciña" (1)

En estas palabras están expresados los efectos que causa la maldición en el desgraciado que la recibe.

Lo rodea por fuera y le penetra por dentro: es decir, él está en la maldición, y la maldición está en él.

Penetra hasta el fondo de sus entrañas y hasta la médula de sus huesos; es decir, que se trasforma en él, y se identifica con él. Además, y lo que es peor: durará siempre.

No vemos aquí fotografiada la sentencia en cuya virtud es arrojado el réprobo al Infierno?

El fuego lo rodea por todas partes; está en el fuego. Le penetra hasta el fondo de las entrañas y hasta la médula de los huesos; el fuego está en él. Y este tormento, ó por mejor decir, este conjunto de tormentos, durará para siempre.

Y no vemos también en esta maldición el reverso de lo que pasa en la Eucaristía, que es la bendición de las bendiciones?

(1) Ps. CVIII, 18 y 19.

Jesucristo en la Eucaristía, según su misma divina, infalible y augusta palabra, está en el que lo recibe; el que lo recibe está en El, y no morirá para siempre; es decir, siempre vivirá. (1)

En aquel conjunto de bendiciones que llenan la vida del hombre, y más aún, la vida del cristiano, susurra como una melodía una dulcísima palabra, que más que de los divinos labios de nuestro Redentor adorable, se siente brotar de su apasionado Corazón.

Esta palabra que tiene toda la cadencia de la súplica, toda la sensibilidad del gemido, todo el atractivo del amor, todo el encanto de la pureza, toda la gravedad del mandato y todo el interés del beneficio, es un verdadero poema del corazón; un armonioso canto del alma; "Venid á mí." (2)

Ven á mí, dice al recién nacido, sumergiéndolo en el baño de su sangre, contenida en la fuente de la regeneración. Tú estás lejos de mí, porque estás fuera de mi Iglesia, á la que solamente se puede entrar por el Sacramento del Bautismo.

(1) S. Juan VI, 52 y 57.

(2) S. Mat. XI, 28.

Ven á mí, le dice después que ha sentado plaza en su milicia y lo ve combatir bajo su Bandera, ungiéndolo con el oleo que da vigor y fuerza. Tú necesitas fortificarte y robustecerte, porque los enemigos que en esta lucha te amenazan, son numerosos y terribles; y la robustez y la fuerza las comunica y las sostiene el Sacramento de la Confirmación.

Ven á mí, dice al pecador que dándole las espaldas se ha coligado con sus enemigos, indicándole el Tribunal del perdón. Tú me has herido con la más reprehensible ingratitud, y yo estoy dispuesto á devolverte mi gracia por el Sacramento de la Penitencia.

Venid á mí, dice á los pobres y á los liados, á los ciegos y á los cojos; (1) "venid á comer de mí pan y á beber del vino que os tengo preparado;" (2) "comed, amados míos, y bebed hasta saciaros," (3) porque os he preparado una abundante mesa, á la vista de vuestros enemigos; (4) comed conmigo, porque yo "ardien-

(1) S. Luc. XIV, 21

(2) Prov. IX, 5.

(3) Cant. V. 1.

(4) Ps. XXII, 5

temente he deseado comer con vosotros;" (1) "Tomad y comed, porque este es mi cuerpo... Bebed todos de él, porque esta es mi sangre." (2) Tomad y comed; tomad y bebed, pues para ésto he instituido y me he quedado con vosotros en el Sacramento de la Eucaristía.

Qué marcado; qué tremendo; qué terrible; qué espantoso es el contraste que forma este suave y dulce "Venid á mí," con que Jesucristo llama á los cristianos á la Eucaristía, con aquel severo y amargo "Apartaos de mí," con que sepulta á los réprobos en el Infierno!

La unión con Dios, expresada por este consolador "Venid á mí," y realizada en la Eucaristía, es el más grande de los goces que disfruta el cristiano que comulga; la separación de Dios, decretada por ese inapelable. "Apartaos de mí," y realizada en el Infierno, es el más cruel de los tormentos que sufre el infeliz que se condena.

La vista de Dios, que es la consecuencia inmediata de esta unión, y que el alma disfruta por la Fe cuyos resplandores

(1) S. Luc. XXII, 15.

(2) S. Mat. XXVI, 26, 27 y 28.

la inundan, es una de las más dulces delicias que el cristiano saborea en la Eucaristía; la privación de la vista de Dios, que es la consecuencia forzosa de esta separación, y que el alma padece en la oscuridad cuyas tinieblas la rodean, es una de las penas más amargas que el condenado siente en el Infierno.

La posesión de Dios es la esencia de la Eucaristía; porque en ella esta posesión es tan completa, que el alma que comulga, posee á Dios como se posee á sí misma; la pérdida de Dios es la esencia del Infierno; porque en él esta pérdida es tan absoluta, que entre Dios y el alma que se condena, hay un abismo.

La unión con Dios, que nos promete este amoroso "Venid á mí," es un bien tan grande, que solamente el Bienaventurado puede disfrutarlo; la separación de Dios, impuesta por aquel airado "Apartaos de mí," es un mal tan inmenso, que solamente el condenado puede sentirlo.

La unión con Dios, es el deseo de la felicidad, realizado; la separación de Dios, es el temor de la desgracia, cumplido.

El "Venid á mí," es la llave que abre las puertas del tabernáculo, para inundar

al cristiano en las delicias de la Eucaristía, que son el prelude de las delicias de la Gloria; el "Apartaos de mí," es el aldabón que llama á las puertas del Infierno que condensa con los eternos dolores, las eternas ignominias.

Este "Venid á mí," no es un llamamiento que se dirige únicamente á los justos que están en disposición de acudir tan pronto como se les hace; se extiende también á los pecadores, que para atenderlo tienen que separarse del pecado.

Sus inextinguibles y sonoros ecos vibran sin cesar en los oídos y en el corazón de los primeros, alimentando la felicidad que forma su Bienaventuranza; y vibran á la vez en los oídos y en el corazón de los últimos, que han tenido la desdicha sin nombre de morir en su pecado, juntamente con aquel "Apartaos de mí," que los rechaza al antro de sus dolores, al que se hallan fuertemente atados por las cadenas de su desesperación y su impotencia.

Qué lucha tan desigual, tan desesperante y tan terrible!

El "Venid á mí" los llama: el "Apartaos de mí" los repele.

El "Venid á mí" enciende en ellos el deseo de lanzarse á los brazos de Dios; el "Apartaos de mí" los detiene encadenados al yugo del demonio.

El "Venid á mí" les dice mostrándoles el Cielo: toma posesión de tu herencia; el "Apartaos de mí," les dice señalándoles el Infierno: permanece revolcándote en la angustia de tu necesidad.

El "Venid á mí," parece decirle: te amo y te deseo; el "Apartaos de mí" le dice con toda claridad: te odio y te detesto.

El "Venid á mí" es la entrega más completa que su Padre celestial le hace de sus más preciosos dones diciéndole: "todo lo que tengo es tuyo;" (1) el "apartaos de mí" es el despojo más absoluto, con que su Juez irritado le quita toda su herencia diciéndole: nada tienes ya que ver conmigo.

El "Venid á mí" es la confirmación en que recuerda al justo que sus delicias consisten en estar con él; (2) el "Apartaos de mí" es la confirmación de que no puede soportar su vista.

(1) S. Luc. XV, 31.

(2) Prov. VIII, 31.

El "Venid á mí" es la esencia de la Eucaristía, y abre las puertas de la Bienaventuranza; el "Apartaos de mí" resume todo el infierno, y condensa todos sus horrores.

Quitando, en efecto, el "apartaos de mí" de la sentencia de condenación, el Infierno será imposible; porque el condenado, no estando apartado de Dios, estaría cerca de El y gozaría de su vista, lo que no es ni puede ser el Infierno, puesto que es la Bienaventuranza.

Poniendo en lugar del "Apartaos de mí" el "Venid á mí," es la sentencia de la salvación, y el convite Eucarístico.

Venid á mí, benditos, al fuego eterno.

Al fuego, sí, pues mi corazón es un fuego cuyas voraces llamas se elevan al cielo, elevando hasta él, con las plegarias por los hombres, sus más encendidos afectos.

Estas llamas como lenguas de fuego casi enrojecido..... se retuercen, suben, desaparecen, vuelven á aparecer, se suceden con violencia, como despedidas por un volcan.

Este fuego representa, ya el *inmenso* fuego de amor y dolor del Corazón divino, ya el amor unitivo del mismo Corazón di-

vino con Dios, y de las almas con su Divina Majestad. (1)

El fuego en que, bajo la simbólica forma de lenguas descendió el Espíritu Santo, en el cenáculo mismo, sobre los Apóstoles. (2)

El fuego encendido por el Sacramento que consume, hasta hacer desaparecer el pecado, y aquilata, hasta purificarla por completo, la virtud.

El fuego santo del amor divino, que en el Corazón de Jesús se hizo sentir con los ardores del deseo, y se desbordó sobre el corazón de sus discípulos la noche memorable en que instituyó la Eucaristía; y en el corazón de los cristianos enciende el deseo de recibir á su Dios en este Sacramento.

Y este fuego es eterno, como eterno es este amor con que Dios ama á los Bienaventurados, y los Bienaventurados aman á Dios por los siglos de los siglos.

No es posible formarse una idea siquiera de un lugar envuelto en las tinieblas, sin dirigir sobre él un rayo de luz

(1) Breve explicación del escudo del Apostolado de la Cruz. Págs. 7 y 8.

(2) Act. II, 3.

que ilumine todos sus horrores; y no resplandece en toda su intensidad un cuerpo luminoso, sino proyectado sobre un fondo oscuro.

Así el Infierno se deja ver, en cuanto es posible, al hombre, tal cual es, alumbrado por la luz de la Eucaristía; y la Eucaristía brillará ante los débiles ojos de los mortales con más esplendor, meditada en sus contrastes con el Infierno.

El Infierno es la privación de todos los bienes y el conjunto de todos los males; y la Eucaristía es la ausencia de todos los males, en cuanto á que es la esencia de todos los bienes.

En el Infierno se experimentan en todo su vigor, y constantemente, las amarguras, las humillaciones, la escasez, la esclavitud, la tristeza, la desgracia, la desolación, las tinieblas, el odio, la desesperación, las inquietudes, las desdichas de todo género... el Demonio; y en la Eucaristía se disfrutan con todas sus ventajas, los placeres, la honra, la abundancia, la libertad, la alegría, la felicidad, el consuelo, la luz, el amor, la esperanza, el reposo, la gracia sin límites... Dios.

El Señor en el Infierno "lloverá lazos ó

desastres sobre los pecadores; y el fuego, el azufre y el viento tempestuoso, son el cáliz, ó la bebida que les tocará;" (1) y en la Eucaristía, preparó una mesa abundante delante de los justos y á la vista de los que, en su persecución le tienden lazos, siendo excelente el cáliz que santamente los embriaga. (2)

El pecador en el Infierno "beberá el vino de la ira de Dios, preparado en el cáliz de la cólera divina;" (3) y en la Eucaristía el Señor dará al justo un convite de vinos exquisitos y de manjares mantecosos. (4)

Aquellos en el Infierno serán arrojados vivos en el estanque lleno de fuego y azufre;" (5) y éstos en la Eucaristía "se recrean en las cosas del Cielo, porque su vida está oculta con Cristo en Dios." (6)

En el Infierno los réprobos buscarán la muerte y no la hallarán, desearán morir y la muerte irá huyendo de ellos; (7) los

(1) Ps. X, 7.

(2) Ib. XXII, 5.

(3) Ap. XIV, 10.

(4) Is. XXV, 6.

(5) Ap. XIX, 20.

(6) Colos. III, 2 y 3.

(7) Ap. IX, 6.

fieles en la Eucaristía "pedirán el pan bajado del cielo, y lo sentirán entre sus labios; comerán el pan de la vida y vivirán eternamente. (1)

En el Infierno dirá Dios al pecador obstinado: "tu perdición te viene de tí mismo;" y en la Eucaristía le dice al pecador arrepentido: "sólo de mí te podrá venir el socorro." (2)

"Yo esconderé de ellos mi rostro" (3) dice el Señor refiriéndose á los condenados; "tendré mis ojos fijos sobre tí," (4) dice al cristiano que lo recibe en la Eucaristía.

"Su esperanza ha desaparecido" (5) dice el Espíritu Santo del pecador que ha caído al Infierno; "Yo os daré todos los bienes;" (6) dice el Señor, robusteciendo su esperanza, á los cristianos que se acercan á la Eucaristía.

Todos los males aguardan á el alma en el Infierno; (7) y á el alma en la Eucá-

(1) S. Juan VI, 34 y 52.

(2) Os. XIII, 9.

(3) Deut. XXXII, 20.

(4) Ps. XXXI, 8.

(5) Sab. III, 11.

(6) Gen. XLV, 18.

(7) Deut. XXXII, 23.

ristía, "todos los bienes le han venido por ella." (1)

Los ricos de la tierra en el Infierno "serán consumidos por el hambre;" (2) en la Eucaristía "comerán los pobres y quedarán satisfechos." (3)

En el Infierno "todos los pecadores estarán juntos como un montón de estopa, para ser abrasados por el fuego;" (4) y en la Eucaristía, todos los que la reciben, aunque sean muchos, vienen á ser un solo pan, un solo cuerpo" (5) para glorificar á Jesucristo abrasándose en su amor, representando su muerte, (6) y haciéndolo en memoria suya. (7)

"Tu soberbia—dice el Señor al que está envilecido con este vicio—ha sido abatida hasta los infiernos;" (8) la humildad, haciendo tuyo el Reino de los cielos, (9) te eleva hasta la Eucaristía.

El infierno es el infinito que marca ma-

(1) Sab. VII, 41.

(2) Deut. XXXII, 24.

(3) Ps. XXI, 27.

(4) Eccli. XXI, 10.

(5) 1^a Cor. X, 17.

(6) Ib. XI, 26.

(7) S. Luc. XXII, 19.

(8) Is. XIV, 11.

(9) San Mat, V, 3.

temáticamente la distancia que separa de Dios el alma del réprobo; la Eucaristía es el punto matemático que pone á el alma del cristiano en contacto con Dios, hasta confundirla con El.

El infierno es un abismo, que está lleno por el fuego del odio sostenido por el soplo airado de la Justicia; la Eucaristía es un oceano sin riveras, formado por el fuego del amor, alimentado por el aceite suavísimo de la Misericordia.

Ninguno de los que están en el Infierno puede acercarse á la Eucaristía; ninguno de los que viven en la Eucaristía, puede caer en el Infierno.

En el Infierno los demonios y los réprobos blasfeman de Dios; en la Eucaristía lo adoran los ángeles y los bienaventurados.

En el Infierno vibra siempre en eco prolongado y lastimero, esta aterradora palabra: "Apartaos de mí;" (1) en la Eucaristía se oye sin cesar la vibración armoniosa y dulce de esta palabra consoladora: "Venid á mí." (2)

En el Infierno todo es oscuridad, tor-

(1)- S. Mat. XXV, 41.

(2)- Ib. XI, 28

mentos y alaridos desesperados; en la Eucaristía todo es luz, felicidad y cánticos de amor.

En el Infierno, Dios se esconde para que los condenados no lo puedan ver; Dios se oculta en la Eucaristía, para que los cristianos lo puedan recibir.

En el Infierno, Dios castiga eternamente el pecado; en la Eucaristía, Dios renueva sin cesar el perdón.

En el Infierno todo es amargura; en la Eucaristía todo es felicidad.

En la agonía del pecador, al través de la fatídica luz de la Eternidad, se vislumbra el Infierno; en la comunión del cristiano, á la refulgente luz de la Eucaristía, se contempla el Cielo.

En el Infierno todos sufren; en la Eucaristía todos gozan.

En el Infierno todos *mueren de hambre*; en la Eucaristía todos "tienen pan en abundancia." (1)

En el Infierno todos están oprimidos por pesadas cadenas; en la Eucaristía todos se sientan en brillantes tronos.

En el Infierno todos están malditos de

(1) S. Luc. XV, 17

Dios; en la Eucaristía todos reciben sus bendiciones.

El azufre que hierva en las mazmorras del Infierno, infecta las emanaciones de aquellos abismos; el incienso que se quema delante de la Eucaristía, perfuma la atmósfera del Santuario.

En el Infierno todos están inmóviles, y en su desesperante inacción no pueden ni aun cambiar de postura; en la Eucaristía todos poseen el atributo de la agilidad, y en el arrobamiento de su oración se pueden elevar, y de hecho se elevan hasta el Cielo.

En el Infierno la esperanza ha desaparecido por completo, hasta convertirse en la más opresiva desesperación; en la Eucaristía la esperanza se aviva y toma creces, hasta convertirse en la más completa seguridad.

En el Infierno todos son esclavos; en la Eucaristía todos son libres.

En el Infierno todos son demonios; en la Eucaristía todos son dioses. (1)

Refiriéndose al impío, dicen los Libros

(1) = Ps. LXXXI, 6

Sagrados que "el pecado será su compañero hasta el Infierno, y se olvidará de él la Misericordia divina;" (1) y la Iglesia renueva todos los días al cristiano, la promesa de la Misericordia que de él ha tenido "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." (2)

Para qué proseguir! En todas las páginas santas en que se dejan ver los horrores del Infierno, están veladas las bellezas de la Eucaristía; y en todas aquellas en que lucen ó se transparentan los encantos de la Eucaristía, se descubren, en toda su magnitud, los horrores del Infierno.

Así tiene que ser, y así es en efecto; y el Espíritu Santo confirma esta verdad de sentido común, poniéndole el sello de su infalible palabra cuando dice que "contra el mal está el bien, y contra la muerte, la vida." (3)

Escuchemos los oráculos divinos; recojamos las enseñanzas celestiales; volémos al templo; postrémonos al pie del altar; establezcamos nuestra residencia en

(1) Job. XXIV, 19 y 20.

(2) S. Juan I. 29.

(3) Eccli. XXXIII, 15.

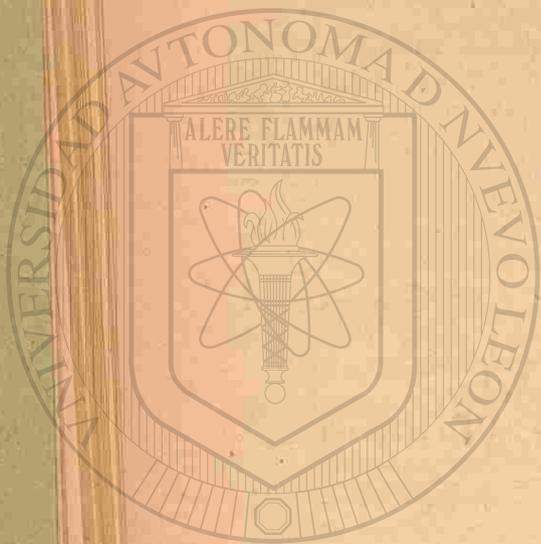
la puerta del tabernáculo, y refugiémosnos dentro del Corazón de Jesús en el Sacramento de la Eucaristía.

Allí no nos seguirá el demonio; allí no estaremos expuestos á los peligros del mundo; allí no recibiremos las heridas del aguijón punzante de la carne; allí nos libraremos del Infierno.



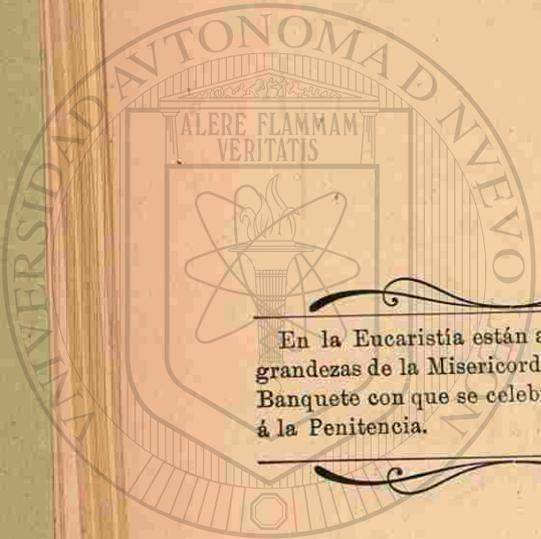
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SEXTO DIA.
EL HIJO PRODIGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En la Eucaristía están acumuladas todas las grandezas de la Misericordia, pues constituye el Banquete con que se celebra el perdón otorgado á la Penitencia.

LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL HIJO PRODIGO.

“Danos de ese pan.” (1) Fué el grito de gozo que se escapó de los labios de los judíos que estaban en la Sinagoga de Cafarnaum cerca de Jesús, cuando este Divino Maestro les habló del “Pan de Dios; de aquel Pan que ha descendido del Cielo y que da la vida al mundo.” (2)

“Muero de hambre.” (3) Fué el grito de angustia que brotó de los labios del Pródigo, que yacía en la ciénega de unos animales inmundos, cerca de las raíces de una encina, cuando su fatigada memoria le trajo el recuerdo de los mercenarios

(1) S. Juan VI, 34.

(2) Ib. 33.

(3) S. Luc. XV, 17.

que en la casa de su Padre tenían pan en abundancia.

“Ven, mi Señor, mi Jesús.” (1) Es el grito de deseo que sale del corazón del cristiano, que postrado al pie del altar, á la puerta del tabernáculo, está cerca de Jesucristo Sacramentado, ansiando recibirlo en su pecho.

Estos tres gritos equivalen á un solo grito, pues los tres son la expresión del mismo deseo, de la misma necesidad, del mismo sentimiento. La Eucaristía.

El deseo de la Eucaristía, la necesidad de la Eucaristía, el amor á la Eucaristía.

“Danos de ese pan.” Esta es la expresión del naciente deseo que la promesa de un bien desconocido, pero revelado por una palabra que penetra, que persuade y que conmueve, despierta en el alma que vejeta por decirlo así, en el abandono de la indiferencia.

“Muero de hambre.” Esta es la manifestación de la apremiante necesidad que domina á el alma que se halla lejos de Dios, y por lo mismo cerca del Demonio, á quien está sujeta por el pecado.

(1) Ap. XXII, 20.

“Ven, mi Señor, mi Jesús.” Este es el desahogo del amor que se desborda del alma que está cerca de Dios, y que dirigiéndose al lugar que le está reservado en la Sagrada Mesa, se inunda en los fulgores de la gracia.

La indiferencia, el pecado, la gracia.

He aquí tres etapas del camino que recorre ó por mejor decir, que suele recorrer el hombre en su azarosa peregrinación por el desierto de la vida, en el que muchos caen y sucumben antes de llegar á la última. He aquí tres estados del alma del cristiano, alumbrada por la luz de la Fe que se le infundió en el Bautismo, y que no ha podido extinguir el huracán de las pasiones. He aquí tres situaciones delicadas y dignas de la más seria atención, que se encuentran con toda exactitud delineadas en la tierna, sublime y encantadora Parábola del Hijo Pródigo. Tres situaciones que se pueden comprender con toda perfección, examinándolas en sus relaciones con la Eucaristía.

El hijo indolente, viviendo en el abandono á expensas de su diligente Padre, sin darse cuenta de las obligaciones que con él tenía ni del bienestar que merced

á su solicitud disfrutaba: hé aquí la indiferencia.

El Hijo ingrato, revolcándose en el lodazal de sus pasiones, con las bestias de sus carnales apetitos que le hacían devorar las bellotas de sus vergonzosos placeres, bajo la tiránica presión de un amo cruel, insolente y déspota: hé aquí el pecado.

El Hijo arrepentido, colgado del cuello de su amoroso Padre, en la casa paterna, siendo el foco de todas las miradas, el objeto de todas las atenciones y el motivo de la general alegría: hé aquí la gracia.

El cristiano tibio, viviendo en la inobservancia, sostenido por la paternal solicitud de la Providencia divina, que ni siquiera agradece, y llamado por el generoso Padre de Familias á un espléndido festín, cuyas delicadas invitaciones ni siquiera escucha: hé aquí la indiferencia.

El cristiano prevaricador, entregado á los negocios, á los placeres y á los honores, revolcándose en el más degradante sensualismo, apartado de la manera más completa, y mucho, de la Sagrada Eucaristía de la que se halla muy distante, co-

miendo bellotas sepultadas en lodo y respirando emanaciones pestilentes y deletéreas: hé aquí el pecado.

El cristiano fervoroso, viviendo en la Ley Divina, retirado de los peligros del mundo, desprendido de las cadenas con que sujeta á sus esclavos el demonio y triunfante en las luchas con la carne; lleno de amor en la Sagrada Mesa, contando, por los latidos de su corazón, los instantes que lo separan de su Señor, de su Jesús, de su Dios, á quien va á recibir en la adorable Eucaristía: hé aquí la gracia.

Sin duda el Maestro Divino, al proponer esta expresiva, bella, misteriosa y significativa parábola á los Fariseos presuntuosos para confundirlos, y á los pecadores arrepentidos para alentarlos, tuvo á la vista la maravillosa Eucaristía, que fué el bello ideal de toda su vida, el testimonio vivo de su amor y el objeto especial del ardiente deseo que manifestó á sus discípulos, de comer con ellos *esa Pascua* antes de su Pasión. Porque en todos y en cada uno de los detalles de tan encantadora Parábola, se reflejan todas y cada una de las bellezas, de las armo-

nías, de las ternuras, de las enseñanzas, de las invitaciones de tan adorable Sacramento.

Nos será dado, aunque sea de lejos y superficialmente, descubrirlas para meditarlas?

Con el auxilio divino, y puestos en la presencia de Dios, vamos á intentarlo.

Dos son, en efecto, los hijos que tiene nuestro bondadoso Padre celestial, en el Padre de la Parábola, representado: el mayor que está en el grupo de los Bienaventurados, y los justos que no lo han ofendido mortalmente; y el menor, personificado en los pecadores.

Estos, no satisfechos, ó por expresarnos mejor, hastiados del bienestar que disfrutaban en la casa paterna, bajo la protección y la Providencia de su Padre Dios, de cuya ley vivían olvidados, en la más peligrosa indiferencia, echaron en torno suyo una mirada de codicia; y sin pasarla siquiera por los cuantiosos bienes de gracia que allí estaban atesorados, la fijaron, con todo el peso de su sensualismo y su avaricia en la salud, inteligencia, honores, placeres, bienes de fortuna, posición y demás bienes de naturaleza de

que se quisieron apoderar, para disfrutarlos en una escala tan amplia como torpemente se las presentaba su calenturienta imaginación; y creyendo indebidamente, que tenían sobre ellos algún derecho, pidieron á su complaciente Padre la parte de dichos bienes que les correspondía como herencia, alejándose en seguida, hasta una región muy distante. A la región del pecado.

Ninguna otra podía estar más lejana de la casa en que está esa mesa espléndida, provista de pan en abundancia: porque aquella casa es la Iglesia; esa mesa es el altar y este pan es la Eucaristía.

Y cuál es la distancia que separa el pecado de la Eucaristía?

“Padre Abraham— exclamó desde el abismo del pecado, el rico sepultado en el Infierno—compadécete de mí, y envíame á Lázaro, para que, mojado la extremidad de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas... Entre nosotros y vosotros— respondió Abraham—está de por medio un abismo insondable; de suerte que los que de aquí quisieran pasar á vosotros, no podrían, ni tampoco de allí pasar acá.” (1)

(1) S. Luc. XVI, 24 y 26.

Este abismo es el que separa el pecado de la Eucaristía: porque ni aquel puede acercarse á ésta, ni esta puede acercarse á aquel.

El pecador puede acercarse á la Eucaristía, pero el pecado no.

Puede acercarse con su dolor, con su penitencia, con su perdón, con sus propósitos pero no con su pecado, que detestó á los piés del Sacerdote; que borró con la sangre de Jesucristo; que hizo desaparecer con una sentencia absolutoria, y sobre el que ha recaído el más completo, el más absoluto, el más espléndido perdón.

Del mismo modo, y por una acción naturalmente recíproca, puede la Eucaristía acercarse al pecador previamente perdonado; pero nunca á un pecador empedernido.

Si el pecador, llevando consigo su pecado, se acercara á la Eucaristía, esta proximidad sería solo aparente; pues en realidad, la distancia quedaría aumentada por el más abominable sacrilegio: y haciendo que la Eucaristía se acercara á él, no haría otra cosa que "comer su propia condenación." (1)

(1) 1^a Cor. XI, 29.

Este contacto entre la Eucaristía y el pecado, no puede existir: pues lejos de que aquel adorable Sacramento llevara á el alma la gracia, preservándola del pecado, reagrararía éste, haciéndolo casi imperdonable.

En esta región tan lejana donde el Pródigo fué á establecer su residencia, sobrevino la calamidad del hambre, cuyos estragos se hacían sensibles por la muerte.

Y cómo no, si la Eucaristía es el único alimento verdadero, que quien lo come no muere, porque es el Pan de vida! (1)

El Pródigo sin recursos, porque los había agotado; sin amigos, porque sus cómplices habían huido; sin vestidos, pues los ricos de la gracia, se los había manchado con los impuros vinos de la orgía, y hecho girones con los zarzales en que en su embriaguez se había precipitado; sin que nadie pudiera socorrerlo, pues todos los que en la región del pecado habitaban, estaban tan hambrientos, tan desnudos, tan pobres y tan necesitados como él; y des-

(1) S. Juan, VI, 48, 50 y 56.

pués de haberlo sacrificado todo, se vió en el duro, pero inevitable caso, de ponerse al servicio de un amo cruel, déspota, injusto y tirano, entregándosele de una manera incondicional.

Este amo, que en el caso del pecador, es el demonio, habitaba en una granja inmunda, pues su hacienda consistía en una piara de animales igualmente inmundos, que con toda propiedad representan los pecados.

Revolcándose en el fango del más impuro sensualismo; cubiertos con el lodo que al más insignificante de sus movimientos salpica; masticando las bellotas de sus asquerosas pasiones y respirando una atmósfera viciada, nauseabunda y corrompida, yacen hacinados en el fondo de los lodazales, los repugnantes cerdos, como están los pecados en la conciencia del pecador; como están los demonios y los condenados en el Infierno.

El hambriento Pródigo, espejo fiel que reproduce al hombre que ha tenido la desgracia de pasar de la indiferencia al pecado, sin repugnancia ni horror á aquel asqueroso foco de inmundicia, se lanza en él hundiendo los pies, empapándose el

vestido y salpicándose el rostro, para disputar á aquellos animales las bellotas y aliviar ligeramente su extrema necesidad.

Así el pecador, manchándose y envileciéndose en el crimen en cuyos antros se precipita, se hunde en el fango del juego; se salpica con el lodo de la embriaguez; se revuelca en el cieno de la prostitución; y en estos vicios, y en el hurto, y en el fraude, y en la posición, y en las riquezas, y en la intriga y y casi en todos sus actos, están las bellotas con que pretende saciar el hambre que le devora.

Qué lejos está el Pródigo de la casa de su Padre: de aquella casa donde se sirve aquella mesa en la que todos los que se acercan tienen pan en abundancia!

Qué lejos está el pecador de la casa de Jesucristo: de aquella casa donde se sirve aquella mesa en la que el generoso Padre dice á todos á los que á ella se acercan: "Comed, amigos y bebed, comed hasta quedar satisfechos; bebed hasta quedar embriagados!"(1)

Y el Pródigo y el pecador, conmue-

(1) Cant. V, 1.

ven la atmósfera con las ondulantes vibraciones de un amargo suspiro, que saliendo del fondo del corazón angustiado, formula, condensando en ella toda su apremiante necesidad, esta dolorosísima queja: "Muero de hambre" (1)

Muero de hambre! grita el Pródigo, abrumado por una necesidad que está poniendo fin á su existencia.

Muero de hambre! ruge el pecador, oprimido por un peso que está haciéndolo oscilar junto al abismo de la desesperación.

Aqué! infeliz, cegado por la necesidad, sin retraerse de la pestilente atmósfera con cuya fetidez estaba familiarizado, ni sentir repugnancia por aquella inmundicia de la que se hallaba cubierto, se precipita al lodazal en que los cerdos comían, y les arrebató las bellotas que "nadie le daba." (2)

Este miserable, obcecado por la pasión, sin detenerse ni horrorizarse ante el asqueroso espectáculo del vicio, del que ha hecho ya una costumbre, se arroja al

(1) S. Luc. XV, 17.

(2) Ib. 11.

abismo en que los pecados fermentan, y les arrebató esos deleites impuros que lo envenenan y lo matan.

No es posible pasar sin detenerse, aunque sea por brevísimos instantes, en el interesantísimo detalle que consigna el Evangelio, cuando dice que las bellotas que el hambriento pródigo comía, "nadie se las daba."

Esto, en la parte material, deja entender que él tenía que proporcionárselas; y para ésto necesitaba sumergirse en el lodo, mojarse la ropa, salpicarse el rostro y aún exponerse al daño que para defenderlas pudieran hacerle los cerdos á quienes iba á disputarlas.

En la parte espiritual, significa que nadie obliga al hombre al pecado: pues estando el acto de cometerlo representado por el de comer las bellotas, así como éstas nadie las daba al Pródigo, para aquél nadie fuerza al pecador.

Es verdad que éste tiene la tentación á un lado, como aquel tenía las bellotas á su vista; pero uno y otro necesitaban poner su contingente de voluntad, sin la que no les sería posible hacer nada.

El pecador ve las pasiones que ansía

por satisfacer, en medio de los vicios, como el Pródigo veía las bellotas que ansiaba por devorar, en medio de los animales; y como él, necesita hundirse en el fango de la culpa; manchar con el lodo el ropaje de la inocencia; salpicarse el rostro con el cieno de la degradación; y para llegar á cometer el pecado, sufrir el daño del envilecimiento.

Pero aún hay otros detalles de los que se desprenden otras consideraciones.

Qué marcado es el contraste que éstas nos ofrecen, entre el Pródigo, comiendo bellotas lejos de la casa paterna, y el hijo regalándose en ella con manjares delicados! Entre el pecador, dando gusto á sus pasiones, que no es otra cosa que un pródigo comiendo bellotas, y el cristiano regalándose con el manjar celestial en el Banquete Eucarístico!

Las bellotas que come el pecador, están llenas de tierra, puesto que sobre la tierra se han regado, y son insípidas en su sabor; cubiertas de lodo, puesto que del lodo las ha recogido, y este lodo envilece, ensucia y envenena; nadie se las ha dado, teniendo él que proporcionárselas por sí mismo, sacándolas de las inmundicias

de los pantanos, donde están como arrojadas al acaso.

El manjar con que se alimenta el cristiano, es verdaderamente celestial, puesto que es "el pan vivo bajado del cielo" (1) que "encierra en sí toda delicia;" (2) se halla teñido con sangre que redime, que lava y que refresca, y es invitado con las más vivas y cordiales instancias á tomarlo (3) por el mismo que lo ha dispuesto cuidadosamente, en una mesa espléndidamente preparada. (4)

Y no solamente comiendo bellotas, no solamente comiendo el pecado, forma contraste el pecador descarriado, con el cristiano fiel y con el pecador arrepentido: toda la vida del uno, es una completa antítesis de la vida del otro: antítesis que á veces se hace sensible por aparentes semejanzas.

El Pródigo en quien el pecador empedernido está con tanta exactitud representado, se halla sólo en su destierro, puesto que el mundo no se ocupa de él;

(1) S. Juan VI, 51.

(2) Sab. XVI, 20.

(3) Cant. V, 1.

(4) Ps. XXXII, 5.

el cristiano está solo en su oración, puesto que no se ocupa del mundo.

El Pródigo, se halla á la orilla de un inmundo pantano, en cuyo cenagoso fondo puede hundirse y encontrar la muerte; el cristiano se halla cerca de una cristalina fuente, cuyas transparentes aguas saltan hasta la Vida Eterna.

El Pródigo, lejos de la casa paterna, yace reclinado y casi caído sobre el tronco de una espigada encina, cuyo estrecho follaje no lo libra de los abrasadores rayos del Sol; el cristiano, en la casa de su Padre celestial, está postrado al pie del árbol Eucarístico, cuyo extenso follaje lo pone al abrigo del ardiente sol de las pasiones.

Los labios del Pródigo se agitan en movimientos convulsivos, para sólo pronunciar el nombre de "pan," que no puede ni probar; porque aunque lo hay "en abundancia," pero únicamente en la casa de su Padre, de la que se halla muy lejos; los labios del cristiano se abren en imperceptible movimiento, para recibir "el Pan de vida" (1) que en ellos se deposita,

(1) S. Juan VI, 48

porque está en el cenáculo de la casa de su Padre y sentado en su mesa.

De los vidriosos ojos del Pródigo, brotan amargas lágrimas que tuestan sus mejillas; de los velados ojos del cristiano, resbalan lágrimas dulcísimas que refrescan el alma.

El Pródigo ve su felicidad pasada, únicamente en su memoria, á donde la lleva el recuerdo; el cristiano saborea su presente felicidad, en el fondo de su corazón, á donde la lleva el Sacramento.

Aquel recuerdo hace nacer en el corazón del Pródigo, la luz de la esperanza; este Sacramento enciende en el corazón del cristiano, el fuego del amor.

El Pródigo se levanta para retroceder en su camino; el cristiano se levanta para seguir en el suyo.

El Pródigo vuelve á su Padre, para decirle "pequé contra tí;" (1) el cristiano, que no se separa de su Padre, "te amo—le dice—sobre todas las cosas."

El Pródigo tiene absoluta necesidad de volver sobre sus pasos; al cristiano le basta seguir su camino.

El Pródigo camina desnudo, y la intemperie lo atormenta; hambriento, y la ne-

(1) S. Luc. XV, 18 y 21.

cesidad lo debilita; descalzo, y las espinas y las rocas despedazan sus pies: el cristiano está vestido con el ropaje de la gracia, y las pasiones no tienen acceso sobre él; se alimenta con el pan de vida, y no siente la debilidad que es precursora de la muerte; lleva el calzado de la fortaleza, y huella con pie firme las asperezas del camino.

La marcha del Pródigo en busca de su Padre, es la representación de la vía purgativa; la marcha del cristiano en seguimiento de su Dios, es la representación de la vía iluminativa.

El Pródigo, para levantarse, necesita hacer un esfuerzo casi sobrehumano, porque está caído; el cristiano puede caminar solo con los esfuerzos naturales y el auxilio constante de la gracia, porque está en pie.

El Pródigo lleva el semblante cubierto por la vergüenza; el cristiano luce en su frente la satisfacción.

Cada paso que da el Pródigo por el accidentado camino que lleva, es un tropiezo; cada paso que da el cristiano por el fácil camino que recorre, es un adelanto. Por los ojos del Pródigo, resbalan las lá-

grimas de la más amarga tristeza; brillan en los ojos del cristiano, los destellos de la más dulce alegría.

El Pródigo se dirige á la casa paterna como extranjero; el cristiano entra á la casa paterna como á su propia casa.

En los convulsivos labios del Pródigo, se agita en vacilantes movimientos esta terrífica palabra: yo te he ofendido; de los conmovidos labios del cristiano, se escapa, sin que sea posible detenerla, esta consoladora afirmación: yo te amo.

El Pródigo no sabe si su Padre, justamente ofendido, le concederá el último lugar entre los mercenarios que le sirven; el cristiano ocupa el puesto que su Padre, excepcionalmente amoroso, le ha concedido entre los hijos que lo aman.

A medida que el Pródigo se acerca al punto en que le amenazan la indignación y el castigo, sube de punto su temor; mientras más de lleno penetra el cristiano á la fuente de donde ve brotar el perdón y la gracia, siente más lisonjera su esperanza.

Las encontradas y vigorosas emociones que fermentan en el corazón del Pródigo, cuando ya tiene á la vista la casa de su

Padre, lo detienen, lo hacen vacilar y lo ponen á punto de retroceder.

Pero su tierno y generoso Padre, ya lo vió; y obedeciendo los impulsos de su corazón nobilísimo, apresuradamente sale á su encuentro; y antes de que su hijo abra los labios para confesarle su delito, él le abre los brazos para envolverlo en su perdón. (1)

Y de qué depende ésto?

No nos remontemos hasta la Eternidad, donde está Dios en el trono de su Omnipotencia, fijando sus augustas miradas en todos y cada uno de los seres de la humanidad que va á crear con su palabra omnipotente: fijémonos en el año trigésimo tercero de la Encarnación del Verbo divino, cuando está Jesucristo en la mesa del amor, fijando sus conmovidos ojos en todos y cada uno de los seres de la humanidad creada y por crear; especialmente en aquellos que con su sangre preciosísima va á redimir, y á quienes no sólo ve, sino que les habla. Porque en efecto, al hablarles á sus discípulos, que representaban toda su Iglesia, de que eran la base,

(1) S. Luc. XV, 28.

hablaba á todos los cristianos, que son hijos, y parte constitutiva de esta Iglesia.

Con esa mirada penetrante que profundizaba todas las épocas, todos los lugares, todos los corazones, dijo á los cristianos desde la mesa de la Institución de la divina Eucaristía: En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición. (1)

Y como para El no había pasado ni futuro, pues todas las cosas y todos los acontecimientos estaban á su vista en un clarísimo presente, muy bien “sabía quién era el que le había de hacer traición.”(2)

Sabía en efecto, y veía desde entonces, quién era el pecador, representado por el Pródigo de su parábola, que le había de traicionar ofendiéndolo.

Y lacerado su corazón de Padre, al ver la ingratitud representada por ese abandono, no aparta los ojos del camino por el que su hijo se ha ido, y por el que espera verlo volver: porque el camino que se recorre por el pecado, es el mismo que se desanda por el arrepentimiento.

Cuando el pecador está aún vacilante,

(1) S. Mat. XXVI, 21.—S. Marc. XIV, 18.—S. Luc. XXII, 22

(2) S. Juan XIII, 11.

y quizá no ve con la claridad de que la percepción humana es susceptible, la magnitud y la deformidad de la culpa, el confesor lo llama, le abre la puerta de su tribunal; y mientras con una mano lo estrecha contra su corazón, para manifestarle su ternura, con la otra toma la sangre de la Redención que tiene á su alcance, para lavar aquella alma que está inmundada, asquerosa y pestilente.

Hijo mío, debió decir al Pródigo su Padre, cuánto tiempo hace que te ausentas de mi lado! cuánto tiempo hace que no te veo! cuánto tiempo hace que te estoy esperando! Y el Pródigo entonces, "y el hijo conmovido ante tan elocuente y sublime testimonio de perdón, de generosidad y de ternura, siente renacer su amor; su falta le parece más grande; ya no le preocupa su situación, sino el haber ofendido á un Padre tan amoroso; y en la vehemencia de su dolor, y en la fuerza de su arrepentimiento, Padre mío, le dice, he pecado contra el Cielo y delante de tí; no soy digno de llamarme hijo tuyo." (1)

Hijo mío, dice el confesor, al pecador

(1) Impresiones de un Ejercitante.—Pág. 162.

que se llega á él arrepentido, "cuánto tiempo hace que no te confiesas?" cuánto tiempo has estado sumido en el pecado? cuánto tiempo lejos de Dios?

Y el pecador entonces, á la luz de la gracia de la que ha empezado á recibir los destellos y á sentir los toques, ve su falta más grave y más injustificada de lo que antes la había visto; ya no es su situación lo que le alarma, ni el castigo lo que le aterra; el dolor de haber ofendido á un Padre tan amoroso, á un Dios tan bueno, desarrolla en él esa contrición que hace á los verdaderos penitentes; y más con el corazón que con la boca, confiesa haber pecado gravemente con el pensamiento, la palabra y la obra; y por su culpa, por su culpa, por su gravísima culpa, haberse hecho indigno de ser hijo de Dios.

Al pronunciar el Pródigo tan significativas palabras, su Padre se precipita á sus brazos; él se cuelga del cuello de su Padre, y los dos se confunden en el mismo abrazo, en el mismo beso, en la misma ternura, en el mismo deseo, en el mismo amor. Puede con toda propiedad decir

se, que el Padre está en el hijo y el hijo está en el Padre.

Y éste, hondamente conmovido por las necesidades de aquél, manda á sus criados que lo vistan y lo calcen; pone en su dedo su propio anillo, y dispone que se mate la ternera mejor cebada, para celebrar un festín.

Así cuando el pecador, en unión estrechísima con el Sacerdote, confiesa su culpa, y se confunde con él en identidad de sentimientos, Dios manda á sus Ministros, como el Padre de la parábola á sus criados, que le pongan el vestido de la gracia, el calzado de la fortaleza, el anillo de la reconciliación y de la alianza, y que preparen un espléndido festín, inmolando, para él, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Y cuando el Pródigo está ya vestido; y cuando el pecador está ya perdonado; y cuando se acerca al Banquete Eucarístico; y cuando se regala con el manjar deliciosísimo del Cordero que se ha inmolado, puede, con mayor propiedad decirse, porque lo dijo la verdad infalible, que Jesucristo está en él, y él está en Jesucristo.

Y cuál es el efecto de esta unión?

Que no morirá para siempre; que tiene la vida eterna; que resucitará en el último día. (1) Esto sabe, esto siente, esto dice hoy, el que decía ayer "muero de hambre."

Pero con razón! Ayer estaba en una región muy lejana, y hoy está en la casa paterna; ayer estaba sucio, desnudo y oprimido, y ahora está limpio, vestido y perdonado; ayer se alimentaba con las bellotas de los cerdos, y hoy se regala con el pan de los ángeles; ayer se revolcaba en el fango del abandono, y hoy se sienta en la mesa del amor; ayer era extranjero, y hoy está en su patria; ayer sufría como esclavo, y hoy goza como hijo; ayer envidiaba á los mercenarios de la casa de su Padre, y hoy ocupa el primer lugar en ella; ayer hasta los animales inmundos lo ofendían, y hoy hasta los espíritus celestiales lo respetan; ayer era el ludibrio de la tierra, y hoy es la alegría del cielo; ayer era un infeliz, y ahora es un bienaventurado; ayer estaba confundido con los

(3) S. Juan VI, 55.

cerdos, y hoy está transformado en Dios; ayer se hallaba envilecido por el pecado, y hoy se halla sublimado por la Eucaristía.

Qué diferencia! Qué contraste! Qué distancia entre aquél *ayer* y este *hoy*! La distancia, la diferencia y el contraste entre la muerte y la vida, entre el pecado y la gracia, entre la tierra y el cielo.

En el perdón del Pródigo está representado el amor más intenso, la ternura más entrañable, la misericordia más espléndida, la generosidad más asombrosa de un Padre verdaderamente amoroso para con su hijo verdaderamente arrepentido; y toda esta generosidad, esta misericordia, esta ternura y este amor, están, como en su propio centro, en la Sagrada Eucaristía.



SETIMO DIA.

LA PASION



cerdos, y hoy está transformado en Dios; ayer se hallaba envilecido por el pecado, y hoy se halla sublimado por la Eucaristía.

Qué diferencia! Qué contraste! Qué distancia entre aquél *ayer* y este *hoy*! La distancia, la diferencia y el contraste entre la muerte y la vida, entre el pecado y la gracia, entre la tierra y el cielo.

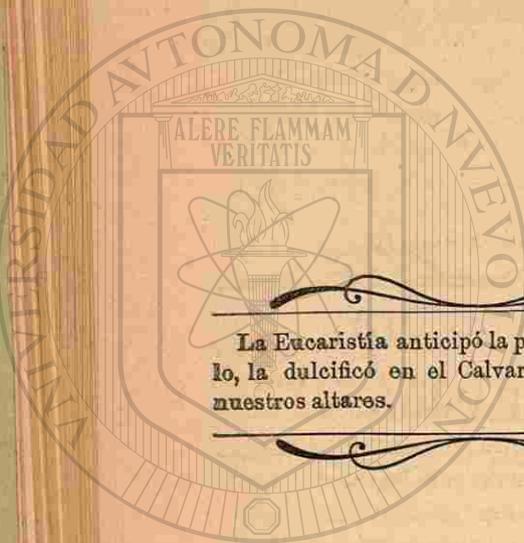
En el perdón del Pródigo está representado el amor más intenso, la ternura más entrañable, la misericordia más espléndida, la generosidad más asombrosa de un Padre verdaderamente amoroso para con su hijo verdaderamente arrepentido; y toda esta generosidad, esta misericordia, esta ternura y este amor, están, como en su propio centro, en la Sagrada Eucaristía.



SETIMO DIA.

LA PASION





La Eucaristía anticipó la pasión en el Cenáculo, la dulcificó en el Calvario y la perpetúa en nuestros altares.



LA SAGRADA EUCARISTIA Y LA PASION.

Como en el foco de una poderosísima lente convergen y se reúnen los rayos que la atraviesan, y concentran en él, acumulándola, toda la intensidad de su calor y de su luz, así convergen todas las meditaciones, todas las prácticas, todos los afectos, todas las impresiones, todos los propósitos, todo el ideal, si nos es lícito expresarnos así, de todos los días anteriores, en el día de la Pasión, que es el día clásico de los Ejercicios Espirituales. Y de la misma manera, todas las verdades, todos los principios, todos los dogmas, todos los misterios, todas las maravillas, todos los milagros, toda la economía en fin, de la Religión, convergen hacia la por-

tentosa Eucaristía, donde acumulan y concentran todas sus grandezas, todos sus encantos, toda su sabiduría, toda su sublimidad, todo su amor.

La Eucaristía! La Pasión! Dos palabras aparentemente distintas, y que son una sola en la realidad. Que parecen expresar dos ideas diferentes, y que entrañan un mismo sentimiento. Que parecen estar separadas por un abismo inconcebible, y que están confundidas en un solo punto matemático: y esta confusión, y esta identidad, que hace de estos dos misterios uno solo, hace resaltar sus aparentes diferencias; porque la Pasión es un punto oscuro, que para ver con toda claridad sus sombras, es preciso alumbrar con la luz de la Eucaristía; y la Eucaristía es un punto luminoso, que para apreciar en toda su intensidad sus resplandores, hay necesidad de proyectarlo sobre el oscuro fondo de la Pasión.

Al solo recuerdo de la Pasión, el espíritu se llena de tristeza; á la simple mención de la Eucaristía, siente de lleno la felicidad.

La Pasión termina con la muerte; la Eucaristía es el principio de la vida.

Al meditar en la Pasión, el alma se envuelve en los crespones de su luto; para asistir á la Eucaristía, tiene que engalanarse con el vestido nupcial.

En la Pasión están acumuladas todas las ingratitudes, todas las crueldades, todo el odio, toda la malicia de los hombres; en la Eucaristía estan condensados todos los beneficios, todas las ternuras, todo el amor, toda la santidad de Jesucristo.

La Pasión fué un dolor, ó por mejor decir, una serie de dolores, que se hicieron sentir en un solo hombre; la Eucaristía es una dicha, ó por mejor decir, la síntesis de todas las dichas, que se extiende á toda la humanidad.

La Pasión se realizó en un solo lugar y un solo día; la Eucaristía se derrama por todo el mundo y en todos los tiempos.

La Pasión pone de bulto la magnitud de la miseria humana; la Eucaristía es el testimonio de la inmensidad de la grandeza divina.

La Eucaristía tiene su asiento en la Pasión como en su propio centro: antes de que ésta se efectúe, la anuncia, la prepara y la anticipa; después que se ha verificado, la reproduce, la perpetúa y la con-

serva. Y así con toda propiedad se dice que la Eucaristía no es otra cosa que la Pasión perpetuada en nuestros altares: la Pasión que anticipó en el Cenáculo la memorable noche de su maravillosa Institución.

Si la Pasión y la Eucaristía son una misma cosa, Jesucristo, al darnos la Eucaristía, nos da su Pasión.

Mas cómo puede ser ésto, cuando la Pasión es amarga, muy amarga, tan amarga, que su amargura excede, con mucho, á todas las amarguras de la tierra; y la Eucaristía es dulce, muy dulce, tan dulce, que su dulzura solamente iguala á las dulzuras del Cielo?

Ah! Porque Jesucristo absorbió para sí todo lo amargo de la Pasión, para dejarnos á nosotros todo lo dulce de la Eucaristía.

A la inteligencia humana no le es dado comprender, que de dos personas que ocupan una misma mesa, comen un mismo manjar y se sirven de un mismo plato, una sienta el acerbo gusto de la hiel, y la otra se recree con el sabor delicado del almíbar.

Pero ésto es así, por más que no se comprenda: porque la Eucaristía, no solamente es un milagro, sino el milagro de los milagros.

No pretenderemos comprenderlo: nos limitaremos á meditarlo.

En qué consiste la Eucaristía? O examinando esta cuestión más en concreto: en qué consiste la Comunión, en cuyo acto, el más solemne sin duda en la vida del cristiano, recibe tan admirable Sacramento?

No lo podemos dudar: en recibir en la hostia consagrada, el Cuerpo, la Sangre, el alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

La acción de recibir es inseparable de la acción de dar: pues para que haya quien reciba, es necesario que haya quien dé; y en la Sagrada Comunión, Jesucristo es quien da, y el cristiano es quien recibe.

Jesucristo, al dar su cuerpo, tiene que despedazar su carne, sufriendo todos los dolores del desgarramiento; y el cristiano, al recibirlo, experimenta el placer que causa el delicado sabor del Pan del Cielo "que encierra en sí toda delicia. (1)

(1) Sab. XVI, 20

Para dar Jesucristo su sangre, necesita hacerla salir de sus venas perforadas por la dilatación, ó destrozadas por el tormento; el cristiano, al recibirla, no puede menos que beberla gozoso: pues además de que refrigera y embriaga, derrama la alegría (1) en el corazón y engendra la virtud de la pureza que forma las delicias de las vírgenes. (2)

Jesucristo, al darnos su alma, anticipa, por decirlo así, el instante en que va á separarla de su cuerpo la muerte, exhalándola entre las ondulantes vibraciones de un suspiro en que deja salir su tristeza, su angustia y su congoja; y el cristiano no cabe en sí de alegría al sentir, que esta alma viene á santificar la suya.

La divinidad de Jesucristo, solamente le sirvió en su Pasión, para sostener su humanidad, que sin este sostén habría, desde Gethsemaní, sucumbido, aumentando, por decirlo así, su capacidad para el sufrimiento; dándole fuerzas para que llegue á aparecer “un varón de dolores”.

(1). Cant., V l.

(2). Zac. IX. 17.

(1) un gusano y no un hombre: (2) y al comunicarsela al cristiano, lo trasforma en Dios. (3)

Es verdad que estos padecimientos ya no los sufre Jesucristo en el altar, donde se inmola místicamente, porque es imposible; pero todo lo sufrió en su Pasión realizada, y todo se reproduce en su Pasión perpetuada, ó en la Eucaristía.

Jesucristo, al padecer en su Pasión, se adelantó con sus padecimientos, para ceder su mérito, poniéndose en contacto con él, al cristiano que comulga; y el cristiano, al recibir la sagrada comunión, recibe á Jesucristo que en aquellos instantes solemnísimos, apuró todos los tormentos de su Pasión, cuya naturaleza, intensidad y carácter no podremos apreciar, sino solo aproximadamente en la Eternidad, para hacer disfrutar á los hombres, en toda la sucesión de los tiempos, los goces de la Eucaristía.

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, reúne en sí con unión hipostática é indisoluble, en la más perfecta armonía

(1) Is. LIII. 3.

(2) Ps. XXI. 7.

(3) Ps. LXXXI. 6.

la naturaleza divina y la naturaleza humana: es decir, lo infinitamente grande, y lo infinitamente pequeño; milagro que reproduce y hace sensible en los rasgos principales de su vida misteriosa.

En un instante imperceptible, encierra todos los tiempos; en un punto matemático, es decir, sin extensión y sin figura, hace caber todo el espacio; en una partícula microscópica, contiene á todo un Dios.

Y en aquel instante pequeñísimo, están todos los instantes de su vida, y por consiguiente todos los instantes de su Pasión; en aquel punto imperceptible, está todo el universo, y por lo mismo, todos los lugares de su Pasión; y en esta partícula impalpable . . . está la Eucaristía.

No es, en vista de ésto, para Dios, uno el tiempo en que sufrió su Pasión, y otro en que se nos da en la Eucaristía: y estos dos actos, que para nosotros son diferentes, para El, son un solo acto.

Mas prescindiendo de esta simultaneidad, que nuestra insignificancia no nos permite comprender, y en la que solamente nos fijaremos para penetrarnos de que Dios en su Pasión, es el mismo Dios de la Eucaristía, y que los goces que nosotros

disfrutamos en ésta, irremisiblemente recuerdan los tormentos que Jesucristo sufrió en aquella, encadenaremos á aquella sucesión nuestras religiosas meditaciones, concretandolas, para hacerlas fructuosas, en algunos de tantos interesantísimos detalles.

La Pasión y la Eucaristía! Lo hemos dicho ya, y no nos cansaremos de repetirlo, mientras no nos cansemos de admirarlo: dos palabras diferentes que expresan la misma idea y traducen el mismo sentimiento, por sus analogías, por sus semejanzas, por su significación, por sus misterios, por sus armonías, y aún por sus detalles aparentemente más secundarios y más insignificantes.

Basta fijar en la Pasión la vista, aunque sea superficialmente, y sin pasar ni una línea más allá del simple relato histórico, para palpar ciertos pormenores que por su pequeñez pasan casi inadvertidos.

Basta fijar la vista, aunque sea de una manera igualmente superficial, en la Eucaristía, para descubrir en ciertos pormenores en los que no se fija la atención, aquellas armonías, aquellas semejanzas, aquellas relaciones.

Jesucristo consumó su Pasión en una roca; Jesucristo realiza la Eucaristía sobre una piedra: aquella roca es la del monte Calvario, llamado de la calavera, por ser lugar de muerte; esta piedra se llama ara, por ser la piedra del sacrificio.

Jesucristo, al ser clavado en la cruz por los verdugos en la roca del Calvario, fué elevado, á la vista de la muchedumbre agrupada allí para presenciar el espectáculo, entre el Cielo y la Tierra; y al ser llamado á la hostia, por el Sacerdote en el ara del altar, es elevado á la adoración de los fieles, reunidos en el templo para venerar el misterio.

“Cuando levantareis en alto al Hijo del hombre—dijo Jesucristo refiriéndose á su crucifixión—conocereis quién es;”(1) y así sucedió exactamente: pues á su muerte, “el Centurión y los que con él estaban guardando á Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedían, se llenaron de temor y decían: Verdaderamente este hombre era hijo de Dios;”(2) y cuando en la santa Misa es elevada la hostia consagra-

(1) S. Juan. VIII, 28.

(2) S. Mat. XXVII, 54.—S. Marc. XV, 39.

da, todos los que están en el templo reconocen, confiesan y adoran el verdadero cuerpo y el alma verdadera de Nuestro Señor Jesucristo.

En la roca del Calvario, sale en excepcional abundancia la última porción de su sangre, de sus numerosas heridas abiertas, como de otros tantos manantiales: en la columna del Pretorio, sale en abundantes borbotones, la sangre de sus arterias destrozadas por la flagelación más inhumana: en la columna de los improperios del mismo Palacio, corre en copiosísimos chorros, la sangre de su delicada frente traspasada por las espinas de la más bárbara coronación: las piedras del camino de la Cruz, se tiñen con la sangre que corre por su cuerpo y chorrea de sus pies: en la roca del Gethsemaní, salen, en un sudor extraordinario, las primeras gotas de su sangre, de todos los poros de su delicado cuerpo; y en el ara del altar, corre en la transustanciación milagrosa, toda la sangre derramada en el Gethsemaní, y en el Pretorio, y en la Via Dolorosa, y en el Calvario.

Jesucristo habla en el Calvario, y sus palabras se reproducen en el altar en eco

prolongado á la vez que interminable: allí habla por sí mismo; y aquí por boca de su Ministro, que en el sacrificio del Altar lo representa.

En el Calvario pide el perdón para los que tanto lo han atormentado, y esta petición sale envuelta en su primera palabra; la primera palabra que pronuncia por el Sacerdote en la grada del altar, es de perdón para los que tanto le han ofendido, y á quienes él representa; sirviendose del salmo que brotó de la inspirada Lira del Profeta, cuando en medio de sus tribulaciones se consolaba con la esperanza de los bienes celestiales.

Este grito de perdón, lo repite el Sacerdote, al dar el primer paso para subir al altar; y por nueve veces al comenzar el sacrificio; y por otras muchas en todo el curso de él.

En el silencio de muerte que reina en el Calvario, de tiempo en tiempo interrumpido por el murmullo de la muchedumbre que se remolinea al pié de la Cruz, se escucha entre las vibraciones de un congojoso suspiro, una fervorosa plegaria: "Acuerdate de mí"; (1) "acuerdate de mí,

(1) S. Luc. XXIII, 42.

es la plegaria que formulan todos los labios en el silencio del santuario, interrumpido por las oraciones de los fieles que se agrupan al pié del altar. Y Jesucristo, en inmediata contestación, promete la bienaventuranza en el Paraíso; (1) como el Sacerdote, en inmediata ceremonia, la concede en la Sagrada Comunión.

Jesucristo dirige una mirada investigadora y profunda en torno suyo, y ve á su Madre, y ve á su discípulo. Ve, pues tratándose del Hombre Dios, no podemos decir que recuerda, á la humanidad, en los umbrales del Eden, en los momentos de perderse, como ahora la ve en torno de su Cruz, en los momentos de salvarse.

Allí contempla á la infernal serpiente triunfante en el árbol del Paraíso, con la cabeza erguida; y aquí la mira junto al árbol de la Cruz, vencida y con la cabeza quebrantada.

En sus oídos vibra esta encantadora palabra: "Mujer," que escuchó el mundo como una promesa y escuchó el Infierno como una amenaza; y ahora conmueve su corazón esa "Mujer," en la que

(1) San Luc. XXIII, 43.

aquella promesa está cumplida, y aquella amenaza está realizada: y le dice llamándola en el Calvario con el mismo nombre con que fué llamada en el Eden; y ratificando la misión sublime que se le encomendara desde entonces: "Mujer, hé aquí á tu hijo." (1) Como si dijera: He aquí aquel por cuya salvación, fuiste en la mente del Eterno concebida, y en sus labios augustos fuiste criada. He aquí aquel por quien con tan heróico valor has combatido contra el demonio cuya cabeza has quebrantado: por defenderlo has combatido; y puesto que por tu triunfo lo has salvado, sigue luchando, sigue defendiéndolo, sigue salvándolo.

Y dirigiéndose al discípulo, en quien toda la humanidad estaba representada, "He aquí le —dijo— á tu Madre." (2)

En esta Madre está representada la Iglesia, y en este hijo están representados los cristianos.

A ella le dejó su fundador divino, todos los tesoros con que enriquecer á sus hijos, y muy especialmente el manjar precioso

(1) S. Juan XIX, 26.

(2) Ib. 27.

con que poder alimentarlos; este manjar es la Eucaristía, que encierra á la vez estos tesoros; puesto que para aprovecharlos se necesita el estado de gracia, cuya posesión supone este admirable Sacramento.

"He aquí á tu Madre!" Estas palabras, dichas por Jesucristo á su discípulo amado, las repite todos los días á los cristianos, cuando por su autorizado Ministro les dice: hé aquí la Iglesia, hé aquí sus tesoros, hé aquí sus gracias, hé aquí sus medios de santificación, hé aquí sus sacramentos, "hé aquí el Cordero de Dios." (1)

Todo lo que necesita el hijo lo encuentra en la madre; todo lo que necesita el cristiano lo encuentra en la Eucaristía.

Jesucristo va á morir, víctima del odio y de la crueldad de los judíos; pero más que estos innobles y degradantes sentimientos, le preocupan su obcecación y su perfidia, no se conforma con que se pierdan, y aún hace un nuevo esfuerzo por salvarlos.

Allí están todos, ó casi todos los miem-

1 S. Juan I, 29.

bros del Sanhedrin, que subordinando su dignidad á su pasión, se habían mezclado en confusión vergonzosa con la plebe; y sujetándose á las vejaciones del despotismo romano, habían acudido á presenciar el espectáculo, y más aún, á vencer cualquier obstáculo que pudiera entorpecer la crucifixión.

A ellos les eran familiares las Escrituras; y les bastaba, por lo mismo, fijarse en ellas, para persuadirse de que todo lo que allí estaba pasando, era el cumplimiento de las profecías relativas al Redentor.

Jesucristo quiso recordarselas, para que despertando su memoria, encadenaran su entendimiento y conmovieran su corazón.

Dando la preferencia al profético salmo XXI, que más bien que obra de un profeta que presagia acontecimientos futuros, parece de un cronista que hace la relación de hechos pasados, parece decirles: leed y comparad. Ved que "los gritos de los pecados de que me he hecho responsable, alejan de mí la salud," (1) "Soy un gusano y no un hombre, el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Todos los que

(1) 7, 8, 9, 12, 14, 15, 16, 17, 18, y 19.

me miran hacen mofa de mí, con palabras y con meneos de cabeza diciendo: En el Señor esperaba, que lo liberte y lo salve. ya que tanto lo ama"....."no te apartes de mí, porque se acerca la tribulación, y no hay quien me socorra." "Abrieron su boca contra mí, como leon hambriento y rugiente. Me he disuelto como agua, y todos mis huesos se han desencajado. Mi corazón está como una cera, derritiéndose dentro de mis entrañas. Todo mi verdor se ha secado, como un vaso de barro cocido: mi lengua se ha pegado al paladar, y me van conduciendo al sepulcro. Porque me veo cercado por una multitud de perros rabiosos; me tiene sitiado una turba de malignos. Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar uno por uno todos mis huesos. Pusieronse á mirarme despacio y á observarme: repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica."

No era posible que los Sanhedritas, al recordar este profético salmo, dejaran de observar la identidad que existe entre lo que en él se anuncia, y lo que en Jesucristo se realiza: por eso el divino, sabio y misericordioso Redentor, quiso tocar sus razones tocando su memoria; y para des-

pertar en ella este recuerdo, con voz clara, conmovida y penetrante, hizo vibrar en sus oídos estas misteriosas palabras con que el expresado salmo comienza: "Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?" (1)

Los ecos de estas expresivas palabras, que al chocar, como templado acero, el corazón de pedernal de los judíos, debió producir una chispa de luz, quedaron para ellos sin efecto, pues cerraron ante ellas los ojos, y volvieron á quedar envueltos en las tinieblas de una noche interminable. Estos ecos no se perdieron en la candente y agitada atmósfera del Calvario: vigorosos, vibrantes, claros y significativos, se escuchan aún y se escucharán hasta el fin del mundo en los corazones cristianos.

La respuesta que dió el Eterno Padre, á esta doliente y gemebunda queja, no la consignan los Evangelistas, pero la descubre nuestra meditación.

Te he desamparado, parece decirle el Padre á quien se dirige, porque teniendo sobre tí los pecados todos de la humanidad, aunque sin mancharte con su contacto,

(1) S. Mat. XXVII, 46.—S. Marc. XV, 34.

pues únicamente los has tomado para satisfacer por ellos, he querido demostrar que el pecador moribundo que se conserva en el pecado, incurrirá en mi desamparo, exponiéndose al terrible castigo de la impenitencia final.

Te he desamparado, porque al hacerte nacer entre las pajas de Belén, quise que aparecieras en ellas como un grano de trigo; como el gérmen del "pan vivo bajado del Cielo," (1) que debía ser triturado y remolido por los tormentos de la Pasión, para ser convertido en harina, y poder con ella formar pan.

Te he desamparado, para que pudieras, como la uva, ser pisado en el lagar por los mismos cruelísimos tormentos, para exprimir todas tus arterias, y extraer de ellas toda tu sangre, á fin de poder preparar vino.

Te he desamparado, porque mi desamparo era necesario para tu muerte, y tu muerte era indispensable para la Redención.

Te he desamparado, en fin, para que en

(1) S. Juan VI, 51

tu Pasión se forme pan y vino, se forme la Eucaristía.

Es pues la Eucaristía, la conservación de la Pasión, ó por mejor decir, la Pasión misma; y la Eucaristía, y la Pasión, son la consecuencia de mi desamparo. Por eso sufres tu Pasión; por eso has instituido la Eucaristía; por eso te he desamparado.

Jesucristo acababa de salvar una alma del pecado; de trocar un criminal en un santo; de arrancar un laurel á la victoria; de conquistar un trofeo, que lucir al final de la batalla como testimonio de su triunfo.

Pero aunque esto era mucho, puesto que una sola alma vale tanto como la sangre del Redentor, para la caridad de este Redentor, para sus deseos, para su sacrificio, era muy poco.

Esto solo sirvió, digamoslo así, usando nuestro lenguaje que es el único de que podemos servirnos para expresar nuestras ideas, para avivar sus deseos; y así como el que se halla abrasado por una sed ardiente, no la siente mitigarse, sino recrudescer, cuando solo se ha humedecido los labios con una gota de agua, y en el extremo de su necesidad le parecen pocas

las aguas de todos los rios que se extienden y corren á su vista, así á nuestro Redentor adorable le parecían pocas todas las almas de todas las generaciones que ante su vista omnipotente iban pasando; y si lo que hasta esos instantes había sufrido, y que era más que suficiente para salvar millones de mundos, solo hubiera bastado para salvar una alma, Jesucristo, para salvarlas á todas, no habría vacilado en que todos estos sufrimientos se multiplicasen por el número de ellas.

Esto lo expresó por una nueva queja, en la que manifestó toda la vehemencia de sus deseos, toda la intensidad de su amor, todo el rigor de su necesidad, diciendo: "Tengo sed;" (1) con cuya palabra quiso volver á tocar el corazón de los judíos, refrescando su memoria, pues las Escrituras consignan esta sed sufrida por el Mesías entre los tormentos de su Pasión. (2)

Mientras los Príncipes de los Sacerdotes no quisieron comprender la significación de esta palabra, la desenfrenada soldadesca le dió una significación muy res-

(1) S. Juan. XIX, 28.

(2) Ps. LXVIII, 22.

tríngida, tomándola solo en su sentido material.

Esta sed, en esta significación restringida, estaba bien justificada. El cansancio de las marchas aceleradas; la fatiga de un movimiento para nada interrumpido el calor sofocante de la hora; la vehemencia de los dolores causados por tantos y tan variados tormentos; el peso de la cruz sobre su cuerpo despedazado por una flagelación cuyo solo pensamiento horroriza; la cantidad de sangre perdida, desde el Gethsemaní hasta la crucifixión; los tormentos, los dolores y todos los fenómenos fisiológicos que acompañaban á este bárbaro suplicio; la vergüenza que le causó el ser tantas veces despojado de sus vestidos.... todo este conjunto del que no es posible formarse idea ni en un solo detalle, era más que suficiente para desarrollar una sed, capaz de secar todo su verdor, dejándolo como una vasija de barro cocida, y haciendo que su lengua se pegara á su paladar. (1)

Ademas de estas causas naturales, hay

(1) Ps. XXI, 16.

otra, de un orden sobrenatural, que da la explicación de esta sed material.

El hombre peca, y mucho, por la boca: en la boca debió sufrir, y mucho, Jesucristo, para satisfacer por estos pecados, de una manera especial, y por decirlo así, exclusiva; y esta satisfacción debió consistir, en el mismo tormento en que consiste el castigo de dichos pecados cuando no están satisfechos.

Y en qué consiste este castigo?

El mismo Jesucristo nos lo da á conocer en términos que no nos es posible dudar.

“Hubo cierto hombre muy rico —nos dice— que tenía todos los días espléndidos banquetes.” (1) Es decir, que pecaba con la boca, ya encenegándose en el grosero vicio de la gula, del que forma parte la embriaguez, ya dando rienda suelta á la lengua en la que tanto se ofende á Dios por el pecado, y tanto se falta á la caridad, por la murmuración.

“Murió este rico y fué sepultado en el Infierno; (2) y desde aquel lugar, donde

S. Juan XIV, 15.

Ib. 22

los sufrimientos son tantos, y tan variados, y tan intensos, y tan generales, solo pedía el alivio de uno, el de la sed: suplicando á Abraham permitiese que el justo Lázaro que en el mundo no había tenido que comer, (1) humedeciera en agua su dedo, y con su contacto le refrescara la lengua, porque la sed le abrasaba. (2)

Jesucristo no se quejaba de las espinas que penetraban en su cabeza; ni de los clavos que habían taladrado, y desgarraban sus miembros; ni de la cruz cuya aspereza renovaba sus llagas; ni del sol cuyos candentes rayos recrudecían el ardor de sus heridas: era que había un dolor superior á todos sus dolores? que un tormento se abría paso entre todos sus tormentos? que una necesidad se sobreponía á todas sus necesidades?

Sus labios densamente pálidos se abren para dar paso á las ondulaciones de un prolongado suspiro, en el que expresa la necesidad que le domina. "Tengo sed."

Estas palabras tienen una estrecha ana-

(1) S. Luc. XV, 21.

(2) Ib. 24.

logía con aquellas en que el cristiano temeroso, que está anhelante por recibir la sagrada Comunión, expresa su necesidad al pie del altar, cuando con voz entrecortada dice: "Muerdo de hambre." (1)

Pero qué diferencia en los efectos que producen unas y otras palabras!

En el Calvario, aplican á los sedientos labios del Redentor, dos cosas que forman una mezcla nauseabunda: hiel y vinagre; en el altar se acercan á los labios hambrientos del cristiano dos cosas, también, que son la materia de un sacramento admirable: los accidentes de pan y vino.

Pan que alimenta y vino que embriaga; pan que fortalece y vino que regocija; pan que baja del cielo, (2) y vino que engendra vírgenes; (3) pan que es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y vino que es su preciosísima sangre; pan y vino que son los accidentes de la sagrada Eucaristía.

La mezcla emponzoñada y corrompida, que la insolencia más cruel y la crueldad

(1) S. Luc. VI, 51.

(2) S. Juan IV, 15.

(3) Zac. IX, 17.

más insolente llevó á los augustos labios de la sagrada víctima, fué por ésta rehusada, "no la quiso beber." (1)

Cómo! El que aceptó no solo con resignación, sino con alegría, todos los ultrajes y todos los tormentos, rehusa sufrir este nuevo tormento, recibir éste último ultraje?

Esta repulsa, como todos los actos del Salvador, debe encerrar un misterio, tener una significación y envolver una enseñanza; y esta enseñanza, esa significación, y aquel misterio, tienen que ser grandes; tienen que ser sorprendentes; tienen que ser sublimes; tienen que ser dignos de El, es decir: dignos de Dios.

Todo lo que pasa en la Cruz, lo contempla el Cielo, lo contempla la Tierra, pues la Cruz se halla elevada entre la Tierra y el Cielo; lo recoje, lo estudia y lo medita el Cielo; lo recoje, lo estudia y lo comenta la Tierra: pues la Cruz es el Púlpito donde se derraman sobre la Tierra las enseñanzas del Cielo.

Cuando se examina superficialmente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, como

(1) S. Marc. XV, 23

desgraciadamente lo hacen muchos, y los más de los cristianos, parece que en todos sus detalles, desde su prisión hasta su sepultura, obró por la presión de voluntad estrañas que no cesaron de quebrantar la suya.

Las calles por donde lo llevan; los tribunales á que lo conducen; los funcionarios ante quienes lo presentan; las palabras que le dirijen; los ultrajes que le hacen; los golpes que le prodigan; los azotes que le dan; las heridas que le infieren; los tormentos á que lo sujetan; la arbitrariedad con que lo juzgan; el desprecio con que lo tratan; la iniquidad con que lo sentencian; el suplicio en que le dan la muerte... todo parece depender de voluntades estrañas; pero no es así.

Ya cerca de ocho siglos antes, refiriéndose á su Pasión, había hecho decir á su Profeta, á cuya visión presentó como pasados los acontecimientos futuros, que "se inmoló porque quiso inmolarsé;" (1) y unos días antes de su muerte decía á los judíos: "yo doy mi vida por mis ovejas, si bien para volverla á tomar. Nadie me la

(1) Is. LIII, 7

arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, pues soy dueño de darla y dueño da recobrarla.” (1)

Y de ésto dió la prueba más clara, más terminante y más convincente el día antes de su Pasión, en que anticipó ésta, al instituir la Eucaristía.

Siendo ésto así, Jesucristo se inmolaba á sí mismo en el Calvario, como unas horas antes se había inmolado en el Cenáculo; no solo con toda su voluntad, sino con el mayor, el más ardiente, el más irresistible de los deseos. Es decir, que al mismo tiempo que la Víctima, era el Sacerdote de este solemne Sacrificio; y como tal, debía ejercer su Ministerio, con arreglo á la ley á que había querido sujetarse y á que se hallaba sujeto. Pues el que estando aún en el seno de su Madre se sujetó á la ley del empadronamiento; y á los pocos días de nacido, á la ley de la circuncisión; y á los cuarenta, á la de la presentación y el rescate; y un poco despues, á la del tributo judío, para cuyo pago, que en cierta ocasión no podía hacer, por su excesiva pobreza, tuvo que

(1) S. Juan X, 17 y 18

acudir al milagro; (1) y siempre, y hasta esos momentos, á la de la celebración de la Pascua, no podía dejar de acatar y obedecer los ritos que normaban el ejercicio sacerdotal.

“Ni tú ni tus hijos-dijo el Señor al Sumo Sacerdote-bebáis vino ni bebida que pueda embriagar, cuando entréis al Tabernáculo del Testimonio. . . . por ser éste un precepto perpetuo para vuestra posteridad.” (2)

Conforme, pues, á este precepto, no debía beber vino, puesto que, al hacer el sacrificio de hostia pacífica, debió considerarse en el Tabernáculo del Testimonio, donde el sacrificio se hacía, (3) y no lo bebió.

En segundo lugar, Jesucristo, al sufrir su Pasión, pensaba en la Eucaristía; como al instituir la Eucaristía, pensaba en su Pasión; puesto que estos dos misterios se hallan tan íntimamente relacionados entre sí, que casi forman uno solo. Por lo que, el vino que mereciera figurar en el uno, debería ser el mismo del otro, sin cu-

(1) S. Mat. XVII, 25.

(2) Lev. X, 5

(3) Ib. III, 2, 8 y 13; IV, 4, 5, 15, 16, 24, 29 y 33.

ya semejanza, no podía ser aceptado. Semejanza que no existía ni podía existir, puesto que el vino consagrado en la Eucaristía, es exquisito; y el que le dan en su Pasión está corrompido y hecho vinagre: el uno es purísimo; el otro, una mezcla repugnante: el primero alegra por su gusto delicado; el segundo mortifica por su sabor nauseabundo: aquel conforta; éste envenena: Jesucristo puso el de la Eucaristía en los labios de sus amigos, entre las ternuras de su amor; los enemigos de Jesucristo ponen el de la Pasión en sus labios divinos, entre las manifestaciones de su odio.

Además, el vino de la Eucaristía, no es otra cosa, que la sangre de la Pasión; como la sangre de la Pasión, no es otra cosa, que el vino de la Eucaristía.

La mezcla, pues, que acercaron á los labios del Salvador, no pudo ser por El admitida, y fué por lo mismo, rechazada.

El vino de la Eucaristía, convertido por Jesucristo en su sangre y puesto por El en los labios de los apóstoles, fué el ósculo ardiente de amor y de bondad, con que selló la alianza más estrecha con sus amigos, á

quienes ya no llama siervos, (1) y á los que pronto va á dar la mayor y más terminante prueba de amor, entregando su vida por ellos; (2) el vinagre de la Pasión, puesto por los verdugos en los labios de Jesucristo, fué el ósculo frío del odio y la felonía, con que su hipócrita enemigo sella la traición horripilante que prepara el más horrendo deicidio.

Por eso el Maestro divino, al sentir el contacto de aquel beso sacrílego, exhala una queja; y la víctima inmaculada, al sentir la ponzoña de este sacrílego atentado, retira los labios.

El silencio se ha restablecido en el Calvario.

El gentío que lo cubría, y como el oleaje formado por la tempestad iba á estrellarse contra el enérgico *atrás* de la Centuria Pretoriana, espantado por las sombras que desde la hora de sexta comenzaron á cubrir la tierra, (3) se alejó como un torrente que se despeña.

Jesucristo, á la luz de aquellas densas tinieblas, leía en el libro de la Historia,

(1) S. Juan XV, 15

(2) Ib. 13.

(3) S. Mat XXVII, 45. S. Marc. XV, 33 S. Luc. XXIII, 44

abierto por su presciencia, todo lo que en él estaba escrito relativo á su Pasion, de lo que solamente faltaba unos momentos antes, el cumplimiento de lo que siete siglos hacia habia dicho, haciendo vibrar las gemebundas cuerdas de la lira del Profeta Rey: "Presentaronme hiel por alimento, y en medio de mi sed me dieron á beber vinagre." (1)

Pero este hecho se acababa de realizar; esta Profecía se acababa de cumplir, y por consiguiente ya nada faltaba: y entonces, imprimiendo con su palabra infalible el sello de verdad que corresponde á las divinas Escrituras, y de una manera muy especial á las Profecías, dijo con un acento informativo á su Padre, dejándose escuchar de todo el mundo.

Ya la mision que traje á la Tierra está cumplida; ya la humanidad pecadora está salvada; ya la Justicia divina está satisfecha; ya la cuenta pendiente está saldada; ya la deuda contraida está cubierta; ya nada me queda que hacer aquí, porque todo está concluido: yo debo volver del mundo al Padre, porque "Todo está consumado."

(1) Ps. LXVIII, 22.

E inclinando la cabeza, entregó su espíritu." (1) Con una atronadora voz, cuyos robustos ecos se están escuchando todavía, llamó á la muerte, que solo esperaba esta órden para herirlo, envolviendo esta órden de su omnipotente autoridad en estas palabras de su respetuosa confianza: "Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu." (2)

Por poco que medite el cristiano que comulga sobre el augusto Sacramento de la Sagrada Eucaristía, se verá conducido de la manera más lógica y natural, á esta ineludible consecuencia: "todo está consumado."

Dios, siendo Todopoderoso, infinitamente poderoso, ha agotado en este Sacramento la grandeza de su poder, penetrando, por decirlo así, en las regiones del imposible, puesto que ya no puede darnos más: todo su poder está consumado.

Siendo infinitamente sabio, no sabe qué más podrá darnos: toda su sabiduría está consumada.

Siendo infinitamente rico, ya nada le queda que darnos: toda su riqueza está consumada!

(1) S. Juan XIX, 30.
(2) S. Luc. XXIII, 46.

Y toda su misericordia, y todo su amor, y toda su bondad, y todas sus gracias, y todo lo que pudo y quiso hacer por nosotros....todo está consumado.

No le queda ya al cristiano venturoso que comulga, otra cosa que hacer, que inclinar la cabeza, abrumado por el incommensurable peso de un don tan espléndido; con la robusta voz de su corazón emocionado, decir "ven," al que al venir le trae la vida, y que solo espera este fervoroso llamamiento para acercarse; y convirtiendo en ardiente plegaria las palabras de deseo pronunciadas por el Sacerdote en el instante solemnisimo, decirle á su Redentor Sacramentado: Jesu mio, en tus manos pongo mi alma; guárdala para la vida eterna.....Y embriagado con el delicioso vino de tan inmensa felicidad, caer desplomado y sin sentido como en el lecho blando de un hogar apacible, en el palpitante Corazón, abierto para él, de Nuestro Señor Jesucristo.

Qué pasa entonces por él? Qué sucede en estos momentos inexplicables, porque son de Cielo, en el venturoso cristiano que comulga?

Hay entre el hombre y Dios, además de

los lazos naturales que ligan á la criatura con su Criador, otros lazos sobrenaturales y divinos, más íntimos, más dulces, más sagrados, más indestructibles, que lo *religan* con El, y constituyen la Religión (*Religación*.)

Estos lazos están constituidos por una cadena de gracias que Dios nos da y de deberes que para El tenemos; de cuyos eslabones extremos, uno parte de su divino Corazón, y el otro se halla articulado en el nuestro.

El primero es de fierro, y está fundido en los tormentos de la Pasión; el segundo es de oro, y lo está en el amor de la Eucaristía: pues como con tanta exactitud lo hace observar un preclaro Príncipe de la Iglesia, (1) "el mayor sufrimiento para Jesucristo, fué la Pasión; y la mayor felicidad para nosotros, es la Eucaristía."

Esta maravillosa cadena se contrae, por decirlo así, acercando más y más sus eslabones extremos, hasta ponerlos en contacto, confundiendo los hasta hacer de ellos uno solo; y uno solo, los dos corazones que enlazan; y uno solo también los

(1) Mons. de la Bonillierie.

misterios que representan: el corazón del cristiano identificado con el Corazón de Jesucristo; el Misterio de la Eucaristía, con el Misterio de la Pasión.

Esta unión estrechísima—dirémos con la Autoridad antes citada—que existe entre la Pasión y la Eucaristía, es para nosotros un pensamiento consolador y una felicidad verdadera. “la Pasión es amarga para Jesucristo y para nosotros; mas la Eucaristía que le está unida, vino á dulcificarla para su corazón y para el nuestro”. “Gustémos ahora—dirémos para concluir—de éste piadoso pensamiento, que uniéndolo en nuestro espíritu la Pasión y la Eucaristía, nos hará amar una y otra con más ardor: la Pasión, porque á ella debemos la institución de la Eucaristía; y la Eucaristía, porque para gozar de sus delicias, no han podido menos que ser necesarios los sufrimientos y la muerte de un Dios.”



ULTIMO DIA.
LA GLORIA



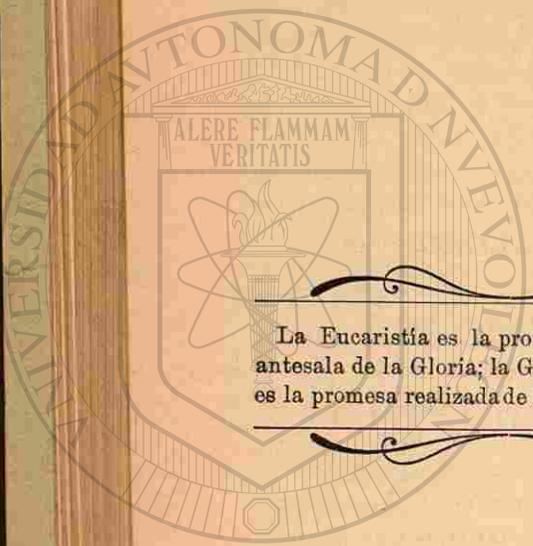
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

misterios que representan: el corazón del cristiano identificado con el Corazón de Jesucristo; el Misterio de la Eucaristía, con el Misterio de la Pasión.

Esta unión estrechísima—dirémos con la Autoridad antes citada—que existe entre la Pasión y la Eucaristía, es para nosotros un pensamiento consolador y una felicidad verdadera. “la Pasión es amarga para Jesucristo y para nosotros; mas la Eucaristía que le está unida, vino á dulcificarla para su corazón y para el nuestro”. “Gustémos ahora—dirémos para concluir—de éste piadoso pensamiento, que uniéndolo en nuestro espíritu la Pasión y la Eucaristía, nos hará amar una y otra con más ardor: la Pasión, porque á ella debemos la institución de la Eucaristía; y la Eucaristía, porque para gozar de sus delicias, no han podido menos que ser necesarios los sufrimientos y la muerte de un Dios.”

ULTIMO DIA.
LA GLORIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Eucaristía es la promesa de la Gloria; la antesala de la Gloria; la Gloria misma: la Gloria es la promesa realizada de la Eucaristía.

LA SAGRADA EUCARISTIA Y LA GLORIA.

Ver á Dios: amar á Dios: poseer á Dios: gozar de Dios. Hé aquí la gloria!

Ver á Dios: amar á Dios: poseer á Dios: gozar de Dios. Hé aquí la Eucaristía!

La Gloria, pues, está en la Eucaristía! La Eucaristía no es otra cosa que la prenda anticipada de la Gloria!

La Eucaristía! La Gloria!

La Eucaristía en el tiempo! La Gloria en la Eternidad!

La Gloria que semejante al Océano salido de Madre, que se abre paso por las movedizas arenas, y deposita una porción de sus aguas en el interior de los continentes, se desborda, por decirlo así de la

Eternidad; y abriéndose paso con los encantos del prodigio, invade el tiempo y deposita en él sus gracias en la Eucaristía.

La Eucaristía, que semejante á los ríos cuyas aguas en impetuosas corrientes se precipitan al mar, confundiendo con él y participando de sus propiedades, se derrama sobre los diques del tiempo, y penetra á la Eternidad, hundiéndose en el Océano de la Gloria, siendo una misma cosa con ella por los encantos que encierra; por las bellezas que absorbe; por la dulzura que contiene; por la felicidad que constituye.

Ver á Dios en la Gloria! Ver á Dios en la Eucaristía!

En la Gloria se ve á Dios cara á cara; con esa luz directa, luz purísima del Cielo, que permite disfrutar de la visión beatífica, que es la esencia de la Bienaventuranza: en la Eucaristía se ve á Dios al través del misterio; con esa luz reflejada del Cielo; luz sobrenatural que se llama la Fé, y que se infunde á el alma en el Bautismo.

En la Gloria está Dios, tal como El es

en sí: en la Eucaristía está Dios, tal como se halla en la Gloria.

La vista de Dios constituye la felicidad de la Gloria; es la gloria misma: la Presencia Real de Jesucristo, constituye la grandeza de la Eucaristía; es la misma Eucaristía.

En la Gloria están reunidos muchos de los que en el tiempo se alimentaron con la Eucaristía: en la Eucaristía se alimentan muchos de los que en la Eternidad se han de reunir en la Gloria.

S. Pablo fué arrebatado al tercer Cielo, es decir á la Gloria, pues el primer cielo es el del aire, y el segundo el de los astros, y disfrutó allí goces que no es lícito al hombre proferirlos ó explicarlos; (1) y los goces de la Sagrada Mesa exceden no solo á toda palabra, sino tambien á toda concepción.

El venturoso desterrado de Patmos, trasportado en espíritu á la Gloria, vió "un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido" (2) Jesucristo, en la

(1) 2.ª Cor. 2 y 4.

(2) Ap. XXI, 1.

Institución de la Eucaristía, dió á sus discípulos su sangre, como el sello del Nuevo Testamento ó la nueva alianza, (1) por que la antigua alianza estaba destruida y la ley antigua iba á desaparecer.

El mismo vidente vió la ciudad santa, la nueva Jerusalem, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo; y una voz robusta que venía del trono decía: "ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres. . . . hé aquí la Esposa del Cordero": (2) El cristiano ve en la Eucaristía descender del Cielo por la mano del Sacerdote, al Rey de aquella ciudad, engalanado con todo lo que tiene, pues se va á desposar con el alma: ve á su Ministro abrir el tabernáculo que los hombres han construido para Jesucristo, y lo oye que mostrándole la sagrada forma le dice: "He aquí el Cordero de Dios." (3)

"Toda la Escritura —dice S. Agustín— nos exhorta á desprendernos de la tierra, y dirigir nuestras miradas al Cielo": toda nuestra creencia nos excita á alejarnos del

(1) S. Mat. XXVI, 28. S. Marc. XIV, 24 S. Luc. XXII, 2

(2) Ap. XXI, 2, 3 y 9.

(3) S. Juan I, 29.

mundo, y fijar nuestros ojos en la Eucaristía.

En la Gloria hay una luz que nunca deja de brillar; en la Eucaristía, la luz de la Fé no deja nunca de resplandecer.

"Los elejidos —dice Isaías— verán al Rey de los Cielos en la Gloria, en la plenitud de su grandeza; (1) los cristianos verán á Dios en la Eucaristía, en la plenitud de su amor.

"En la Gloria los elejidos ven á Dios sin interrupción:" en la Eucaristía los cristianos pueden ver á Dios sin cesar.

"En la Gloria —dice S. Agustín— brilla Aquel que no puede estar contenido en ningun lugar:" en la Eucaristía, decimos nosotros, se oculta Aquel que no cabe en el Universo.

En la Gloria —prosigue aquel Santo— "se oye una armonía que no limita el tiempo:" en la Eucaristía se percibe un silencio más dulce que todas las armonías.

"Allí se respira un perfume que no se llevan los vientos:" aquí sopla un viento que se halla impregnado de todos los perfumes.

(1) XXXIII, 17.

“Allí se saborea un placer que no altera la saciedad:” aquí el alma robustece su saciedad con el placer.

“Allí se ve á Dios sin esfuerzo, se le conoce sin temor y se le alaba sin interrupción:” aquí se le ve con la Fé, se le conoce con la esperanza y se le alaba con el Amor.

Allí están los Bienaventurados siempre delante de Dios: aquí los cristianos están, siempre que lo quieren, en su Presencia Sacramental.

Todos los divinos atributos de Dios aparecen claramente á los ojos de los elegidos en la Gloria: todos estos mismos atributos, los ven, con los ojos de la Fé, los cristianos, en la Eucaristía.

En la luz de la Gloria ven los elejidos la luz que inunda el rostro del Señor: (1) entre las sombras del Misterio Eucarístico ven los cristianos resplandecer la luz que irradia del mismo rostro divino.

En la Gloria la razón está plenamente iluminada por la luz del Cielo, y no tiene que temer el error: en la Eucaristía el

(1) Ps. XXXV, 10.

alma está profundamente iluminada por la luz de la Fé, y descansa en la verdad.

“Dios en la Gloria -dice S. Agustin -es el gran sol que preside el eterno día de la Bienaventuranza celestial:” Dios en la Eucaristía, es el gran sol que alumbra y preside el día limitado de la peregrinación de su Iglesia.

En la Gloria está “lo que el ojo no vió” (1) porque lo dilata la inmensidad; en la Eucaristía lo que el ojo no ve, porque lo envuelve el misterio....

Amar á Dios! este es otro de los atributos de la Gloria. Amar á Dios! este es otro de los atributos de la Eucaristía.

Ver á Dios y amarle, todo es uno: pues de todo punto imposible es ver sin amar, y sin amar mucho, y sobre todas las cosas, á “un Dios infinitamente bueno, santo, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas, causa de todàs las causas y que encierra en sí todas las perfecciones posibles é imaginables.”

Es, pues, natural amar á Dios tan pronto como se le ve; y en fuerza de este amor, tornar á verlo; y al verlo una vez más,

(1) Is. LXIV, 4. —1^o Cor. II, 9.

volver á amarlo: siendo su vista el alimento más poderoso de su amor, y su amor un lazo que no deja apartarse de su vista.

Tampoco es posible dejar de amar al Padre tierno, amante y generoso, que, "habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó señaladamente hasta el fin." (1) Pero no hasta el fin de su vida; que ésto, aunque siendo mucho considerado de una manera absoluta, es poco, muy poco, excesivamente poco, en relación con la naturaleza de su amor, conforme á la que "el Divino Salvador amó á los suyos hasta el exceso; los amó con un amor sin límites en extensión é infinito en duración; con un amor, en suma, que llega hasta donde Dios puede amar." (2)

Y hasta dónde puede llegar este amor?

Solamente Jesucristo nos lo puede decir, porque solamente El puede hasta ese límite llegar. "Ninguno ama más —nos dice— que el que da la vida por sus amigos." (3)

Y en qué tiempo; y en qué lugar; y en

(1) S. Juan XIII, 1

(2) Mac Carthy.

(3) S. Juan XV, 13

qué circunstancias hace Jesucristo esta solemne afirmación á sus discípulos, y en ellos á su Iglesia; y en ellos á todos los cristianos; y en ellos á nosotros?

En los momentos más solemnes de su vida! En los momentos en que se disponía para pasar del mundo al Padre! En los momentos en que envuelta en sus últimas palabras les dirige su tierna despedida! En los momentos en que les presenta el testimonio más irrecusable y les da la prueba más patente de su amor! En los momentos, en fin, en que da su vida por ellos: místicamente primero, despedazando por sí mismo su delicado Cuerpo para dárselos como manjar, y derramando por su propia mano su preciosa Sangre para dárselas como bebida; y materialmente después, recibiendo la muerte de los verdugos romanos.

En el Cenáculo de Jerusalem! En aquel templo, modelo de todos los templos; en que se levantó aquella ara, la primera de todas las aras; en que se inmoló aquella Víctima, figurada por todas las víctimas; en que se celebró aquel Sacrificio, el más santo de todos los sacrificios; en que se

consagró el primer pan; en que se pronunciaron las primeras palabras sacramentales y se ordenaron los primeros sacerdotes.

Cuando la misión redentora del Hombre Dios tocaba á su término! Cuando efectuaba el prodigio de morir y seguir viviendo; de irse al Cielo y quedarse en el mundo; de alejarse de los hombres y permanecer á su lado; de la Institución, en fin, de la maravillosa Eucaristía.

En la Eucaristía está pues, condensado todo el amor de Dios hacia los hombres.

Pero este amor no encuentra aquí su término, puesto que aquí se encierra otra promesa. Promesa que es bajo diversas formas expresada, y de diversos modos repetida; siendo en todas esas formas, y en todos esos modos, la promesa de la Gloria.

“En la Casa de mi Padre —les dice en su afectuosa despedida— hay muchas mansiones.... Yo voy á preparar lugar para vosotros. Y cuando yo haya ido y os haya preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, esteis tambien vosotros.” (1)

(1) S. Juan XIV, 2 y 3.

Ya antes habia dicho á los judíos en Cafarnaum, refiriéndose á la Eucaristía: “Quien comiere de este pan vivirá eternamente.” “Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.” (1)

Hé aquí el amor de Dios eslabonando la Eucaristía con la Gloria! Hé aquí la Gloria y la Eucaristía teniendo por base el amor de Dios!

Y para hacer más íntimas estas relaciones, representando en ellas la unión más comun y más estrecha entre El y los hombres, dice en Cafarnaum: “Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él.” (2) Y después en el Cenáculo: “Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros.” (3) “Yo estoy en mi Padre, y vosotros estais en mí, y yo en vosotros. Cualquiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos mansión dentro de él.” (4)

El amor es un sentimiento mutuo, reci-

(1) S. Juan VI, 52.

(2) S. Juan VI, 57.

(3) Ib. XV, 4.

(4) Ib. XIV, 20 y 23.

proco, doble, por explicarnos así, que el que lo siente es á la vez amante y amado; pues al mismo tiempo que lo da lo recibe; y así se desprende de las palabras citadas.

Si Dios ama al hombre, el hombre debe amar á Dios: y este amor que es natural en el hombre y la esencia de su vida, es el principio de su felicidad; la que se halla sujeta á una graduación armoniosa: el amor á Dios por la práctica de la virtud cumpliendo con el primero de los preceptos de la ley divina; el amor á Dios por la unión íntima con El en la Sagrada Eucaristía; el amor á Dios, disfrutando de la plenitud de la Bienaventuranza en la Eternidad de la Gloria.

Dios vino una vez al mundo por la Encarnación, para redimir al hombre; y entonces le manifestó su amor, dándole sus preceptos: Dios viene todos los días al mundo por la Eucaristía, para santificar al hombre; y entonces le manifiesta su amor, uniéndose con él: Dios vendrá por última vez al mundo, por el Juicio, para juzgar al hombre; y entonces le manifestará su amor, llevándolo consigo á la Gloria.

“Ama con todas tus fuerzas á Aquel que te dió la vida” (1) destinándote para su Gloria; ama con todas tus fuerzas á Aquel que te conserva la vida alimentándote con la Eucaristía.

En la Eucaristía está la santificación que es el fin de la vida presente: en la Gloria está la salvación, que es el fin de la vida futura.

La Gloria es la obra más perfecta que salió de la Sabiduría de Dios: la Eucaristía es la invención más admirable que salió de su divino amor.

La Gloria fué hecha por la mano misma de Dios: y por esta misma mano fué instituida la Eucaristía.

Jesucristo compró para nosotros á su Padre celestial, las moradas de la Gloria, y las pagó con su sangre y con su muerte: su sangre que derramó, y su muerte que anticipó en la Eucaristía.

A la Gloria solo puede entrar el alma por la gracia, que es amor: á la Eucaristía no puede acercarse el alma en pecado que es odio.

“Los justos —dice el Evangelio— res-

(1) Ecei. VII, 32

plandecerán como el sol en la Gloria :”(1) los cristianos, decimos nosotros, arden como el fuego en la Eucaristía.

Como el fuego, sí, pues arden en el fuego del amor, que es la esencia de este Sacramento; en el fuego que consume, como á la paja, todas las imperfecciones del alma; en el fuego, que purifica como al oro, todas sus virtudes; en el fuego santo del amor divino.....

Poseer á Dios! Cómo puede ser esto posible?

Cómo la criatura puede poseer al Criador; la nada al Omnipotente; la tierra al Cielo; el hombre á Dios?

Por el amor! Dios hace sensible su amor haciendo ostentación de su Poder; y su Poder se ostenta en todo su esplendor, por la realización del imposible.

Realizando lo que es humanamente imposible, la inmaculada Virgen de Nazareth dió cabida en su seno inmaculado al Espíritu Santo que descendió sobre ella segun las palabras del Angel; atrajo sobre sí la virtud del Altísimo, que la cubrió con su sombra, y dió vida mortal en

(1) S. Mat. XIII, 43.

sus purísimas entrañas al Hijo de Dios.(1)

Realizando lo que para la naturaleza humana es imposible, salió del claustro maternal este Hijo divino, dejando intacta la virginidad de su Madre, dando con su Maternidad más realce á su pureza.

Realizando un imposible, se verificaron todos los actos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, en cada uno de los cuales, se oculta el misterio y se descubre el milagro.

Realizando un imposible, se ausentó del mundo quedándose en el mundo; se alejó de los hombres permaneciendo con ellos, y murió conservando la vida.

Realizando un imposible, reconcilió al hombre con Dios; destruyó los efectos del pecado; venció al Poder de las tinieblas y consumó la Redención del Mundo.

Realizando un imposible en fin, abrió el Cielo é instituyó la Eucaristía. Y en el Cielo y en la Eucaristía, el hombre posee á Dios, y en esta posesión está su felicidad.

Ven, dice Jesucristo al cristiano que muere, desde el Tribunal en que lo juzga;

(2) S. Luc. I, 35

ven á poseer el Reino que desde el principio del mundo tengo para tí preparado; toma posesión de este Reino; toma posesión de la Gloria; toma posesión de mí: (1)

Ven, le dice al cristiano que vive, desde el Sagrario en que preside el Banquete celestial: toma y come, porque este es mi cuerpo, que ha sido despedazado por tí; toma y bebe, porque esta es mi sangre, que ha sido derramada por tí. (2) Toma mi carne que es verdadero manjar; toma mi sangre que es verdadera bebida; ven á morar en mí; ven á que more yo en tí: (3) ven á la Eucaristía; toma posesión de mí.

“Siervo fiel—dice al justo que se presenta á rendirle cuentas, cuando llega al término de la jornada, abriéndole los brazos, y mostrándole la Gloria—pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más; ven á participar del gozo de tu Señor.”(4)

“Comed, amigos míos—dice en el exceso de su amor y en el colmo de su felicidad á los observantes hijos de la Igle-

(1) S. Mat. XXVI, 24

(2) S. Mat. XXVI, 26, 27 y 28.—S. Marc. XIV, 22 y 24.—

(3) S. Juan VI, 56 y 57.

(4) S. Mat. XXV, 23.

sia, abriéndoles el corazón y mostrándoles la Eucaristía—pues me habéis manifestado vuestra fidelidad en lo poco, yo os demostraré mi amor en lo mucho: comed y bebed; comed hasta satisfaceros; bebed hasta embriagaros.” (1)

En la posesión de una cosa cualquiera, hay diferentes grados; y el más perfecto, el más absoluto, el más completo de la posesión de Dios; aquel en que esta posesión llega á su plenitud, para el alma es la Gloria; para el hombre es la Eucaristía: es decir, que en la Gloria, el alma primero, y después de la Resurrección de la Carne, también el cuerpo, goza de la manera más completa, y más perfecta, y más absoluta, de la posesión de Dios; y el hombre en la Eucaristía, goza, aunque no de una manera absoluta, de esta misma posesión.

En la Gloria la posesión de Dios es absoluta, completa y plena, porque esta posesión es una felicidad, que tal como la goza el alma al entrar en posesión de ella, la goza después, y la seguirá gozando por los siglos de los siglos: pues “mien-

(1) Cant. V, 1.

tras Dios sea Dios, los elegidos serán soberanamente felices, y reinarán y triunfarán."

Esta posesión tan formal, reconoce otros fundamentos, y se pone fuera de duda por otras consideraciones, así en la Gloria como en la Eucaristía.

La Eternidad, que es el mismo Dios, se contiene toda entera, por explicarnos así, en un solo instante; como toda la masa de una esfera se contiene sobre el punto de su contacto con el plano que le sirve de apoyo.

San Anselmo dice que "es una vida interminable, que toda ella existe en cada instante."

Siendo esto así, el alma, al entrar á la bienaventurada Eternidad, entra en posesión de este instante dichosísimo; entra en posesión de toda ella; entra en posesión de Dios.

La Eucaristía, que es el mismo Dios, se contiene toda entera en una partícula de los accidentes de pan ó en una gota de los accidentes de vino; y el cristiano que comulga, al recibir en su pecho esta partícula y esta gota, entra en posesión de la Eucaristía; entra en posesión de Dios.

En la Gloria, dice el Apóstol, "Dios es todo en todos;" (1) y tiene que ser así, puesto que Dios es indivisible; por lo que cada bienaventurado, lo posee, como si solo él lo poseyera; como si solo para él existiera, y como si solo para él se hubiera criado la Gloria: y todos los bienaventurados disfrutan la Gloria y poseen á Dios con el mismo grado de felicidad.

En la Eucaristía cada uno de los que comulgan recibe á Dios, como si solo para él estuviera en el Sacramento, y como si solo para él se hubiera consagrado el pan; y todos los que se acercan á la Sagrada Mesa, reciben la comunión y poseen á Dios de la misma manera.

Dios abre las puertas de la Gloria, para dar la vida eterna á el alma que sale en paz de este mundo.

Jesucristo abre las puertas de la Eucaristía, para recibir el alma que entra en gracia al templo, y guardarla para la vida eterna.

Discurriendo S. Agustín sobre el Salmo XCI, en el que David celebra la bondad y la justicia de Dios en todas sus

(1) Cor. XV, 28

obras, señala cuatro gradas de la escala por la que el hombre sube á la Bienaventuranza: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación; y en cada una de ellas entra el alma en posesión de Dios, al entrar en posesión de las verdades recogidas; de los misterios examinados; de los afectos sentidos y de las resoluciones tomadas, en ese conjunto sobrenatural y divino que en la expansión más dulce del espíritu y en el consuelo más necesario para el corazón, hace salir á la criatura de la tierra; y si no la coloca en el Cielo, porque todavía no es la hora, sí la conduce, sin desviarse, al Cielo.

Estos mismos actos son los escalones que sirven á el alma para subir á la Eucaristía: pues además de que todos ellos son tan importantes para la vida cristiana, que es la preparación remota de este Augusto Sacramento, forman parte integrante de la preparación próxima, especialmente los dos primeros, y de la acción de gracias, en la que ocupan un lugar preferente los dos últimos.

En la Gloria, el bienaventurado está en Dios, puesto que al entrar á la Gloria en-

tra á Dios que es la Gloria; y la Gloria está en él, puesto que al disfrutar la Bienaventuranza, disfruta á Dios, que es la Bienaventuranza. Es decir, que Dios posee al bienaventurado, y el bienaventurado posee á Dios.

En la Eucaristía, el que la recibe está también en Dios, y está en él, puesto que el mismo Jesucristo, que es la verdad por esencia y la palabra infalible, lo aseguró por sus más claras, explícitas y terminantes afirmaciones cuando dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él."(1)

Qué posesión tan completa y tan dulce, recibe el cristiano en la Eucaristía!

Ella lo hace poderoso, lo hace rico, lo hace feliz, lo hace santo, y le permite decir con la Esposa de los Cantares: "Mi amado es todo mío y yo toda de mi amado."(2)

Gozar de Dios! He aquí el goce de los goces; el goce supremo; el goce por excelencia; el goce único; el goce verdaderamente digno de este nombre; el goce que constituye el centro de la humanidad y el objeto de la creación del hombre.

(1) S. J. VI, 57.

(2) Cant. II, 15.

Gozar! Hé aquí el móvil de todos los actos humanos!

La felicidad! Hé aquí el punto hacia el que en vertiginosa carrera y en tumultuario desórden se precipita la humanidad!

Pero gozar en la vida es una quimera, como la felicidad en el mundo es un fantasma. Porque "hecha el alma razonable á imágen de Dios—dice S. Bernardo—puede ocuparse de cosas diferentes de Dios; pero éstas no pueden satisfacerle."

El mismo pensamiento, aunque con más vehemencia y energía expresa S. Agustín, cuando dirigiéndose á Dios le dice: "Tú me criaste, Señor, para tí; y mi corazón palpita por tí; y estará inquieto y agitado mientras que no descanse en tí."

Y dónde puede encontrar el corazón ese descanso? En ninguna otra parte, sino en la Eucaristía y en la Gloria. En la Eucaristía durante la vida; en la Gloria despues de la muerte.

Dios—dice S. Bernardo—es la eterna Bienaventuranza, es la Gloria;" la Eucaristía, nos lo dice nuestra adorable creencia, es Jesucristo, es Dios.

No puede, en efecto, el corazón estar

tranquilo, sino en la Gloria; porque en la Gloria se disfruta una paz que no puede ser alterada; no puede el corazón estar tranquilo, sino en la Eucaristía, porque en la Eucaristía se disfruta una paz que no puede ser destruida.

Y no solamente es así, sino que ni aún puede ser de otro modo; porque todas las causas de desagrado, de perturbación y de inquietud que destruyen la paz del alma, tienen su origen en el mundo: en él se desarrollan, en él crecen, en él hacen sus efectos y causan sus estragos; y estas causas, como todo lo que con ellas se relaciona, como todo lo que al mundo pertenece, como el mundo mismo, no están, ni pueden estar en la Gloria ni en la Eucaristía: porque para entrar á la Gloria, es necesario salir del mundo; y para acercarse á la Eucaristía, es igualmente necesario estar lejos de este encarnizado enemigo del alma.

Y esta salida del mundo, y esta fuga del mundo, y este alejamiento del mundo, es para nosotros una apremiante necesidad, y debe sostener en nosotros un vehemente deseo: la necesidad que siente el desterrado de ver terminada su proscrip-

ción, puesto que la Gloria es nuestra verdadera y única Patria; el deseo que anima al hambriento de llevar el pan á sus labios, puesto que la Eucaristía es nuestro verdadero y único alimento.

Y qué felicidad se goza en esa Patria!

Y qué satisfacción se disfruta con este alimento!

En la Gloria se sacia el alma con los goces celestiales que condensan todas las dulzuras. En la Eucaristía se nutre con "el Pan bajado del Cielo que encierra en sí todas las delicias. (1)"

La Gloria! La Eucaristía!

Hé aquí lo más grande, lo más excelso, lo más sublime.... falta un adjetivo á propósito para calificarlo....de todo lo que existe en el Cielo y en la Tierra: que excede á toda palabra, á todo pensamiento, á toda concepción.

Dios—dice S. Tomás—no puede hacer nada más grande y más perfecto, que Jesucristo, la Virgen María y la Gloria:

"Dios—dice S. Agustín—no puede hacer nada más grande y más perfecto que la Eucaristía."

(1) Sa. b. XVI, 20.

Hé aquí pues, según el irrecusable y autorizado testimonio de dos de los más portentosos oráculos de la Iglesia, identificadas por sus atributos la Gloria y la Eucaristía, que son idénticas por su naturaleza: y hé aquí resumidas y condensadas, toda la alegría, toda la esperanza, toda la felicidad del Cristiano, en esta vida y en la otra; en el presente y en el porvenir; en el tiempo y en la Eternidad.

Las Letras Sagradas rebosan en inspirados y bellísimos pensamientos que arrebatan el alma, inundándola en la luz de la Gloria, y derriten el corazón abrasándolo en el fuego de la Eucaristía.

Me he estremecido de placer—dice pensando en la Gloria el más dulce de los poetas, haciendo estremecer en su palpitante sentimiento las inspiradas cuerdas de su lira melodiosa—"me he estremecido de placer, cuando se me ha dicho: vas á entrar en la Casa del Señor." (1) Y viendo en intuición profética, la Eucaristía, "toda mi dicha—exclama suspirando—consiste en estar unido á mi Dios." (2)

(1) Ps. CXXI, 1.

(2) Ib. LX XII, 23.

“Mi alma suspira y padece deliquios— continúa pensando en la Gloria— ansian- do estar en los atrios del Señor.” “Tras- pórtese de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo.” Bienaven- turados, Señor, los que moran en tu Casa, pues te han de alabar por los siglos de los siglos.” “Dará el Señor la gracia y la Gloria.” (1) Y viendo la Eucaristía, “Tus altares oh Señor de los Ejércitos—dice— sean mi casa y mi nido, oh Rey mío y Dios mío. Dichoso el hombre que en tí tiene su am- paro; y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, las gradas para subir hasta el Lugar santo que destinó Dios para sí.” “Más vale estar un solo día en tu santo templo, que millares fue- ra de él.” (2)

“Gustad y ved cuán dulce es el Se- ñor:” (3) dice con el corazón fijo en la Gloria. Cuán excelente es el caliz que san- tamente me embriaga!” (4) dice con el pensamiento fijo en la Eucaristía.

En el poético libro de los Cantares, el

(1) Ps. LXXXIII, 3, 5 y 12.

(2) Ib. 4, 7 y 11.

(3) Ib. XXXIII, 9.

(4) Ib. XXII, 5.

ojo más ciego se ilumina con la luz que irradia la Gloria, y los labios más insen- sibles se deleitan con la miel que destila la Eucaristía.

“Me hizo entrar el Rey á su gabinete —dice la Esposa— elevándome á Esposa suya:” (1) hé aquí la Gloria. “El fruto de mi celestial Esposo —continúa— es dulce á mi paladar:” (2) hé aquí la Eucaristía.

“Oh tú el amado de mi alma—prosigue —dime dónde tienes tus pastos; dónde tu sesteadero”? . . . (3) Dónde, pues, está la Gloria?

“En la pieza en que guarda el vino más generoso, allí me introdujo y ordenó en mí el amor:” (4) en la Eucaristía.

“Desfallezco de amor —dice con la mística Esposa de los Cánticos, el alma que arde en el amor divino —pero mi Es- poso, pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza;” esto es, me sostendrá con la Eucaristía: y me abrazará con su ma- no derecha;” (5) es decir, derramando so-

(1) Cant. I, 3.

(2) Ib. II, 3.

(3) Ib. I, 6.

(4) Ib. II, 4.

(5) Ib. II, 5 y 6 y VIII, 3.

bre mí todos sus bienes, me inundará con toda la Gloria.

Comentando San Bernardo este misterioso, poético, encantador y significativo Libro que es el más armonioso, el más dulce, el más delicado, el más expresivo de los Epitalamios, pone en los labios de Jesucristo estas halagadoras palabras en las que bosqueja la Gloria y define la Eucaristía: "Os saciaré con un alimento misterioso; llenaré vuestros deseos; aplacaré vuestra sed; os daré reposo, y no deseareis ya nada: porque en mí están los pastos de la vida; en mí se encuentra la dicha del corazón; en mí se halla la dulce y verdadera saciedad."

"Allí —dice San Lorenzo Justiniano, enlazando la Eucaristía con la Gloria— se celebra un continuo festín; se halla la felicidad duradera... la dulzura en el Espíritu Santo. Allí se abre la puerta del Cielo; allí está la entrada del Paraíso."

Qué felicidad tan grande, tan pura, tan absoluta y tan completa posee el cristiano, que teniendo en expectativa la Gloria, tiene, para alcanzarla, la Eucaristía!

Nada le importa que la vida sea un va-

lle de lágrimas, si al terminarla se encuentra con el Cielo, que es un manantial de delicias; como nada importa al viajero que las aguas sobre que navega sean amargas ó repugnantes, si al tocar el puerto que las limita, entra á su Patria, donde lo espera la deseada felicidad.

Y como á éste no le preocupa ni la poca firmeza de las aguas, ni la agitación de las olas, ni la impetuosidad de los huracanes, así tampoco le amedrenta á aquél la fragilidad de la vida, ni la agitación de la naturaleza, ni la impetuosidad de las pasiones; porque como el uno cuenta con la resistencia de su embarcación, el otro descansa en el apoyo de la Eucaristía.

Nosotros somos estraños y viajeros en la tierra:(1) debemos despreciar lo que no nos pertenece, y pasar, sin detenernos, por lo que no forma parte de nuestra heredad.

En un solo punto debemos tener fijos los ojos, porque es el término de nuestro viaje; fijo el pensamiento, porque es el ideal de nuestras aspiraciones; fijo el co-

(1) Heb. IX, 13.

razón, porque es el depositario de nuestro tesoro: y este punto único, es Dios.

Dios ante nuestros ojos; Dios en nuestro pensamiento; Dios en nuestro corazón; Dios en la Eucaristía; Dios en la Gloria!



CONCLUSIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

razón, porque es el depositario de nuestro tesoro: y este punto único, es Dios.

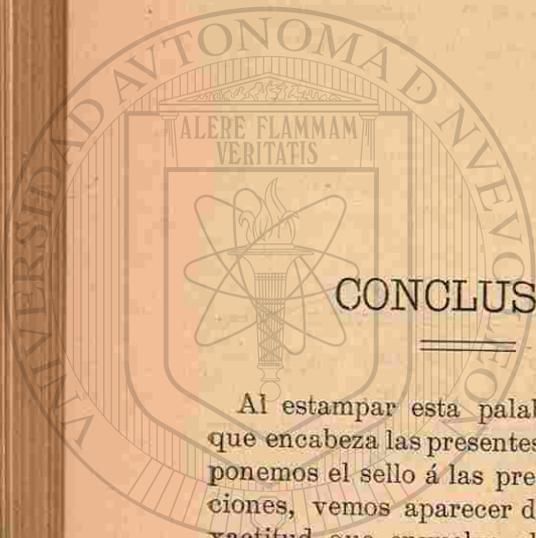
Dios ante nuestros ojos; Dios en nuestro pensamiento; Dios en nuestro corazón; Dios en la Eucaristía; Dios en la Gloria!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



CONCLUSIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONCLUSION

Al estampar esta palabra *conclusión*, que encabeza las presentes líneas con que ponemos el sello á las presentes meditaciones, vemos aparecer de lleno la inexactitud que envuelve el significado de esta palabra: pues en vez de "conclusión," deberíamos poner, "principio:" ya porque lo dicho en las páginas que anteceden, no hace otra cosa que iniciar lo que sobre los inagotables puntos que tocan puede decirse, ya porque dichos puntos son una fracción muy pequeña de los considerados por San Ignacio en las cuatro semanas que comprenden sus Ejercicios;

en todos y en cada uno de los cuales, se siente palpar con toda su ternura, y se ve lucir con todo su esplendor, el pensamiento en la Eucaristía.

En el fin de estas religiosas meditaciones está su principio, por lo que puede con toda propiedad decirse, que son el principio de todos los demás que con ellas se enlazan y de ellas se derivan; y el fin de las que constituyen ese maravilloso retiro que sacando por ocho días á el alma de la tierra, la hace vivir en el Cielo.

Este carácter corresponde también á los Ejercicios Espirituales, cuyo término, á la vez que es el fin de las prácticas que forman su esencia, es el principio de la vida espiritual que el ejercitante va á emprender, con sujeción á las lecturas oídas, á la predicación escuchada, á las meditaciones hechas, á los consejos recibidos, á las resoluciones tomadas, á todo ese conjunto que se siente, pero no se explica, con que se comunican los efectos de la gracia.

"Ahora acabo, y ahora empiezo:" decíamos una vez, al encontrarnos por la realidad, en las circunstancias y en los ins-

tantes en que nos encontramos ahora por la consideración.

“Acabo mi retiro, y empiezo mi nueva carrera; acabo mis meditaciones, y empiezo á aprovechar sus frutos; acabo de formular mis propósitos, y empiezo á ponerlos en práctica; acabo de ligarme á mi Dios con mis promesas, y empiezo á darles cumplimiento; acabo de ver el fin para que fuí criado, y empiezo á caminar por la senda que á él me conduce; acabo de conocer la deformidad del pecado, y comienzo á trabajar para sustraerme á su influencia; acabo de descubrir la malicia de mis enemigos, y comienzo la guerra, que no cesaré de hacerles mientras viva; acabo de presenciar la muerte, á la que por instantes me voy acercando, y empiezo á prepararme para morir en el ósculo del Señor; acabo de darme cuenta de la severidad de mi juicio, y empiezo á asegurarme una sentencia favorable; acabo de presenciar los tormentos que mi Dios sufrió por redimirme, y comienzo á caminar al Calvario para crucificarme con El en su ensangrentada cima; acabo de ver un trasunto de la gloria, y empiezo á emprender su conquista;

acabo de unirme á Jesucristo en el Sacramento del amor, y no me separaré ya de El, nunca, nunca, nunca....” (1)

Este es tambien el carácter de la Eucaristía.

Cada comunión que hace el cristiano, es un principio, en cuanto á que abjura en ella sus errores, llora sus extravíos, detesta sus faltas, ratifica sus propósitos, se reanima para la marcha, se vigoriza para la la lucha; es un fin, en cuanto á que en ella termina, de la manera más perfecta, su unión con Dios, que es el fin de la vida espiritual.

Cada comunión debe ser la preparación de la que le sigue, y la acción de gracias de la que le precede; siendo á la vez el eslabon maravilloso y divino, que liga el hombre con Dios: es decir, que lo lleva á su último fin, alejandolo del pecado y del Infierno, llevandole á su lecho de muerte la sentencia de un juicio favorable; y haciendo sensible todo el poder de la misericordia, acumula sobre él todos los merecimientos de la Pasion, guardando su

(1) Recuerdo de mis Ejercicios Espirituales.—Reflexiones el día de la salida.

alma para la vida eterna, y abriéndole de par en par las puertas de la Gloria.

Dios llama á el alma á la soledad para hablarle á su corazón; (1) y el lugar de esta amorosa cita es la Casa de Ejercicios. Allí hasta los objetos inanimados, hasta el polvo que se huella, hasta la atmósfera que se respira, se vuelve lenguas de que Dios se sirve para hablarle al Ejercitante; y todos los elementos de vida del Ejercitante, todos los poros de su cuerpo, todas las emanaciones de su espíritu, se vuelven oídos para escuchar la voz de Dios.

Y esta voz vibra en los oídos del Ejercitante; y el corazón de donde esta voz sale, palpita junto á su corazón; y el ser á quien esta voz y este corazón pertenecen, se inmolaba en su pecho, y se identifica con él.

Y como en el Misterio de la Encarnación, Dios vino al hombre para hacerse hombre, en el Misterio de la Eucaristía, el hombre va á Dios para transformarse en Dios.

(1) Os. II, 14.

Qué voz tan sonora! Que corazón tan amante!

De esta voz brota una luz, que alumbra con sus resplandores el camino que lleva directamente á la Gloria donde está Dios.

En este corazón arde un fuego que consume las ligaduras que retienen á el alma en el pecado, y la elevan, purificada, á la Eucaristía que es Dios!

Y Dios en la Gloria! Y Dios en la Eucaristía! Y Dios en las fronteras del tiempo! Y Dios en los umbrales de la Eternidad! Y Dios en el pecho del Cristiano! Y en todas partes Dios, y siempre Dios....!

Oh Tú, Padre celestial que eres Dios!

Hijo Redentor del mundo que eres Dios!

Espíritu Santo que eres Dios!

Trinidad Santa que eres un solo Dios!

Al invocarte en la última de estas líneas con la misma expresiva frase con que te invoca y sin cesar te aclama la Iglesia, y deseo, y espero, y me propongo invocarte en el último instante de mi vida, confieso, y proclamo, y reverencio, y adoro, los sublimes Misterios de tu Unidad y Trinidad, de la Encarnación del Verbo y de la Redención del mundo: con cuya profesión de Fé, que hago con toda la espontanei-

dad de que es susceptible el albedrío, y con toda la fuerza de que es capaz la convicción, sello la confesión que en todas estas páginas he hecho, y la adoración que con aquella he tributado al Augusto Misterio de la Eucaristía.

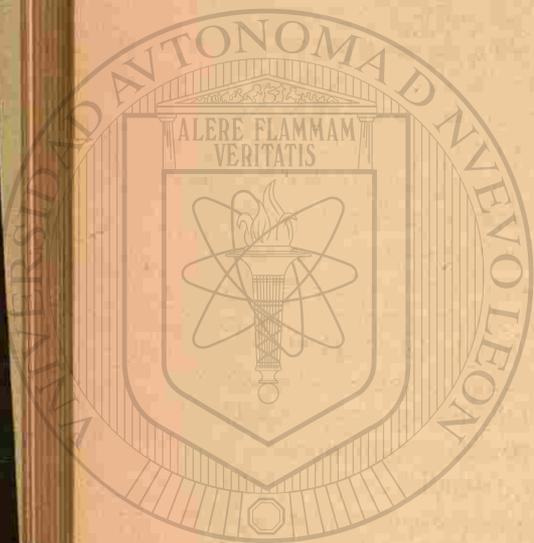
Los recuerdos que en estas meditaciones he evocado de los Ejercicios Espirituales, que tu ilimitada bondad me ha concedido, son los místicos cirios que simbolizando la Fé, alimentados por la Esperanza y encendidos por el Amor, llevo con mi pesar inextinguible á la orilla de su sepulcro; traigo, con el fervor de mi plegaria, el pié de tu altar, y conservaré siempre conmigo, para que alumbren tu entrada á la alcoba de mis dolores, cuando vengas á corresponder mis visitas, que ya no podré hacerte; para que iluminen el lecho de mi agonía, cuando vengas á darte á mí por última vez, dejándome provisión abundantísima para el último viaje, y anticipar la sentencia dichosa de mi juicio: para arder junto al lecho mortuorio en que comience la disolución de mi cadáver; para disipar con sus apacibles destellos las sombras que cubren la entrada á la Eternidad, y para consu-

mirse al pié de la cruz que corone el monton de la tierra que ha de cubrir mi sepultura.

Entre tanto, ellos me servirán de báculo para apoyarme en los pocos pasos que tengo aún que dar por la accidentada peregrinación de mi vida; de armas para luchar con los enemigos que me cierran el paso; de escudo para libertarme de los dardos que por todas partes me disparan; de escala para subir á la altura en que se halla mi último fin, y de cadena que me tenga siempre ligado á la Sagrada Eucaristía, "pues toda mi felicidad consiste en estar unido á mi Dios"; (1) y "aquel cuya alegría está en Dios, no puede verse privado de la felicidad." (2) felicidad que será más grande, más pura y más verdadera, si está sostenida por los sufrimientos, por las tribulaciones y el dolor.

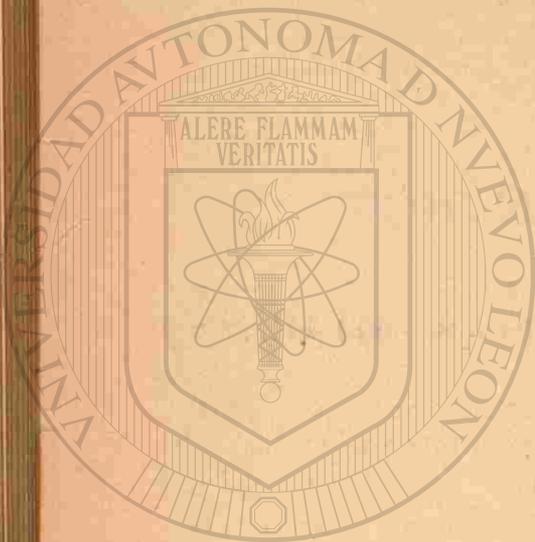
(1) Ps. LXXII, 28.

(2) S. Agustín.



INDICE

Censura eclesiástica.....	V
Licencia del Ilmo. Sr. Arzobispo....	VII
Súplica.....	IX
Introducción-Dedicatoria.....	XIII
La Sagrada Eucaristía y el Ultimo fin del hombre.....	3
La Sagrada Eucaristía y el Pecado... ..	43
La Sagrada Eucaristía y la Muerte... ..	93
La Sagrada Eucaristía y el Juicio....	127
La Sagrada Eucaristía y el Infierno... ..	159
La Sagrada Eucaristía y el Hijo pró- digo.....	189
La Sagrada Eucaristía y la Pasión... ..	217
La Sagrada Eucaristía y la Gloria....	255
Conclusión	286



ERRATAS NOTABLES

DE LAS
NOTADAS EN ESTA IMPRESION

Página	Línea	Se lee	Debe leerse
XVI	14 y 15	felicidad	felicidad
2	3	que	que
9	6	delos	de los
25	4	aulmbró	alumbró
35	Nota 4	16	Ib.
49	11 y 12	sir ven	sir-ven
"	18 y 19	ha-hacen	ha-cen
52	18	conla	con la
53	13	Dtos	Dios

Página	Línea	Se lee	Debe leerse
60	13	infiernos"	infielos
66	6	carácter	carácter
69	Nota 3	Ciad.	Ciad.
"	" 4	Sev.	Lev.
70	2	mi	mi y
77	7	deficiencia	deficiencia
	21	escalón	eslabón
86	Nota 1	S. Mat. XX,10.	S. Mat. XX,1.
94	10	todos los males	con todos los males
114	Nota 1	(2) 1 ^a Co.	(1) 1 ^a Cor.
"	15	Señor" (1)	Señor" (2)
"	Nota 2 ^a	(1)	(2)
"	20	suyo." (2)	suyo." (3)
"	Nota 3	(2)	(3)
120	Nota 1 ^a	Falipe	Felipe
131	22 y 23	Y Y	Y
141	6	último dia	último dia (1)
"	10	resurrección?"	(1) resurrección?" (2)
148	16	sacramentales	sacramentales
150	5	tiempo	tiempo
153	2	recobró	recobra
164	16	eterna	eterna:
178	15	Aquellos	"Aquellos
196	3	esta	ésta
221	última	delicia.	delicia"
228	8	pronnncia	pronuncia
230	7	áqui	aquí
238	6	interrumpido	interrumpido,
241	Nota 1 ^a	S. Luc. VI,51	S. Luc. XV,17
"	" 2 ^a	S. Juan IV,15	S. Juan IV,51

Página	Línea	Se lee	Debe leerse
243	4 y 5	voluntade	voluntades
257	10	en la Eucari-	en la Eucaristía
"	última	desapare-	desaparecido"
			desaparecido.
275	8	y está en él	y Dios está en él
287	4	en la Eucaris-	en la Eucaristía
"	8	todos los de-	mas
			todas las demas
289	18 y 19	el hombre	al hombre



UAN

AD AUTÓNOMA DE NUE

ÓN GENERAL DE BIBLIOT